



# NADIE ES LO QUE PARECE

Los casos de Marina Altamirano I

Mar P. Zabala



**SELECCIÓN**  
*Novela negra*

Nadie es lo que parece

Mar P. Zabala



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*A todos mis lectores,  
mis amigos y mis compañeros de editorial que,  
con su cariño, me apoyan y me acompañan  
en la aventura de la literatura.*

## 1. SOMBRAS

Una sombra se desliza con sigilo por el largo pasillo de la segunda planta. Todavía se puede escuchar el eco de un grito que se apaga en la negra noche sin luna. Las estrellas están ocultas tras las nubes, negándose a iluminar el sangriento escenario.

La ciudad duerme. Los insomnes que velan su sueño ocupan su vigilia con libros y revistas, acurrucados en un sillón. A lo lejos, el silbato de un tren anunciando su llegada a la estación rompe el silencio de las calles vacías, que esperan el nuevo día para volver a la vida.

Pero alguien no estará allí para verlo.

## 2. MARINA ALTAMIRANO

Pi, pi, pi.

«Dichoso despertador. No he dormido nada. Este dolor de muelas va a terminar conmigo. Estoy deseando que sean las cinco para ir al dentista».

Marina se levantó de la cama dispuesta a tomar un baño que la reanimara. Era una fría mañana de fin de verano que hacía parecer a Basema más triste y gris que nunca. Había empezado a llover a las tres y todavía continuaba haciéndolo. Eso dificultaría el trabajo de Marina Altamirano, una joven detective de homicidios que esperaba el gran caso de su carrera que la hiciera aparecer ante su jefe como una buena detective y no como una policía más.

Su compañero, Carlos Tejedor, tampoco era muy apreciado por sus colegas. Era un hombre casado, padre de una niña de tres años, que antepone su familia a su trabajo, a pesar de las burlas de los otros policías.

Ellos dos pasaban la mayor parte de su tiempo rellenando los formularios que nadie quería escribir e interrogando a los testigos que nadie quería ver.

Basema era una gran ciudad del sur del país. En sus calles convivían en mayor o menor armonía diferentes grupos de gente, con sus propias normas y jerarquías, pero con una ley general: no entrometerse en la vida de los demás.

Esa mañana no se presentaba muy distinta del resto. Como era habitual, Carlos pasaría a recoger a Marina con el coche. Ella no sabía el motivo, pero a los hombres les encantaba conducir, y su compañero no era una excepción. A ella no le gustaba, su carácter de naturaleza nerviosa era del todo incompatible con los atascos que ya se habían convertido en algo cotidiano en Basema.



—Buenos días, Carlos, hoy tenemos que ir a ese garito de la zona norte, ¿verdad?

—No, ha habido cambio de planes. Todo el mundo está ocupado con otros asesinatos y anoche hubo un crimen en la calle Dalma. El comisario nos lo ha asignado.

—¡Fantástico! Un asesinato para nosotros solos.

—No te hagas muchas ilusiones. Si es algo importante, nos lo quitaran y se lo pasaran a otros.

—¡Um! ¿Calle Dalma? Allí vive mi dentista, ¿quién ha sido asesinado?

—Me temo que tendrás que cambiar de dentista porque el muerto es David Santos.

—¿Qué ha ocurrido?

—La enfermera lo encontró muerto esta mañana. Desde el exterior todo parecía normal; sin embargo, al entrar en la consulta, lo halló tendido en el sillón con el torno clavado en el pecho a la altura del corazón.

«Es increíble; mi propio dentista asesinado. He de reconocer que alguna vez cuando me hacía daño pensé en darle un buen puñetazo, pero nunca lo hice. Algún paciente debió de quedar muy descontento», pensó Marina.

La entrada del edificio estaba flanqueada por tres patrullas de policía y una ambulancia. El juez todavía no había llegado de modo que nadie había tocado nada. Era un bloque de quince plantas dedicado en su mayor parte a viviendas, aunque las dos primeras estaban ocupadas por despachos y oficinas.

La clínica del doctor David Santos estaba en la segunda planta. Los amplios ventanales iluminaban las estancias, reforzados por los focos de luz artificial colocados de modo estratégico en todos los rincones. Una vez traspasado el umbral de la puerta, los pacientes se encontraban frente una señorita que, tras una mesa de brillante caoba, les indicaba el acceso a la sala de espera. Esta albergaba cómodos sillones y confortables sillas donde alimentar los nervios durante el tiempo de demora. Cuando por fin llegaba su turno, un frío sillón enmarcado en una consulta que intentaba ser acogedora sería su último asiento.

Por supuesto había otras estancias ocultas a los ojos de los pacientes: un despacho destinado al doctor, un pequeño dispensario y un baño.

El sillón que para muchos había sido un potro de tortura ahora estaba ocupado por la única persona que hasta entonces no se había recostado en él: el propio doctor. Unas gruesas correas lo sujetaban a este y, por las marcas en la piel ya amoratada, se podía asegurar que los intentos por desasirse habían sido varios.

Una jeringuilla con su carga completa de anestesia descansaba a escasos centímetros de la mano derecha del muerto. El forense en su análisis preliminar creía que el asesinato había tenido lugar entre la una y las cuatro de la madrugada.

Ninguna persona había visto u oído algo. Eso no extrañó a Marina. En una ciudad que veía como su población aumentaba día tras día, los conocidos se podían contar con los dedos de una mano. La gente se aislaba cada vez más en su casa. El teléfono y el ordenador habían sustituido a las caras de los amigos, de los que ahora solo se tenía el recuerdo de su voz.

Alguien que se cruzaba en el camino de otra persona no era más que una estatua andante, de la que nada se sabía. Cualquier individuo escondido entre la gente había podido entrar en el edificio de la calle Dalma y quedarse en un rincón de una oficina vacía a esperar que la noche amparare sus actos.

Se tomarían declaraciones, se buscarían huellas y restos de fibras, y todo se archivarían en una carpeta que pasaría a formar parte del montón de casos sin resolver. Eso hubiera ocurrido si Marina y Carlos no se hubieran ocupado del asesinato. Otro detective de homicidios solo hubiera dedicado cinco minutos a rellenar un informe y hubiera pasado a otra cosa.

Para ellos era la oportunidad de salir del anonimato. Sabían que allí había algo más. No faltaba nada en la clínica, a pesar de la gran cantidad de drogas que había en el dispensario.

—El robo queda descartado —afirmó Marina en voz alta.

—Ha sido un asesinato premeditado —continuó Carlos—. Las correas



fueron traídas ex profeso para atarlo.

—Tal vez haya sido un crimen pasional.

—¿Estaba casado?

—Creo que sí, déjame ver... —respondió Marina consultando su bloc de notas—. Sí. Con María Santos. Es una doctora dedicada a la medicina general. Trabaja en un hospital cerca de aquí.

—Hablemos con ella.

### 3. CUATRO DE SEPTIEMBRE

Una hora más tarde la viuda de David Santos los recibía en su casa. La vivienda era unifamiliar y, aunque no ocupaba gran extensión de terreno, su interior delataba que sus moradores tenían bastante dinero. Cuadros de prestigiosos pintores y exquisitas esculturas llenaban las paredes; mullidas alfombras y ricas tapicerías completaban el esplendor.

María Santos parecía tranquila; sin duda aún tardaría algún tiempo en reaccionar. Su marido no tenía ningún enemigo y, en los dos años que habían estado casados, no había habido ni la más mínima sombra de infidelidad. El tiempo libre que les dejaban sus respectivos trabajos lo empleaban en viajar, pero también disfrutaban de agradables veladas junto a la chimenea o con su entretenimiento favorito: navegar por internet.

—Esto es una pesadilla de la que quiero despertar y no puedo —se lamentaba María Santos.

—No la molestaremos más —dijo Marina levantándose de sofá—. Si recuerda o encuentra algo sospechoso, fuera de lo común, comuníquenoslo.

—¿Algo fuera de lo común? Le aseguro, detective, que la muerte de mi marido es «algo fuera de lo común».

—Lo sabemos, discúlpenos.

Ya en el coche camino de la comisaría, Carlos y Marina ordenaban sus ideas para presentar el caso a su superior. No tenían ningún indicio con el que empezar a trabajar. Les quitarían la investigación de las manos para dársela a alguien con más experiencia.

—Así que eso es todo lo que tenéis —dijo a modo de pregunta el comisario, un hombre entrado en los cincuenta, corpulento y con bastantes kilos de más que hubiera pasado por uno más entre un millón a no ser por sus sagaces ojos, que en ese momento traspasaban a la joven pareja de detectives como si pudiera leer dentro de ellos.

—Sí —respondió Carlos tragando saliva por enésima vez—. Estamos esperando los resultados del laboratorio. Tal vez haya alguna fibra o alguna huella que nos dé una pista.

—Tenéis una semana. Si no encontráis nada, se lo pasaré a otros y vosotros continuaréis archivando informes. ¿Entendido?

—Sí —contestaron Marina y Carlos al unísono mientras salían del despacho.

Como era de suponer en el lugar del crimen había muchas huellas. Los miembros de la compañía de limpieza que se encargaban del mantenimiento de la clínica solían llegar media hora después que la enfermera que había descubierto el cadáver. El día anterior había sido un día de mucho trabajo. El doctor había atendido a varios pacientes que habían dejado sus huellas y resto de fibras de sus prendas de vestir por todas partes. Conseguir una muestra de todas y cada una de ellas, a fin de compararlas con las obtenidas en el registro, era poco más que imposible.

El doctor atendía a una media de quince pacientes cada día, muchos de los cuales venían con uno o dos acompañantes. Además, tres enfermeras ayudaban a David Santos en su trabajo. Ningún juez autorizaría la orden necesaria para tomar semejante número de muestras.

Carlos y Marina emplearon toda la tarde en leer los informes del laboratorio en busca de algún dato que resaltara sobre el resto, algo que no debiera estar allí. Por primera vez en sus siete años en el cuerpo, Carlos se llevó los informes a casa para estudiarlos mientras tomaba una lata de cerveza en la mesa de la cocina.

Su mujer sonrió al ver el brillo de sus ojos. Nada hasta entonces había despertado tanto el interés de su marido. Ella creía que Carlos había cometido

un grave error al hacerse policía. El trabajo de oficina le desagradaba y el tiempo que pasaba en las calles no era mucho mejor. No sabía ver la maldad de las personas como lo hacían sus compañeros. Para él, el hombre en esencia era bueno; era el entorno el culpable de que sus actos fueran malignos.

Marina en su casa releía los expedientes sin nadie que la perturbara. Seis meses antes se había separado de su marido; los papeles del divorcio ya estaban en manos de los abogados y todo indicaba que su separación no sería conflictiva. Ella y Juan, su marido, eran muy buenos amigos, pero no podían vivir juntos. Sus cuatro años de matrimonio habían sido una larga guerra con numerosas batallas en las que nadie había resultado vencedor.

Contemplando las fotografías tomadas en el lugar del crimen, se preguntaba si aquel hombre habría sido feliz en su matrimonio. Solo conocían la versión de María Santos. Tendrían que hablar con alguno de los amigos y conocidos de la pareja. Además, tendrían que volver a visitar a la viuda para hacerle más preguntas y Marina no creía que le fuera a gustar demasiado.

No había sido precisamente una corriente de simpatía lo que había surgido entre las dos mujeres al conocerse. Marina sospechaba que María ocultaba algo. Tal vez no fuera algo relacionado con el asesinato de su marido, sino más bien un amante que empañara el aura de felicidad que a primera vista envolvía a la pareja de médicos.

Dejaría que fuera Carlos quien llevara el peso de la conversación. Con una sonrisa afable y sus buenas maneras, conseguiría engatusar a la mujer. Mientras tanto, ella observaría sus reacciones y, cuando no se diera cuenta, curiosearía un poco por la casa.

También sería necesario una nueva inspección en el lugar del crimen. Al día siguiente podrían hacerlo sin fotógrafos ni mirones curiosos pululando a su alrededor. El comisario ya les había advertido que solo podrían mantener cerrada la clínica dos o tres días. Después, si no tenían un buen motivo para impedir el acceso a esta, tendrían que permitir la entrada a todo el que quisiera. Marina no quería que eso ocurriera sin que ella y Carlos registraran

todo otra vez. Todavía había mucho por hacer.

#### 4. MARÍA SANTOS

—**M**aría Santos nos espera esta tarde en su casa después del funeral — explicó Carlos mientras colgaba el teléfono.

—Perfecto, vamos a registrar la clínica; todos están en el velatorio y no tendremos interrupciones.

Las bandas amarillas limitaban el acceso a la consulta. A simple vista no parecía que nadie hubiera entrado allí. Aunque Marina había solicitado a su superior que pusiera un policía custodiando la puerta, su petición había caído en saco roto. Eran demasiadas las investigaciones abiertas, y el comisario necesitaba a todos los policías disponibles.

Como despertando de un mal sueño, el sol brillaba con intensidad iluminando la habitación, en claro contraste con la monótona lluvia que había estado cayendo durante todo el día anterior. Sobre las múltiples superficies aparecía esparcido el polvillo que utilizaban los forenses en su rastreo de muestras. En la moqueta gris perla que cubría todas las estancias excepto el baño, resaltaban las huellas de los zapatos de los imprudentes policías, que no habían tenido la precaución de cubrir con unas bolsas sus pies empapados de agua al realizar el registro.

Parecía como si todos los allí presentes hubieran desempeñado sus respectivas funciones lo más de prisa posible para regresar al calor del despacho, con una humeante taza de café entre las manos. Para Marina y para Carlos era difícil precisar qué objetos podían haber sido modificados por el asesino y cuales lo habían sido por los forenses.

—Aquí hay un montón de posibles armas con la que cometer un asesinato — comentó Marina observando los instrumentos de frío metal que se alineaban junto al mortífero sillón.

—Y drogas suficientes para que un yonqui pueda retirarse.

—Las enfermeras aseguran que, según el inventario, no falta nada.

—Si hubiera sido un asesino común, no hubiera podido resistir la tentación de llevarse algo para sí mismo o para venderlo.

—Tuvo que ser alguien que conocía al doctor y al que él conocía. Si David Santos vino aquí de madrugada, lo hizo para ver a un conocido o para buscar algo. Por otra parte, el asesino tenía que saber que él iba a estar aquí esa noche.

Fueron registrando una tras otra las dependencias de la clínica sin encontrar nada extraño. Oculta tras un espejo, hallaron una pequeña caja fuerte con las escrituras de las propiedades del matrimonio Santos. No tuvieron dificultades para abrirla, ya que la combinación estaba escrita en el marco que bordeaba el espejo.

Debajo del escritorio del despacho había más polvillo, que sin duda pertenecía a los forenses. Marina se preguntaba qué interés podía tener tomar una muestra de la moqueta en ese remoto lugar, cuando se podía tomar de cualquier otra parte de más fácil acceso.

A la hora de comer, dieron por finalizado su registro. Mientras degustaban un bocadillo de atún con tomate, repasaron en su coche lo que querían preguntarle a María Santos aunque, como averiguarían más tarde, la viuda del doctor solo les iba a hablar de lo que ella quería y no de lo que ellos querían averiguar.

Seguía conservando la compostura, pero en su rostro se marcaba la huella de los trágicos sucesos que habían vivido. Carlos ocupó un sitio junto al suyo en el gran sofá del salón, mientras que Marina se sentaba en la silla más alejada, manteniéndose en un discreto segundo plano.

Después de mostrarle una vez más sus condolencias, Carlos empezó a interrogarla tanteando el terreno. Habían vivido tranquilos y sin sobresaltos



durante los últimos dos años. Que ella supiera, su marido nunca había tenido problemas de dinero, ni se había visto involucrado en sucesos turbios.

—¿Por qué fue esa noche a la consulta? —preguntó Carlos.

—Alguien lo llamó —respondió María Santos—; creo que el portero del inmueble. Al parecer salía humo por debajo de la puerta de la clínica y, pensando en un posible incendio, le rogaba que fuera.

—Eso no está en el informe —dijo Marina releyendo sus notas—. ¿Por qué no lo dijo antes?

—Ayer no podía pensar con claridad y no recordaba bien los detalles —contestó María Santos mirando con frialdad a Marina.

—Es comprensible —se apresuró a decir Carlos con ánimo tranquilizador— que con los nervios y la tensión del momento se sintiera confusa.

—¿Sabe si su marido tenía una amante? —inquirió Marina sin dar tregua a la señora Santos.

—¡Por supuesto que no! Éramos un matrimonio feliz y nunca hubo una tercera persona entre nosotros. En lugar de someterme al tercer grado deberían hablar con las personas que trabajan en el edificio donde está la clínica de mi difunto marido. Tal vez sepan algo.

—Es buena idea y lo haremos —aseguró Carlos—. Creo que todo ha sido un lamentable error y alguien ha confundido a su marido con otra persona.

La conversación se prolongó otros cinco minutos con cuestiones intrascendentes. María Santos no tenía ganas de responder a más preguntas y no disimulaba su deseo de que aquellos molestos visitantes se marcharan. Cuando finalizó la entrevista, los jóvenes detectives se encaminaron hacia su coche para regresar a la comisaría.

—No creerás lo que has dicho ahí dentro, ¿verdad? —quiso saber Marina.

—No, pero tampoco creo que fuera una gran idea preguntarle si su marido tenía una amante después de haberla llamado mentirosa.

—Ella mintió. Ayer no dijo que a su marido lo hubieran llamado por teléfono, se limitó a decir que estaba dormida y no se había dado cuenta de

que su marido se iba de la casa.

—No les des más vueltas. Seguro que no fue algo premeditado. Con la impresión estaba aturdida y no recordaba bien los detalles.

—No me gusta, oculta algo.

—Sí te sirve de consuelo, tú a ella tampoco le gustas.

## 5. UNO Y UNO: DOS

Marina dormía sin soñar. Su mente estaba demasiado exhausta como para crear terribles pesadillas que la atormentarán y la impidieran descansar. A pesar de ello, oyó el timbre del teléfono a la primera llamada. La palabra que cruzó por su mente en ese instante fue «complicaciones». Cuando el teléfono sonaba de noche era porque había algún problema al otro lado de la línea.

—¿Qué ha ocurrido?

—Otro asesinato —fue la escueta respuesta de Carlos.

Cuarenta minutos más tarde llegaban al garaje donde había tenido lugar el nuevo crimen. Un policía, que no debía de llevar más de dos meses en el cuerpo, les contó atropelladamente los detalles que se conocían. El muerto era Manuel Garcigrande, un psiquiatra que trabajaba en el hospital que había en frente del garaje. El cadáver lo había descubierto una enfermera que salía de su turno dos horas más tarde de lo habitual. Cuando lo encontró, el psiquiatra todavía agonizaba, por lo que se suponía que el asesino estaba oculto detrás de algún coche y aprovechó los primeros momentos de confusión de la enfermera para darse a la fuga.

—El crimen se cometió poco antes de la una —comentó el comisario a su espalda.

—¿Por qué cree que está relacionado con el asesinato de David Santos? —preguntó Marina.

—Porque María Santos —respondió el comisario con un guiño de complicidad a Marina —trabaja en ese hospital.

—¡Lo sabía! No nos ha dicho la verdad.

—Echad un vistazo por aquí y después id al hospital a ver qué podéis averiguar. Hare lo posible para que tengáis los resultados del análisis forense a las doce.

En vida Manuel Garcigrande había sido un hombre corpulento, de unos cuarenta y tantos años, moreno y de piel oscura. Su atacante se había acercado por la espalda y lo había golpeado varias veces en la cabeza con un grueso tomo de psiquiatría titulado: *Cómo entrar en la mente humana*. Había que reconocer que el asesino tenía un siniestro sentido del humor.

El muerto estaba junto a su coche, un todoterreno de color azul. Las llaves estaban todavía en la cerradura de la puerta, donde se apreciaban las salpicaduras de sangre. El «arma» descansaba sobre el suelo cerca de la cabeza de la víctima, sus páginas en otro tiempo blancas ahora aparecían teñidas de un rojo cada vez más agranado a medida que pasaban las horas.

Próximo al cuerpo, ya rígido, se esparcía el contenido del maletín del psiquiatra. Diversos cuadernos, un par de bolígrafos, una grabadora y una pequeña bolsa negra con algunas medicinas. No había ningún anillo en sus dedos y por lo que les había contado el policía que los había recibido, Manuel Garcigrande estaba soltero. Se sabía que tenía un hermano que residía en las afueras de la ciudad, el cual ya había sido avisado del macabro suceso.

Los fotógrafos y los forenses esperaban ansiosos a que Marina y Carlos se marcharan para comenzar su trabajo. No se hicieron rogar puesto que ahora su principal objetivo era ir al hospital. A simple vista no se podía sacar ninguna conclusión de la escena del crimen, era mejor aguardar a que los resultados del laboratorio estuvieran disponibles.

El complejo hospitalario estaba formado por dos grandes bloques de piedra gris que se erguían con majestuosidad, atrayendo sobre sí la atención de los viandantes. Rodeando a los edificios, había una gran extensión de terreno cubierta por fresca hierba verde. Empezaba a amanecer y los primeros rayos

de luz se reflejaban en las ventanas, iluminando los escasos rosales que rompían la monotonía de la verdeante superficie.

Los directores del hospital, atónitos por el asesinato, se encontraban a la disposición de los detectives para lo que fuera necesario. Marina y Carlos se miraron sonrientes; estaban jugando en la liga de los grandes y si querían permanecer en ella tendrían que ganar el partido. De momento el resultado era «Policía 0-Asesino 2», de alguna forma había que dar la vuelta al marcador.

Las instalaciones eran modernas y funcionales, sin lujos innecesarios, pero dando prioridad a la comodidad de los pacientes. En las habitaciones el azul era el color que predominaba, mientras que en los pasillos el blanco solo se veía interrumpido por las imágenes de bellas enfermeras ordenando silencio y carteles prohibiendo fumar.

Uno de los bloques estaba destinado a la atención de los pacientes externos, a las dependencias administrativas y a los despachos. Cada doctor tenía el suyo propio, aunque a veces se veían obligados a compartirlos con los inexpertos residentes que tenían bajo su tutela. En el otro bloque estaba el hospital en sí, quirófanos, habitaciones, radiología...

El despacho de la doctora María Santos estaba en el segundo piso. No era muy grande, apenas tenía el espacio suficiente para una mesa, un par de sillas y una estantería que ocupaba todo un lateral. En la mesa se amontonaban los portafolios con los historiales de los pacientes que debía atender ese día.

Tenía intención de reincorporarse al trabajo a primera hora de la mañana. Una vez que el funeral había pasado y había depositado sus papeles en manos de un eficiente abogado, prefería mantener su mente ocupada en el hospital. Marina pensaba que a María le cambiaría la expresión de la cara cuando lo primero que viera al llegar fuera a al detective.

El difunto doctor Manuel Garcigrande ocupaba un despacho una planta más arriba que el de María Santos. La enfermera que los acompañaba en su gira no pudo reprimir las lágrimas al entrar en el despacho del apreciado doctor.

—Era un hombre encantador. Con todo el mundo se paraba a hablar,

dispuesto a mantener una conversación.

— ¿No tenía una novia, una amante o algo por el estilo? —preguntó Marina.

—No, ahora no, pero estuvo saliendo con una doctora del hospital.

— ¿Con quién?

—Con María Santos.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Carlos interviniendo por primera vez en la conversación.

—Fue hace tiempo. Unos dos años, o tal vez tres. La doctora empezó a salir con un importante dentista y rompió con el doctor Garcigrande.

—¿Cómo era la relación entre el doctor y ella después de la ruptura? —quiso saber Marina.

—Muy cordial. El doctor no discutía con nadie nunca. Era algo introvertido, no sabíamos mucho de su vida privada. La mayor parte de los fines de semana los pasaba en su casa sin ver a nadie, o al menos eso es lo que se decía.

—Tenía un hermano. ¿Sabe si se veían mucho? —inquirió Carlos.

—Sí, algunas veces venía con sus dos hijos pequeños a invitarlo a cenar. El doctor Garcigrande se volvía loco con sus sobrinos; jugando con ellos era un niño más.

El encanto de Carlos había funcionado de nuevo. Con su galantería y su dulce voz, consiguió que la enfermera les permitiera quedarse a solas en el despacho para curiosear durante unos minutos. Al salir, él se encargaría de cerrar bien la puerta y le dejaría la llave en información. La enfermera sintiéndose como la princesa del cuento accedió a sus deseos y se marchó a reanudar sus quehaceres como auxiliar de urgencias.

—Si tu mujer viera tus galanteos, no te dejaría salir de casa.

—Ella ya los conoce. ¿Cómo crees que conseguí que se casara conmigo?

## 6. BUSCANDO PISTAS

En el despacho del doctor Garcigrande no hallaron nada que les fuera de utilidad. Su mobiliario era muy similar al del despacho de María Santos. Sobre la mesa había un ordenador con su correspondiente impresora. Un experto en informática tendría que ser requerido para revisar el disco duro y los disquetes, que se ordenaban en una caja de plástico en el primer cajón de la mesa escritorio.

Marina no se asustaba con facilidad, pero la informática era superior a ella. En varias ocasiones se había inscrito en alguna academia, intentado aprender lo que para todo el mundo era una herramienta útil para trabajar o para el tiempo libre. Era incapaz de recordar aquellas claves misteriosas con las que funcionaba el ordenador, el ratón se le escapaba de las manos y, por grande que fuera la mesa, nunca tenía espacio suficiente para desplazarlo.

Cuando debía rellenar un informe o un impreso, lo hacía con pulcra caligrafía o con grandes dosis de paciencia con una máquina de escribir. Para Marina era increíble que en cada dependencia hospitalaria en que entraba hubiera un ordenador. Aunque este no era muy moderno, estaba informatizado en su totalidad. Ella prefería encargarse de los análisis forenses y dejar que Carlos se entendiera con los informáticos.

Como les había prometido el comisario, a primera hora de la tarde tuvieron en sus manos los resultados del laboratorio. Miraron por encima las fotografías. Ya habían visto el lugar del crimen y no había ninguna duda acerca de la causa de la muerte de Manuel Garcigrande. Por otra parte, el fotógrafo



había tomado más fotos después de que los forenses empezaran a hacer su trabajo, por lo que en casi todas partes se podía observar el típico polvillo que empleaban en la toma de muestras ensuciándolo todo.

No había constancia de ninguna huella diferente a las del muerto o las de la enfermera. Ningún cabello, ninguna fibra sospechosa, ni restos de tierra que no debieran de estar en el lugar del crimen. Era como si el asesino se hubiera materializado de la nada y hubiera desaparecido de la misma forma, sin dejar evidencia de su presencia.

El garaje era público y, aunque la mayoría de los coches pertenecían al personal del hospital o vecinos de los cercanos inmuebles, cualquier persona podía estacionar su vehículo en él el tiempo que quisiera. Los encargados del aparcamiento solo conocían a unos pocos clientes puesto que sus contratos duraban entre seis meses o un año, transcurrido el cual la plantilla era renovada.

En las fechas en que el asesinato se había cometido, los cuidadores llevaban trabajando un par de meses. Conocía al doctor por haber sido un cliente diario, pero su asesino podía haber sido otro cliente o no. El garaje era un inmenso bloque de cinco plantas, por lo que entraban y salían cientos de personas cada día.

Pero Marina no podía quitarse de la cabeza la idea a la que llevaba dando vueltas durante toda la tarde: María Santos era el nexo entre los doctores fallecidos. En ella debía de estar la clave para resolver los asesinatos.

—Creo —empezó a decir Marina—, que María Santos y el doctor Garcigrande nunca rompieron su relación.

—En ese caso, la primera persona asesinada hubiera sido el amante —razonó Carlos—. Un marido furioso en un ataque violento de celos puede ser capaz de hacer una locura.

—Tal vez asesinaron al marido pensando que ella se quedaría después con el dinero. Todo es mejor que la mitad.

—Pero olvidas que el supuesto «amante» también ha sido asesinado.

—Está claro, ella tuvo miedo de que el psiquiatra, arrepentido por lo que había hecho, viniera a la policía a contarlo todo.

—Los golpes fueron muy fuertes. El asesino le destrozó el cráneo con el libro, no creo que María Santos tenga tanta fuerza.

—Quizás tenga un nuevo amante y lo persuadió para que matara a su marido y a su antiguo amante.

—Es una explicación demasiado compleja. Tendrías que demostrar la existencia del segundo amante y encontrarlo.

Marina continuó con el ceño fruncido durante un largo rato. Si hablaba con el comisario podría hacer que este solicitara a un juez una orden de registro para buscar pruebas en la casa de María Santos. Estaba convencida de que, si lo hacían con la suficiente meticulosidad, hallarían alguna carta o algún email que comprometiera a la dueña de la casa.

## 7. VEINTE DE SEPTIEMBRE

Aquel domingo Marina se reunió en casa de Carlos con algunos amigos comunes. Carlos vivía en una urbanización en las afueras de la ciudad. Él y su mujer deseaban que la pequeña Ana creciera al aire libre lejos de la contaminación y el barullo de la ciudad.

Mientras Carlos terminaba de asar las chuletas en la barbacoa, Marina le mostraba su inquietud. Temía que el comisario no consiguiera esa noche la orden de registro. Ya lo habían intentado con tres jueces y ninguno la había autorizado. Su superior solía ir a cazar y entre sus ocasionales compañeros había un juez del que había sido íntimo amigo durante años. Ambos habían crecido en el mismo barrio y los unía una especial camaradería.

Si el comisario tenía éxito, se lo comunicaría, y a primera hora de la mañana contarían con un equipo de policías para realizar su cometido. No saldrían de la casa hasta estar seguros de la inocencia o culpabilidad de María Santos.

—Olvídate del trabajo e intenta relájate un rato —aconsejó Carlos a Marina.

—Si no conseguimos la orden o no encontramos nada, estaremos como al principio.

—Si tienes razón en tus sospechas, más tarde o más temprano hallaremos las pruebas que al incriminen.

—Ella es muy inteligente y está jugando con nosotros. Creo que...

—Ina, Ina, mira mi patito —gritó Ana a su «tía», lo que interrumpió su conversación—. ¿Jugamos?

El patito era en realidad una regadera con la que Ana fue «refrescando» a

los presentes con solícita prontitud. Aunque Carlos siempre era motivo de burla entre sus compañeros por pasar tanto tiempo con su familia, ningún miembro del equipo del cuerpo que lo conociera podía resistirse a la sonrisa de su hijita. Una niña de cara angelical con unos preciosos ojos azules, que se veían ocultos por unas redondas mejillas, prietas como manzanas. Las escasas veces que la mujer de Carlos lo había ido a buscar con la niña, Ana había sido el centro de atención. Hasta el duro comisario dejaba que la pequeña escalara sus piernas y le tirara del pelo.

A medida que pasaba la tarde, Marina fue olvidándose de la orden, de María Santos y de los asesinatos, disfrutando de la agradable compañía. Ya de regreso en casa recordando los juegos de su sobrina postiza, pensó en las veces en que Manuel Garcigrande habría jugado de igual manera con sus sobrinos. Entonces María Santos y su frialdad volvieron a su mente y, cuando el comisario la llamó para comunicarle que tenía la orden de registro, decidió que no cejaría en su empeño hasta descubrir qué había detrás de la perfecta fachada que la doctora había creado en torno suyo.

## 8. CULPABLE

A las ocho de la mañana un equipo de diez personas con Marina Altamirano a la cabeza se situaba en la entrada del hogar del matrimonio Santos. María abrió la puerta ya arreglada para irse a trabajar, pensando que se encontraría con la mujer que se encargaba de la limpieza de la casa.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó la viuda de David Santos extrañada por la inesperada visita.

—Tenemos una orden de registro —se apresuró a responder Marina—. Un juez nos ha dado autorización para registrar la casa.

—¡No pueden hacer eso!

—Es mejor que colabore con nosotros —la aconsejó Carlos—. Vamos a la cocina y tomemos un café mientras tanto.

Agarrándola de un brazo con cortesía, pero con firmeza, se la llevó dejando vía libre a los policías. La vivienda estaba constituida por dos plantas, un garaje y un sótano. Además, estaba rodeada por un cuidado jardín. Durante cuatro horas reinó una frenética actividad. María permaneció sentada en la cocina en compañía de la asistente, custodiadas por un policía. Era como si el registro le hubiera impresionado más que la muerte de su marido. Entonces no había perdido su aparente tranquilidad y ahora estaba próxima a un estado catatónico.

A la hora de la comida se establecieron turnos, si bien Marina no quiso descansar, prefería seguir buscando. Como el dormitorio principal ya había sido registrado, María Santos decidió recostarse un rato. Marina aprovechó la

oportunidad para echar un vistazo a la cocina, puesto que hasta ese momento nadie lo había hecho.

Después de un exhaustivo reconocimiento, se sentó en la mesa intentando imaginar algún lugar que hubieran pasado por alto. La tarde la emplearían en el jardín y en los dos coches que estaban en el garaje: el del doctor fallecido y el de la propia María Santos. Marina pensaba en cómo iba a distribuir a sus hombres cuando una fugaz idea cruzó por su mente. Se agachó y miró debajo de la mesa. Allí estaba, un paquete de cinco o seis cartas envueltas en un papel del mismo color marrón que la madera que configuraba la mesa.

Las cartas apenas tenían un año de antigüedad, como se podía deducir de las fechas de los matasellos. Eran cartas que había escrito María Santos a Manuel Garcigrande y que este había devuelto. En una primera lectura, la detective Altamirano encontró frases como: «...si David muriera todo sería nuestro y podríamos estar juntos siempre...», «...ya no soporto que me toque, lo odio...», «...si mi marido tuviera un accidente...», «...me estoy cansando de ti, no vales para nada, voy a tomar una decisión...».

Antes de hacer algo de lo que se pudiera arrepentir, Marina le mostró las cartas a su compañero. Él estuvo de acuerdo y diez minutos más tarde procedían al arresto de María Santos como presunta responsable de los asesinatos de David Santos y Manuel Garcigrande. El comisario les advirtió que, si no encontraban pruebas más concluyentes, se vería obligado a ponerla en libertad en un plazo de setenta y dos horas. Si eso ocurría, el abogado de María Santos había amenazado con denunciarlos por arresto improcedente, y él no podría ayudarlos.

La suerte estaba del lado de la joven pareja de detectives. Un equipo forense encontró que las huellas de María Santos concordaban con algunas de las halladas en las escenas de los crímenes. De igual manera, entre sus trajes se encontraban tejidos cuya composición tenía grandes similitudes con alguna de las muestras de fibras que poseían.

María Santos no tenía coartada en ninguno de los casos. La noche del

asesinato de su marido ella aseguraba que una vez que él se había marchado a la clínica para ver que ocurría, ella había continuado durmiendo sin despertarse hasta que la policía había ido a comunicarle lo sucedido.

La noche del siguiente al asesinato la paso leyendo en un sillón. Estaba muy nerviosa y solo podía pensar en el largo día de trabajo que se le avecinaba, después de dos días sin ir al hospital. No habló con nadie por teléfono, ni tuvo ninguna visita. Cuando llegó al hospital se enteró de lo sucedido.

Con las cartas quedaba demostrado que la relación entre María Santos y Manuel Garcigrande había continuado después del matrimonio de ella con David Santos. Todo indicaba que había sido una unión de tipo económico donde el amor solo provenía de David. Por sus palabras se deducía que María era una mujer fría y calculadora que tomaba lo que quería y no aceptaba un no por respuesta. Cuando algo dejaba de tener utilidad para ella o dejaba de interesarle, simplemente lo eliminaba de su vida.

Con todo ello el comisario pudo establecer una firme acusación por doble asesinato y María Santos fue ingresada en la cárcel, en prisión preventiva, hasta la celebración del juicio. Aunque su abogado proclamaba su inocencia, ella continuaba impasible sin que nada le afectara. Marina creía que la flaqueza que había demostrado cuando fueron a su casa con la orden de registro, había sido fingida con el fin de parapetarse en la cocina e impedir el descubrimiento de las cartas.

En apariencia el caso estaba resuelto; sin embargo, una sombra se marchaba de una ciudad a trescientos kilómetros de Basema, en un tren con destino desconocido.



## 9. VEINTISÉIS DE SEPTIEMBRE

La casera del edificio estaba muy enfadada. Los pagos se realizaban siempre el día uno de cada mes. Aunque fuera domingo o un día de fiesta, ella recorría cada uno de los pisos en busca de su dinero. En el 3º F no respondían a su llamada; había vuelto por la tarde del día uno y al final había regresado la mañana del día dos con la llave del piso, dispuesta a entrar en este si no le abrían.

Espero cinco minutos en silencio agudizando el oído para captar algún ruido, pero fue en vano. Un tufillo de basura descompuesta empezaba a llegar a su nariz. Temiendo que su inquilino hubiera abandonado el piso sin pagar el alquiler, introdujo la llave en la cerradura. Sus ojos no esperaban hallar semejante espectáculo.

Un cuerpo que antaño había pertenecido a un hombre se descomponía en una silla a la cual permanecía atado. A su alrededor emergían del sucio suelo decenas de botellas de vino barato. Sobre su cabeza pendía una bombilla vacilante que, a modo de foco, iluminaba el lúgubre escenario.

Alarmados por los gritos de la casera, los vecinos acudieron en tropel y uno de ellos llamo a la policía. Al cabo de una hora en el lugar había entre quince y veinte personas sobre las que un veterano detective de homicidios trataba de poner orden.

Era necesario una autopsia; no obstante, en su análisis preliminar, el forense creía que el difunto había sido obligado a ingerir litros y litros de vino hasta que había muerto por asfixia con un alto grado de embriaguez. No había

señales de violencia en el piso ni la cerradura estaba forzada, por lo que se suponía que la víctima conocía a su verdugo.

Andrés Blasco vivía en la ciudad desde hacía cuatro años, cuando había venido del pueblo en busca de un mejor porvenir. Trabajaba como camarero en uno de los locales de moda de Taima. Había tenido alguna que otra novia, pero trabajando de noche y durmiendo de día era difícil mantener una relación. Era tenido en alta estima por sus compañeros y su jefe; juntos disfrutaban de las horas libres en los días de descanso.

Durante una semana nadie había sabido nada de él. Pensaban que estaba enfermo y, como no respondía a sus llamadas, suponían que se había marchado al pueblo con su familia. En el apartamento había varios electrodomésticos, un televisor y un ordenador. Su sueldo había sido generoso y al no tener grandes gastos lo había empleado en conseguir todas las comodidades posibles para su casa.

Con el consiguiente disgusto de la casera, una vez que el registro finalizó el piso fue precintado por la policía. El detective de homicidios no quería que se cambiara nada del escenario del crimen. Prefería esperar un tiempo antes de permitir que el piso volviera a ser alquilado.

## 10. VEINTE DE NOVIEMBRE

Dos meses más tarde en Basema, Marina y Carlos habían vuelto a rellenar formularios y a ocuparse de casos de poca importancia. Sus compañeros reconocían que habían desempeñado bien su cometido, pero seguían siendo los últimos en el escalafón de la comisaría. Los demás tenían mucha más experiencia y llevaban más años que ellos trabajando en homicidios. Mientras no se incorporasen al departamento nuevos detectives, nada cambiaría. Para desgracia de Marina y de Carlos, cuando eso ocurría, venían destinados de otras ciudades donde habían realizado una brillante labor y por tanto ocupaban un lugar más alto que ellos.

Ese era el caso de su nuevo compañero: Arturo Sánchez. Había estado trabajando toda su vida en Taima, pero un sonoro fracaso y la enfermedad de su hija, que vivía en Basema, lo habían hecho solicitar el traslado. Aunque siempre había tenido gran prestigio, los últimos acontecimientos lo colocaban en una posición similar a la de Carlos y de Marina.

El juicio de María Santos estaba a punto de celebrarse y hasta que no fuera encontrada culpable, para mucha gente ajena al cuerpo ellos habían cometido un error. Por afinidad de situaciones entre los tres surgió una corriente de simpatía que los llevó a comentar sus casos. Marina le estaba mostrando a Arturo las fotografías tomadas en los lugares de los asesinatos cuando algo llamó la atención del veterano detective.

—¿Qué es ese polvo blanco? —preguntó Arturo.

—Es la sustancia que utilizan los forenses para tomar muestras —respondió

Marina extrañada.

—Pero las fotos se harían antes de que ellos empezaran a trabajar.

—Creemos que hubo algo de confusión en ambos casos. Con las prisas por terminar, fueron bastantes chapuceros.

—No es ninguna confusión, mira esta foto.

—¿Qué es?

—Es una foto de la casa de Andrés Blasco. Antes de que llegaran los forenses, ya había algo de ese polvillo entre las botellas de vino.

—¿Por qué tienes tu esa foto? —preguntó Carlos intrigado.

—Me he traído una copia del expediente. Me han apartado del caso, pero no pueden impedir que siga trabajado en él durante mi tiempo libre.

—Eso quiere decir que ese polvo blanco estaba en la consulta de David Santos y junto al cadáver de Manuel Garcigrande antes de que nosotros llegáramos —afirmó Marina.

—¿Qué puede ser? ¿Lo han analizado? —inquirió Arturo.

—No —negó Carlos—. Todo el mundo supuso que era cosa de los forenses.

—Quizás sea droga —aventuro Marina—. De cualquier forma, no lo sabremos salvo que se cometa otro asesinato y eso es imposible porque la culpable está en la cárcel.

—Como sea el mismo polvo, vuestros casos y el mío están relacionados, aunque no veo cómo.

—Sí, tienes razón. Hemos cometido un error. María Santos estaba en prisión cuando encontraron el cadáver de Andrés Blasco —dijo Carlos.

—El asesinato se cometió una semana antes y entonces María estaba libre —repuso Marina con cabezonería.

—Sera mejor que echemos un vistazo a los tres expedientes y veamos que encontramos —sugirió Arturo.

Durante una semana compaginaron su trabajo con el estudio de las pruebas recopiladas en los lugares de los asesinatos; sin embargo, en ninguno de ellos

se había tomado muestras del misterioso polvillo blanco.

Transmitieron al comisario sus sospechas y acordaron que Marina visitaría a María Santos en la prisión, a fin de averiguar si conocía a Andrés Blasco o si era posible que se hubiera ausentado de la ciudad durante algunas horas en las fechas en que se había cometido el asesinato de Taima. Mientras tanto, Carlos iría al hospital para consultar el horario de la doctora y buscar alguna constancia de su estancia allí durante ese breve periodo de tiempo.

Arturo regresó a Taima con una fotografía reciente de María Santos, que mostro en todos y cada uno de los pisos del edificio donde vivía Andrés Blasco. Incluso fue al local donde el difunto había estado trabajando hasta el día de su asesinato. Fue en vano; nadie había visto nunca a la mujer.

Las últimas horas las empleó en ir a la comisaría para saludar a los viejos amigos y contar sus sospechas a su antiguo jefe. Cuando finalizó su exposición, su superior sonrió; sabía que Arturo había sido y seguía siendo uno de los mejores detectives que había pasado por homicidios. Si su hija no hubiera estado gravemente enferma en Basema, no hubiera autorizado el traslado del mejor de sus hombres a otra ciudad.

—¿De manera que tú crees que ese polvo blanco relaciona los casos?

—Sin duda. No sé si María Santos está involucrada de forma directa o si encargó a alguien el trabajito; lo que sí sé es que ella también es responsable del asesinato de Andrés Blasco.

—Le diré a los detectives que llevan ahora la investigación que estén alerta, pero no estoy muy convencido de que ella esté implicada.

—Con eso me basta. Llámame si sabes algo —concluyo Arturo levantándose de su silla.

—¿Cómo está tu hija?

—La parálisis está muy extendida. Si el borracho que estrelló su coche contra el de mi hija no estuviera muerto, creo que cometería una locura.

En el tren que lo llevaba a Basema —desde el accidente de su hija no había vuelto a conducir un coche—, pensaba en Marina. Debía de tener la misma

edad que su querida Isabel y en muchas cosas se la recordaba. Su vitalidad, sus ganas de vivir y, como no, su cabezonería. Estaba convencida de que María Santos era culpable y no cejaría hasta demostrarlo. Tal vez en su entrevista con la doctora averiguara algo. Arturo esperaba que así fuera. En caso contrario, Marina y Carlos tendrían serios problemas.

## 11. EN LA CÁRCEL

Era un edificio enorme que imponía por su magnificencia. Estaba formado por ocho módulos, de los cuales solo uno estaba destinado a las mujeres. En una de las dependencias de este había una sala donde Marina esperaba a su interlocutora. Un guardia la observaba desde su puesto de vigilancia detrás de un falso espejo. La habitación tenía dos puertas, una por la cual había entrado la detective y otra por la que entraría la prisionera.

María Santos irrumpió en la pequeña sala custodiada por tres carceleras, dos salieron y una se quedó de pie en una esquina del cuarto. La sospechosa ocupó una silla en frente de la detective. Aun en la cárcel, Marina sentía que María Santos controlaba la situación con su distante frialdad.

—Estaba esperándola —dijo la prisionera iniciando la conversación—. Sabía que vendría.

—No crea que me agrada volver a verla —respondió Marina sin poder apartar la vista de aquellos sagaces ojos que la estudiaban en cada mirada—. Tengo que hacerle unas preguntas.

—Adelante.

—¿Ha estado alguna vez en Taima?

—No, nunca. No sé ni donde está. ¿Es un nuevo café?

—Es una ciudad a trescientos kilómetros de Basema. Allí vivía un amigo suyo, Andrés Blasco —dijo Marina intentando sonreír con la seguridad que daba estar en posesión de la verdad.

—No conozco a nadie con ese nombre; creo que se confunde.



—Pues él se quedó muy impresionado al conocerla; se quedó mudo y paralizado.

—Déjese de rodeos —ordenó María Santos echando su cuerpo hacia delante—. Si tiene una acusación, hágala; si no la tiene, es mejor que se marche y hable con mi abogado.

Las dos mujeres se miraron fijamente y, sin más que decirse, dieron por terminada la entrevista sin apenas haberla iniciado. Una de las puertas se abrió y entraron las otras dos carceleras para llevarse a la doctora. Mientras Marina se aproximaba a su salida, recordó algo y se volvió preguntado:

—Doctora, ¿la limpieza es de su agrado? Me ha parecido ver algo de polvo blanco debajo de la mesa.

Sin dar tiempo a una posible respuesta de una atónita María Santos, la detective Altamirano abandono las dependencias carcelarias. En apariencia su cara mostraba satisfacción por la entrevista, si bien en su interior sabía que el barco naufragaba y, si no llegaba pronto a puerto, se hundiría con él.

Carlos había conseguido en el hospital la información que querían, pero no era la que esperaba. María Santos no había faltado ningún día al trabajo y había cumplido su horario. Todo el personal del complejo hospitalario debía firmar al entrar y al salir de los edificios, de lo cual quedaba constancia en los registros. Por otra parte, su asistente confirmaba que todas las mañanas la propia doctora le había abierto la puerta.

En un principio parecía poco probable que María Santos hubiera abandonado durante el día Basema para ir a Taima con el propósito de asesinar a Andrés Blasco. Arturo apuntó que, de haberlo hecho, tendría que haber sido por la noche. La doctora salía del hospital a las seis de la tarde, con tiempo más que suficiente a las diez de la noche podía haber llegado a Taima. Habría tenido entre cinco y seis horas para matar a Andrés Blasco, y aun le quedarían cuatro para regresar a Basema y estar en su casa a las ocho en punto, ¿para recibir a la asistente sin levantar sospechas.

No podían incriminarla en el asesinato de Andrés Blasco. Todo eran

suposiciones que no podían afianzar con pruebas. Si el misterioso polvillo hubiera sido analizado en Taima y en alguno de los asesinatos de Basema, y además los resultados hubieran concordado, podrían haber tenido un nexo tangible de unión. Consiguiendo culpabilizar a María Santos de los crímenes de Basema tendrían al responsable del de Taima.

Por el contrario, esos análisis no se habían realizado y nadie en el departamento daba validez a la teoría del polvo blanco. Carlos propuso una posible relación entre Andrés Blasco y las víctimas de Basema. Ningún juez autorizaría la revisión de los archivos donde la doctora guardaba los expedientes de sus pacientes, en busca del nombre del difunto de Taima, el secreto médico lo impedía. Una vez más sería necesario que Carlos engatusara a alguna enfermera que les permitiera echar un vistazo a los ficheros.

En el hospital fue sencillo. La misma enfermera que los había guiado en su primera visita al centro médico, los ayudó en su nueva excursión. Comprobaron que Andrés Blasco nunca había estado en el hospital visitando a Manuel Garcigrande o a María Santos, o a cualquier otro médico.

La antigua clínica de David Santos estaba ocupada por un joven dentista, que se había hecho cargo de los pacientes del difunto. Las enfermeras eran las mismas y Carlos consiguió que una de ellas confiara en él para mostrarle los expedientes. Fue inútil; Andrés Blasco tampoco había visitado la clínica odontológica.

Puesto que era imposible relacionar a las víctimas, decidieron emplear sus esfuerzos en conseguir pruebas que involucraran a María Santos con los dos asesinatos de Basema. Las cartas mostraban un claro deseo por parte de la doctora de que su marido muriera y su amante desapareciera de su vida. No obstante, los grafólogos y psicólogos que las habían estudiado no hallaron indicios que demostraran su intención de asesinarlo.

Nadie la había visto en los lugares de los crímenes cuando estos se habían cometido, pero tampoco se podía verificar que ella estuviera en su casa en esos momentos. La acusación se caía a pedazos y el hecho fue aprovechado

por el abogado de la defensa para conseguir que fuera retirada, apoyándose en la falta de pruebas. El 15 de diciembre, María Santos fue puesta en libertad y ese mismo día se presentaron cargos contra Marina y contra Carlos por arresto improcedente.

El comisario y Arturo Sánchez los respaldaron durante la investigación. Aunque reconocían que la detective Altamirano había sido algo impetuosa, sus razonamientos habían sido lógicos y, cuando habían realizado la detención de María Santos, habían obrado en consecuencia.

Asuntos internos lo resolvió apartando a Carlos y Marina del caso. Sabían que los forenses no habían realizado de un modo correcto su trabajo. En ambos crímenes había demasiados errores, por lo que preferían que la historia se olvidara. Para la doctora Santos tampoco resultaba conveniente que la prensa siguiera hablando de los asesinatos. Su brillante carrera podía verse perjudicaba si se recordaba su adulterio y su estancia en la cárcel. Para todos, lo mejor era dar carpetazo al asunto y dejar que el tiempo lo arrinconara.

## 12. OLVIDO

Pilar Gómez regresaba del gimnasio al que acudía todas las noches mientras su marido se quedaba con sus dos hijos, un niño de nueve años y una niña de cuatro. La mayor parte de su tiempo transcurría en el cuidado de la casa. No quería a nadie extraño en su hogar, por lo que siempre estaba ocupada. Alrededor de las siete de la tarde, su marido regresaba de la oficina y la relevaba de sus tareas permitiendo que se fuera a hacer sus compras.

Una amiga la había convencido del beneficio de una hora diaria de ejercicio. Había acudido al gimnasio todos los días a las ocho desde hacía tres meses. Esa noche su amiga no había podido ir, y Pilar regresaba sola a su casa. Las calles estaban tranquilas, demasiado para su gusto, pero al fin y al cabo era un martes 7 de febrero y no cabía esperar que la gente saliera de fiesta.

Al atravesar la pequeña plaza que la separaba cuatro calles de su casa oyó un ruido a su espalda. Se quedó quieta y escuchó en silencio durante unos segundos, sin conseguir captar ningún sonido. Pensó que lo que la había sobresaltado eran sus propias pisadas. Continúo caminado y lo volvió a oír. Alguien más caminaba oculto en la noche en torno suyo.

Pilar aceleró el paso, pero las pisadas se iban acercando. Ahora podía escuchar una jadeante respiración junto a su oído y oler un fétido aliento. Sería lo último que percibiría antes de ser golpeada en la cabeza. La sangre empezó a manar de la herida abierta y en cuestión de milésimas de segundo se hundió en la oscuridad.

Un repartidor de pizzas la encontró tendida en el suelo en un líquido charco

rojo media hora más tarde. Avisó a la policía y pidió una ambulancia. Desde el Hospital Central de Olvido llamaron al angustiado marido que, en su casa, daba vueltas sin descanso, alarmado por la tardanza de su mujer.

Aunque estaba inconsciente, estaba viva. El golpe había sido fuerte, pero aparte de una aparatosa herida, no había tenido mayores consecuencias. En esta ocasión el arma había sido una escoba de madera que el atacante había abandonado junto al cadáver.

El suceso conmocionó a la ciudad de Olvido. Una pequeña población de 200.000 habitantes a 520 kilómetros de Basema. Nunca había sucedido nada igual. A parte de asaltos y disputas por droga, la policía no tenía otros problemas de que ocuparse. El departamento de homicidios estaba formado por tres detectives que ocupaban su tiempo en colaborar con otros departamentos. En algunas ocasiones, como la presente, eran requeridos sus servicios. No obstante, al no haber sido un asesinato, no entraba en su jurisdicción.

La policía llegó a la conclusión de que el móvil había sido el robo. El asaltante debió de verse obligado a huir ante la presencia de algún vecino. Quedaba por explicar el origen del polvo blanco que había aparecido cerca de la víctima y el motivo de un arma tan peculiar. No era muy común que un ladrón en potencia saliera de su casa provisto de una escoba para realizar sus fechorías. Aunque era cierto que cada vez las personas prestaban menos atención a lo que hacían sus vecinos, alguien paseando por la calle con una escoba tenía que llamar la atención.

Considerando que el polvo podía ser droga fue mandado a analizar encontrándose que era tiza. No era una sustancia habitual que se pudiera hallar en la calle, si bien la proximidad de una escuela hacía pensar que su hallazgo había sido circunstancial. Quizás no era un resto dejado por el asaltante, sino el proyectil utilizado en una pelea entre chiquillos.

Todo hubiera quedado como un intento de robo frustrado a no ser por la perspicacia del laboratorio forense. Olvido era cada vez una ciudad más

grande que contaban con más y mejores servicios. Algunas cosas como los análisis forenses no se podían realizar allí por la falta de técnicos cualificados. En esas ocasiones había que recurrir a la capital del país, Basema. El director del laboratorio era un hombre inteligente que había llegado lejos en su carrera gracias a su trabajo duro y su perseverancia.

Nunca había tenido problemas con el departamento de policía y siempre habían alabado su trabajo. Entonces uno de sus subordinados había tenido un doble error. No había tomado muestras de aquel dichoso polvo blanco. Tuvo que ser un «detectivillo de provincias» el que lo había detectado, sacando a la luz el mismo fallo en otro caso. En lo que respectaba a Taima, no se sentía responsable puesto que no había sido su equipo el que había tomado muestras en el lugar del asesinato. En aquella ocasión «forenses aficionados» habían realizado el trabajo.

Sabía que nadie lo culpaba de manera directa por lo de Basema. Al fin y al cabo, había sido otra persona del laboratorio la que había tomado las muestras, pero el responsable final era él, puesto que su deber era que todo se hiciera de un modo correcto. No podía estar en todas partes a la vez, de forma que tenía que enviar a gente supuestamente capaz a donde sus ojos no llegaban. Ya se sabía: si querías un trabajo bien hecho, debías hacerlo tú mismo.

Cuando recibió aquellas muestras de Olvido, una luz se encendió en su cabeza. ¿Y si fuera el mismo polvo blanco que aparecía en las fotos de Basema y Taima? No quería dejar nada al azar, así que telefoneó al comisario de Basema y le habló de sus sospechas. Este a su vez se lo comunicó a la detective Altamirano y a su compañero, los cuales decidieron ir a Olvido para hablar con el encargado del caso.

Allí no había nadie que considerara importante el detalle de los restos de tiza. Había una escuela cerca y ese era el origen más posible del polvo blanco. El asalto a Pilar Gómez había sido archivado como un intento de robo frustrado sin resolver. No había encontrado ninguna huella en la escoba, por lo que suponían que el asaltante debía de llevar guantes puestos en el momento

del ataque y sería muy difícil llegar hasta él. La víctima se estaba recuperando bien; lo mejor era dejar las cosas como estaban.

### 13. DOCE DE FEBRERO

Aquel era el último día que Pilar Gómez tendría que pasar en la clínica. A la mañana siguiente su marido vendría a recogerla para llevarla a casa. Al final todo había quedado en un gran susto, no le habían robado nada y estaba viva. Dadas las circunstancias no podía pedir más.

A primera hora de la tarde Marina y Carlos llegaban al hospital de Olvido para hablar con ella. Seguían fuera del caso, pero cuando Arturo les habló de los resultados del análisis forense, decidieron ir por su cuenta. Aunque no creían que recordará nada, tal vez pudiera dar algún detalle que los ayudara en la investigación.

—Yo iba caminado por una pequeña plaza —explicaba Pilar—, cuando me pareció oír un ruido.

—¿Qué hora sería? —preguntó Marina.

—Las nueve menos cuarto más o menos. Me detuve, y como no se repitió el sonido, continúe andando. Entonces comprendí que eran pisadas. Alguien me seguía y yo no lo veía. Estaba aterrada. De repente en una esquina note una respiración cerca de mí.

—¿Seguía sin ver a nadie?

—Sí, estaba muy oscuro. La farola no funcionaba. Después me golpearon en la cabeza y lo siguiente que recuerdo es la cara de mi marido junto a esta cama.

—Usted tiene dos hijos, ¿cree que podía llevar algo de ellos que pudiera estar manchado de tiza?



—¿Tiza? ¿Qué tienen que ver mis hijos con esto?

—Donde la asaltaron se ha encontrado tiza y no sabemos si la dejó el asaltante o ya estaba allí antes de que usted llegara.

—Hay una escuela cerca, quizás algún niño la llevó hasta allí.

—Sí, eso debe ser.

Marina y Carlos se despidieron de Pilar Gómez no muy convencidos del origen de la tiza, si bien al no haber otra explicación tendrían que aceptar la única que tenían. Tal vez después de todo el suceso de Olvido no estaba relacionado con los asesinatos de Basema y Taima.

Salieron del hospital con intención de ver con sus propios ojos el lugar donde se había producido el asalto. Pilar se quedó sola en la habitación. Los niños estaban en el colegio y su marido todavía tardaría un rato en llegar. Pero no estaba sola. En una habitación al fondo del corredor, una figura, que no era más que una sombra, observaba con atención la marcha de los detectives. Esperó unos segundos y cuando finalizó la hora de visita y los enfermos recuperaban la tranquilidad, salió de su escondrijo enfundada en un uniforme blanco.

Pilar dormía sin sospechar nada. No oyó la puerta de su habitación al abrirse ni el quedo crujido de las pisadas. La figura llevaba un trapo amarillo en la mano enguantada. Eran las cinco y media, cinco minutos más tarde seguía durmiendo sumida en un tortuoso sueño del que ya no despertaría.

Fue su propio marido el que encontró el cadáver poco antes de las seis. Se avisó a seguridad. Ya era tarde; el asesino había tenido tiempo suficiente para huir del hospital. Marina y Carlos recibieron la noticia a través de la radio del coche patrulla del detective que los acompañaba en sus pesquisas por Olvido.

Lo primero que llamó su atención en el lugar del crimen fue el arma. No era muy común, pero seguía la tónica utilizada en el primer asalto sufrido por Pilar: un trapo para limpiar el polvo. Le había sido introducido en la garganta hasta causarle la muerte por asfixia. Sobre la mesilla, junto a unas gafas y un libro, hallaron un montoncito de polvo blanco que análisis posteriores

identificarían como tiza. Ya no había duda, por una desconocida razón que no conseguían entender, aquel polvo era la tarjeta de visita del asesino.

Un equipo forense vino desde Basema en un helicóptero de la policía, para tomar muestras de todo lo que había en la habitación. El mismo director del laboratorio encabezaba el equipo de peritos. No consiguieron encontrar nada que no perteneciera a la familia de la víctima o al personal sanitario que la había atendido. Incluso se cotejaron las huellas con las de la detective Altamirano y su compañero a fin de no dejar ningún cabo suelto.

Se acordó que Marina, Carlos y Arturo dirigirían la investigación puesto que ellos habían sido los primeros en establecer la conexión entre los asesinatos. Recibieron la orden directamente de su comisario, ya que en asuntos internos habían decidido dar marcha atrás en lo que concernía a retirarlos del caso. Todos los medios con los que contaba la policía fueron puestos a su disposición. De ninguna manera se podía permitir que el que ya era un asesino en serie continuara matando y aumentando su lista negra.

Interrogaron a todas y cada una de las personas que habían conocido a Pilar y se realizó una exhaustiva investigación de la vida de su marido en busca de algún secreto oscuro, pero solo descubrieron que era un hombre que vivía para su familia, el cual había quedado traumatizado para siempre.

Se buscó alguna relación entre Pilar Gómez y las víctimas de Basema y Taima, sin encontrar ningún nexo entre ellas o su entorno. Parecía como si el asesino hubiera escogido a sus víctimas y las ciudades donde cometer los asesinatos al azar, sin ninguna razón aparente que lo justificara.

En su despacho de Basema, Marina, Carlos y Arturo intercambiaban opiniones:

—Un dentista, un psiquiatra, un camarero y una pacífica ama de casa. No lo entiendo —comentó Arturo.

—Aunque no lo vemos, tiene que haber algo que los relacione de algún modo. Alguna vez sus vidas entroncaron con la de su asesino —reflexionó Marina.

—Quizás en un avión, o en un tren en algún viaje. En un hotel al que fueron de vacaciones —apuntó Carlos.

—David Santos y su mujer tenían un nivel de vida muy superior al de Andrés Blasco o Pilar Gómez. No creo que viajaran con los mismos medios ni que estuvieran en los mismos hoteles —razonó Arturo.

—Tal vez el nexa sea el asesino —dijo Marina—. Es posible que las víctimas no se conocieran entre sí, que no se hubieran visto nunca. Cada una de ellas interfirió de algún modo en la vida del asesino y eso las marcó de forma mortal.

—Basema, Taima y Olvido —recordó Carlos—. El asesino debe ser alguien que viaja mucho. Puede ser un vendedor ambulante o un viajante de comercio.

— ¡Sí, claro! Sus víctimas no le compraron, se enfadó y decidió seguir las para matarlas en la primera ocasión que tuviera —afirmó con sarcasmo Marina.

—No, Marina, Carlos tiene razón. Es una posibilidad que hay que tener en cuenta.

Permanecieron en silencio reflexionando sobre la idea de Carlos. Bien pensado, para Marina no resultaba ya tan descabellada. Aunque no creía que el asesino fuera un vendedor descontento. La hipótesis de que fuera alguien que por su trabajo se viera obligado a viajar de manera constante tenía sentido. Las ciudades podían venir marcadas por el destino de sus viajes y después la víctima ser elegida al azar. Eso explicaría en cierta forma la falta de algún tipo de conexión entre ellas.

Carlos empezó a repasar mentalmente los casos. Se apreciaba una clara premeditación en todos ellos, puesto que las armas utilizadas estaban relacionadas con los respectivos trabajos de las víctimas.

David Santos era un dentista que había muerto en su sillón, con el torno que tantas veces había utilizado clavado en el pecho. Había encontrado la muerte en su consulta, adonde había sido llevado con marcada astucia por el asesino. Este último debía conocer la clínica y saber dónde podía esconderse durante

unas horas sin levantar sospechas.

Manuel Garcigrande era un psiquiatra que había sido golpeado en la cabeza con un libro, que versaba sobre la materia con la que trabajaba. El asesino conocía sus costumbres y el lugar donde dejaba su coche. Sabía que podría llevar a cabo su siniestro propósito con total impunidad.

Andrés Blasco era un camarero. Había sido asesinado obligándolo a tragar litros y litros de vino. El asesino había sabido introducirse en su vivienda sin forzar la entrada, lo que daba a entender que la víctima lo conocía, o no había nada en su aspecto que pudiera haberlo hecho recelar. Durante varias horas lo había torturado con crueldad y con infinita paciencia, hasta causarle la muerte. Si alguien había visto u oído algo, había preferido mirar para otro lado.

Pilar Gómez era un ama de casa. Había sufrido el primer asalto mientras volvía del gimnasio. Su asesino debía de conocer su horario y el recorrido que había realizado cada noche. Siempre iba con una amiga, que esa noche no había podido ir porque el gato de sus hijos había desaparecido, y ellos habían reclamado su ayuda en su peculiar «busca y captura». Tal vez el agresor había influido en la oportuna pérdida del animal. Las armas habían sido una escoba y un trapo del polvo que estaban relacionadas con las habituales tareas domésticas de la víctima. El asesino o asesina había sabido introducirse en el hospital cuando nadie podía detectar su presencia. Por fuera debía de haber estado observando las entradas y salidas de la habitación de Pilar Gómez. Si era así, tenían que haberse cruzado con él en su visita al hospital.

Arturo pensaba en la primitiva teoría de Marina. Ella creía que María Santos era la responsable de los asesinatos de Basema. Era difícil implicarla en el de Taima, pero en el de Olvido más todavía. La noche del primer asalto, ella había presidido una gala a beneficio de los niños con cáncer. Durante el segundo y definitivo asalto había estado trabajando en el hospital. Pacientes y personal sanitario daban fe de ello.

Su única sospecha tenía una firme coartada. No creía en la idea apuntada por Marina de que tuviera un cómplice para hacer el trabajo sucio. María Santos

era muchas cosas; sin embargo, era de las personas que resolvían sus asuntos por si mismas sin delegar en nadie. Por otra parte, de los asesinatos de Basema sacaba algún beneficio, pero con los de Taima y Olvido no ganaba nada.

Si querían atrapar al asesino, tendrían que adelantarse a sus movimientos. El problema era que jugaba a ciegas y no conocían ni el tablero de juego ni las fichas que le quedaban a su oponente.

## 14. VACACIONES

La semana de vacaciones que el comisario les había obligado a tomar tocaba a su fin. Marina tenía el mismo embotamiento en su cabeza que al comienzo de los días de descanso. Los asesinatos seguían siendo una maraña de cabos, imposible de desenredar.

Había ido a visitar a su familia, sus padres y sus dos hermanos mayores, que vivían en una pequeña ciudad a 360 kilómetros de Basema. Uno de sus hermanos estaba casado y esperaba un hijo para el final del verano. El otro era un solterón mujeriego que llevaba ocho años estudiando medicina. Tanto le gustaba su carrera que repetía, e incluso tripitía los años. Marina disfrutó reencontrándose con sus viejas amistades de Calas, tan ajenas al trajín de la capital y que todavía sabían disfrutar de la vida con tranquilidad.

Carlos, por su parte, planeó unas minivacaciones en la playa, pero la pequeña Ana decidió que aquella era una buena semana para coger la segunda gripe del año. Con solidaridad, la compartió con sus padres, que vieron como desaparecían sus planes de descanso sobre la blanca arena de la costa siendo sustituida por las blancas sabanas de su cama.

Arturo aprovechó la semana cuidando a su hija Isabel, que se recuperaba de la tercera operación que le hacían, con el fin de que volviera a caminar. Había recuperado la movilidad en la mano derecha y conseguía permanecer cortos periodos de tiempo sin el aparato que la ayudaba a respirar.

Era sábado. Para Marina sería su última noche en Calas. El domingo después de comer empacaría sus cosas y regresaría a Basema. Quería olvidar

los asesinatos y disfrutar de la deliciosa cena que su madre le había preparado. Se disponía a sentarse a la mesa cuando el timbre de la puerta los interrumpió. Era un mensajero con un ramo de flores y una carta para la detective Altamirano. Mientras soportaba las burlas de sus hermanos, que consideraban que en casa era solo Marina, la pequeña de la familia y no una detective de homicidios, abrió la carta. El texto no tenía sentido para ella. La carta era un folio blanco y centrada en él una única frase:

«LEE MI PÁGINA»

—Tienes un admirador secreto y no nos habías dicho nada —bromeó uno de sus hermanos.

—¡Qué calladito te lo tenías! —continuó el otro.

—No tengo ningún admirador. No sé qué es esto; nadie me ha mandado flores o cartas así a Basema.

Marina quiso hablar con el mensajero, pero ya era tarde. Cuando llegó a la calle no se veían ni a él ni a ninguna furgoneta de reparto. En el sobre no había ningún nombre ni ningún membrete. Tampoco lo había en la carta, y en el ramo no aparecía la típica pegatina indicando la floristería de la que procedían las flores.

Había desaparecido del mismo modo que había aparecido. Se dejó llevar por el entusiasmo de su familia y, al final, terminó convencida de que el remitente había sido una de sus amistades de Calas, que se burlaba de nuevo de su condición de detective. Durante la cena olvidó la carta y las preocupaciones que la habían llevado a Calas, pero mientras el sueño le embargaba, los negros pensamientos volvieron a su mente.

La persona que le había enviado las flores había conseguido intrigarla. No creía que fuera ninguno de sus conocidos de Calas. Tal vez Arturo o Carlos hubieran recibido algo parecido y supieran algo más. Se lo preguntaría cuando llegara a Basema.

## 15. TENGO MIEDO

—No. Yo no he recibido nada. ¿Y tú, Arturo?

—Flores para mi hija, pero de personas que conozco, nada extraño.

—La persona que te las envió sabía dónde vivía tu familia y que tú estarías con ellos este fin de semana.

—Sí, ya lo sé. Debe de haber sido alguien de mi entorno. Nuestras direcciones son secretas y en la comisaría no se las dicen a nadie —respondió Marina.

—¿Y si te las envió el asesino? —preguntó Carlos.

Arturo y Marina lo miraron sin poder contener la risa. Aquello solo ocurría en las películas de serie B. En la vida real pocas personas tenían acceso a los nombres de los detectives que llevaban los casos. En cuanto a sus domicilios, era todavía más complicado conseguirlos. Los conocían en administración, sin bien el acceso a estos estaba limitado a personas del cuerpo con credenciales irrefutables. La lógica los llevaba a pensar que todo había sido una broma de alguien de Calas.

Durante dos días lo olvidaron. El miércoles una llamada les hizo recordarlo.

—Quisiera hablar con la detective Altamirano, por favor —pidió una voz de mujer al otro lado del hilo telefónico.

—Está hablando con ella. ¿Quién es usted?

—Eso no importa ahora. Tenemos que vernos a solas; tengo algo que decirle.

—Si no me dice quién es, voy a colgar. No tengo tiempo para juegos de niños.



—Yo le envié las flores y la carta.

—¿Cómo supo donde vivía? —preguntó Marina mientras pasaba una nota a Carlos pidiéndole que averiguara el origen de la llamada.

—Resultó fácil, tengo medios —fue la escueta respuesta de la mujer.

—¿De qué quiere hablarme?

—De los asesinatos, se algo que puede ayudarle en su investigación.

—¿Cómo sé que usted no es el asesino?

—Tendrá que confiar en mí.

Las advertencias que le había repetido una y otra vez en la academia cruzaron en un segundo por la mente de Marina. «No hacer caso de los anónimos recibidos por carta o por llamada telefónica; no acudir solos a encuentros que entrañen algún peligro para el propio policía...». Si accedía a lo que su interlocutor pedía, ¿cuántas normas violaría?

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó Marina sin hacer caso a los gestos que Arturo y Carlos le hacían.

—En la calle Dalma hay un almacén abandonado, detrás del edificio donde David Santos tenía su consulta. ¿Sabe dónde es?

—Sí. ¿Cómo la reconoceré?

—Yo la reconoceré a usted. Allí dentro de una hora.

—Dígame su nombre, al menos.

La respuesta a la petición de Marina fue un sordo clic al otro lado del teléfono. Habían conseguido localizar la llamada; había sido realizada desde un teléfono público en el hospital donde trabajaba María Santos. Cuando un coche patrulla llegó al centro sanitario, un anciano llamaba a sus nietos desde ese mismo teléfono. Era inútil intentar tomar muestras de las huellas del auricular, desde que había finalizado la llamada recibida por Marina, al menos cinco personas habían utilizado el aparato.

Había que reconocer que aquella misteriosa mujer sabía cómo despertar la curiosidad de Marina y sus compañeros. Pese a la oposición de estos últimos, la detective Altamirano estaba decidida a acudir a la cita. La persona que la

había llamado sabía todo de ella, hasta el lugar donde vivía su familia, dato que muchos de sus colegas desconocían. Eso le intrigaba, a la vez que le disgustaba. Quería conocer a la mujer que se había tomado tantas molestias en averiguar cosas de ella.

Aunque Carlos y Arturo querían acompañarla, Marina se opuso. Si la mujer la veía llegar con alguien, se iría y no averiguarían nada. El comisario estuvo de acuerdo con ella, pero la obligó a llevar disimulado entre la ropa un equipo de escucha. Sus compañeros desde un receptor seguirían la conversación y al menor incidente acudirían en su ayuda.

Con el tiempo justo para llegar a su cita, Marina salió sola de la comisaría conduciendo su propio coche. El chaleco antibalas y el dispositivo de escucha le molestaban, aunque la hacían sentir más segura. No sabía lo que se iba a encontrar. La voz le había inspirado confianza y su corazón le decía que no se preocupara. No obstante, su cerebro le advertía que aquello podía ser una trampa y debía tener cuidado.

Dejó el coche a cien metros del lugar del encuentro. Prefería llegar caminando para que la mujer viera que estaba sola. El almacén que en otro tiempo había estado lleno de televisores y videos, ahora estaba ocupado por ratas convertidas en sus orgullosas dueñas. Al fondo se veía una puerta de madera por la que entraba la luz del sol. Marina se aproximó a ella pisando los restos de cartones y plásticos que cubrían el polvoriento suelo.

Desde el quicio de la puerta contempló el solar que se extendía ante sus ojos. Era una especie de patio de luces al que se asomaban varios edificios, ofreciendo su peor cara. Un ruido a su espalda la hizo girar asustada, encontrándose con una rata que la contemplaba con chulesca indiferencia.

Caminó hacia el centro del patio en busca de otra puerta, aspirando el rancio aire del abandono. Empezaba a pensar que se había equivocado de lugar cuando vio a una mujer emergiendo de una oscura esquina a su derecha. No era muy alta, tenía un largo pelo rubio que llevaba recogido en una sucia coleta. Con unos intensos ojos azules la miraba en silencio, nerviosa, como si

temiera la llegada de un inesperado visitante.

—No tema, he venido sola —aseguró Marina.

—Lo sé, pero él..., ella..., tal vez... —respondió la mujer vigilando su entorno.

—¿Qué quería decirme? ¿Sabe quién es el asesino?

—Sí, bueno, no sé si es él o es ella.

—¿Cuál es su relación con él o ella?

—Es difícil de explicar. Quizás no estemos seguras aquí, deberíamos ir a otro sitio.

—Usted me ha llamado —replicó Marina impacientándose por momentos—, no me ha querido decir su nombre y me ha citado en este cochambroso patio. Ahora no me diga que no sabe o que no está segura. Si tiene algo que decirme, dígamelo ya o me iré. Por si no lo sabe tampoco, tengo cuatro asesinatos que investigar.

—De acuerdo. ¿Le gustan los ordenadores? —preguntó la mujer encendiendo un cigarrillo con manos temblorosas.

—Los odio. Supongo que no me habrá citado para hablar de ordenadores.

—¿Hablar? Es gracioso, por hablar estoy en este lio.

Marina contempló en silencio a la mujer que tenía enfrente suyo. Con una mano fumaba un cigarrillo y con la otra se mesaba el cabello de una manera compulsiva. Todavía no estaba segura de si aquello era una broma, pero esa mujer parecía salida de la peor de sus pesadillas. Llevaba sucia la ropa y no debía de haber comido, ni haber dormido durante los últimos días.

—¿Conocía a David Santos o a Manuel Garcigrande o...

—No en el sentido estricto de la palabra «conocer» —la interrumpió la mujer.

—Está acabando con mi paciencia. Solo dice cosas ambiguas que no tienen ningún significado para mí.

—Aunque los conocía a todos, nunca los vi cara a cara. Creo que conozco al asesino, pero no sé qué aspecto tiene.

—Muy bien, continúe.

—Yo trabajo en...

No pudo terminar la frase. Un intenso dolor atravesó su pecho, que la hizo caer al suelo. Marina se arrodilló a su lado pidiendo ayuda por medio del dispositivo de escucha. La mujer movió sus labios emitiendo un sonido que Marina no podía captar. Aproximó su oreja a la boca de la mujer y, acompañada de la última exhalación de aire, escuchó la misma frase que aparecía escrita en la tarjeta: «Lee mi página».

Cuando Carlos llegó al patio la mujer ya había muerto. En su pecho emergía triunfante un abrecartas, en cuya empuñadura se podía leer el nombre de uno de los periódicos de mayor tirada del país: *Primera Plana*. Alguien con magistral puntería, lo había lanzado desde alguna de las ventanas de las dos casas que estaban a espaldas de la detective Altamirano.

En el bolso de la víctima se encontró su documentación. Se llamaba Sofía Izquierdo. Era una periodista que trabajaba para *Primera Plana* en sus oficinas de Urice. No había nada extraño entre sus pertenencias: un bloc, dos bolígrafos, tabaco, un mechero, un monedero y unas llaves que debían de ser las de su casa.

Averiguaciones posteriores confirmaron que trabajaba como redactora para el periódico. Había solicitado unos días de permiso por asuntos propios y estaba previsto que se reincorporara el lunes siguiente. Nadie sabía qué podía estar haciendo en Basema. Su familia y su novio vivían en Urice. Ellos creían que Sofía estaba realizando un reportaje para el periódico en alguna ciudad, aunque desconocían cual era.

Se registró piso por piso cada una de las casas desde donde era posible que el abrecartas hubiera sido lanzado. Incluso se inspeccionaron las otras viviendas que poseían ventanas con vistas al patio. Los peritos llegaron a la conclusión de que el asesino era un excelente tirador, puesto que no solo había acertado en el blanco, sino que no había rozado siquiera a Marina.

Una de las casas tenía una escalera interior que comunicaba los pisos. En

esa escalera había unas pequeñas ventanucas desde las cuales se tenía una visión perfecta de la escena del crimen. Las otras ventanas pertenecían a domicilios particulares a los que el asesino o asesina hubiera tenido difícil acceso.

Tiradores de la policía utilizando un maniquí, probaron desde cada una de las ventanas de la escalera, hasta hallar la que debía de haber sido origen del disparo. Había dos posibilidades; no obstante, la duda se resolvió al encontrar restos de polvo blanco en una de ellas. De nuevo, la especial tarjeta de visita hacía su aparición.

Marina se sentía decepcionada. Sofía Izquierdo había acudido a ella en busca de ayuda y le había fallado. Hasta el momento del asesinato había pensado que las flores y la cita eran una broma de mal gusto, e incluso consideró la idea de que detrás estuviera el asesino. Cuando Carlos apuntó la posibilidad, se había reído de él, si bien en su interior había creído que podía tener razón.

Si Sofía le hubiera revelado su nombre o su profesión, no hubiera acudido a la cita. Sabía que algunos periodistas podían llegar a falsificar pruebas con tal de hacerse con una exclusiva. Ahora estaba muerta y nunca sabría lo que había querido decirle. Solo podía estar segura de que era algo importante ya que había muerto por ello.

Encontrar al asesino se había convertido en su obsesión. Hasta entonces habían llegado al lugar del crimen cuando este ya se había cometido. Esta última vez no había sido capaz de evitarlo. Nunca se lo perdonaría.

## 16. TREINTA DE MARZO

Carlos y Arturo, junto con un policía experto en informática, esperaban la llegada de la detective Altamirano, en la puerta de las oficinas de *Primera Plana* en Urice.

—Siento el retraso —dijo Marina disculpándose por la tardanza—. La casera de Sofía Izquierdo ha accedido a dejarnos entrar en el apartamento esta tarde, me ha costado convencerla.

—¡Perfecto! —exclamó Arturo—. Ahora será mejor que veamos el lugar donde trabajaba.

La redactora jefa los esperaba en su despacho. Sus castigados ojos reflejaban las muchas lágrimas vertidas por la muerte de su amiga. La redactora siempre había tenido una especial relación con Sofía, no en vano ellas habían sido las únicas mujeres con un cargo importante en las oficinas de Urice durante mucho tiempo. En los dos años que había ocupado su puesto, Sofía había sido su más leal consejera y su apoyo.

Un mes antes Sofía había empezado a obsesionarse con los asesinatos de Basema y con María Santos. Su amiga había intentado disuadirla diciéndole que ese era un asunto del que se ocupaba la sede central de Basema. En Urice escribían sobre temas locales. El resto de las noticias las obtenían directamente de la capital.

Sin embargo, Sofía había continuado preocupada por los asesinatos; creía que el asesinato del camarero de Taima y el de la mujer de Olvido estaban relacionados. Al oír esto los detectives se pusieron en guardia. A excepción

del comisario, y del director del laboratorio forense, nadie conocía la relación entre los crímenes. Ninguna persona había filtrado a la prensa el hallazgo de la tiza en los lugares de los asesinatos y ese era el único nexo que poseían.

Marina sintió que un escalofrío recorría su espalda al comprobar lo cerca que había estado Sofía de resolver los asesinatos. Una vez más lamentaba no haberle creído desde un principio. Ahora tendrían al asesino en lugar de un cadáver más en el depósito.

La redactora los acompañó hasta la mesa donde Sofía Izquierdo había estado trabajando hasta una semana antes. Había solicitado unos días para resolver unos asuntos familiares. No había querido decirle nada más, pero los años de mutua confianza la habían hecho pensar que esta estaba metida en algún lío, y que necesitaba tiempo libre para solucionarlo.

Al igual que Marina, la redactora se culpaba por la muerte de Sofía. Debía haberla obligado a que le contara lo que le pasaba. A la vista de los acontecimientos, estaba convencida de que la causa de la muerte de su amiga había sido su obsesión por los asesinatos. Creía que Sofía se había acercado demasiado a la identidad del o de los responsables.

Sofía no tenía en realidad un despacho. La inmensa planta que ocupaba las oficinas del periódico estaba dividida en pequeños habitáculos separados por paneles. En cada uno, además de una mesa y una o dos sillas, había unos ficheros y un terminal de ordenador. Arturo comprobó que, una vez sentado ante la mesa, el único contacto con los «vecinos» era la impresora, que cada habitáculo compartía en común unión con otros cinco.

En el disco duro del ordenador, el joven policía experto en informática solo encontró copias de los últimos reportajes de Sofía Izquierdo. Marina había esperado encontrar algún fichero oculto, con los nombres de las fuentes de información de la difunta reportera. Carlos ya le había advertido que eso era poco más que imposible. La facilidad con la que se podía entrar en un ordenador conectado a una red, desde otro terminal, unida a la ética periodística que impedía la revelación de las fuentes, hacía impensable que

Sofía hubiera escrito un archivo con los nombres de sus secretos colaboradores.

Marina no entendía cómo, sabiendo manejar un ordenador donde según decían podían almacenar miles de datos, iba alguien a dejar sus mayores secretos escritos en un cuaderno al alcance de cualquier mano curiosa.

En los ficheros que había junto a la mesa encontraron entre cuarenta y cincuenta carpetas con información y con fotos de algunos de los reportajes que había escrito Sofía. Arturo quiso llevárselos a Basema para leerlos despacio, pero la redactora jefa se puso a ello. Ahora que Sofía había muerto, sus carpetas serían traspasadas a otros reporteros que las necesitaran. Además, salvo los objetos personales, todo lo que había en el «despacho» de Sofía, pertenecía al periódico y no se podía sacar de allí. Ellos podían consultar lo que quisieran y, si deseaban fotocopiar algo, ella misma se encargaría. Mientras lo hacían, los esperaría en su despacho.

Arturo no estaba dispuesto a perder un día en aquel diminuto recinto. Dejaría que Carlos y Marina se entretuvieran buscando nombres de misteriosas fuentes informantes; él prefería hablar con las personas que trabajaban en las oficinas. Ellas sí que eran fuentes tangibles.

Lo primero que averiguó Arturo fue que Sofía siempre había sido admirada por su inteligencia y su sagacidad. La que era la redactora jefa y ella habían empezado a trabajar a la vez en el periódico. Entre ellas había reinado una sana competitividad y una afable camarería, en aquel mundo de hombres, donde las mujeres ocupaban un segundo plano como secretaria o redactoras de la columna de sociedad. Ellas consiguieron imponerse sobre sus colegas masculinos en el escabroso terreno del periodismo de investigación. Gracias a sus reportajes, la edición local de *Primera Plana* había alcanzado un gran prestigio entre los lectores y el mundo periodístico.

Dos años atrás había ocurrido lo impensable. Aunque ambas se habían puesto a trabajar en el mismo reportaje, lo habían hecho sin colaborar. Cada una tenía sus informantes y su particular enfoque del tema. El entonces redactor jefe les había dicho que solo publicaría uno de los dos artículos, a fin



de atraer al mayor número de lectores.

La actual redactora jefa se había adelantado a Sofía. Algunos afirmaban que con oscuras tretas se había apropiado de información de su amiga y se había llevado todo el prestigio. El reportaje, que implicaba a un alto cargo político, había revolucionado todas las redacciones del país. Aparte de obtener importantes reconocimientos en diversos ámbitos, su autora había conseguido un ascenso y había pasado a ocupar el cargo de redactora jefe. Su antecesor había sido requerido en Basema, y Sofía había visto cómo todo el mundo obtenía su premio, mientras ella había perdido el tiempo trabajando en un reportaje que ya no valía la pena y que nadie publicaría.

En apariencia las dos seguían siendo buenas amigas. Sofía no había querido creer a los que le habían asegurado que la redactora se había valido de malas artes para alcanzar el triunfo. Para ella, había sido su mejor amiga y había tenido su confianza.

Cuando había empezado a investigar los asesinatos de Basema, no le había contado a nadie sus sospechas, ni siquiera a su fiel amiga.

En la redacción sabían que Sofía seguía atenta las informaciones que habían aparecido de los crímenes en los periódicos, pero pensaban que se estaba ocupando de algún asunto de política local. Su muerte había sido una desagradable sorpresa para todos. Aunque Arturo quiso, como vulgarmente se dice, tirar de la lengua a las personas que trabajaban en el periódico, no pudo encontrar a nadie que pensara que la redactora jefa había tenido algo que ver, o al menos a nadie dispuesto a decirlo.

Marina y Carlos no hallaron nada importante en las carpetas de los ficheros. Si Sofía había estado investigado sobre los asesinatos, debía haber guardado sus informes en su casa. El informático les confirmó que, al menos en sus análisis preliminares, no había encontrado ninguna referencia a los sucesos de Basema.

Con desilusión se despidieron de la redactora jefe, encaminando sus pasos hacia la casa de Sofía Izquierdo. Solo se permitieron un descanso para comer

un bocadillo. La que había sido casera de Sofía les dijo que tuvieran cuidado al realizar el registro; cualquier destrozo en el apartamento podía dificultar su alquiler posterior.

El piso no era muy grande: dos dormitorios, un baño, una cocina y un diminuto cuarto de estar que hacía las veces de despacho. Como habían imaginado, en una pequeña mesa junto a la ventana del supuesto despacho encontraron otro ordenador.

Con presteza el informático empezó a buscar en los archivos del disco duro. Carlos se quedó con él, ayudándolo a revisar los *pendrives* que había junto a la impresora, en tanto Marina y Arturo ocupaban su tiempo registrando las otras habitaciones.

Durante tres horas en el apartamento reinó una febril actividad. No les fue difícil hallar carpetas similares a las que habían visto en el periódico, que contenían recortes acerca de los asesinatos. Aunque no encontraron nada nuevo, las carpetas confirmaban la hipótesis de que Sofía había estado tras la pista del asesino y por los trágicos resultados sabían que las deducciones de la periodista habían sido correctas.

Desalentada, Marina inició el registro del cuarto de baño. A excepción de tarros y cremas similares a los suyos, lo único extraño que halló fue un cuaderno y un bolígrafo. Aunque había oído que a los escritores y periodistas se les ocurrían las ideas en cualquier lugar, aquello era demasiado.

Con femenina curiosidad, abrió alguno de los frascos examinando su contenido. Embriagada por los dulces aromas, cogió el bote de gel dispuesta a absorber el «fresco olor a rosas recién cortadas» que proclamaba su etiqueta.

Al aproximar su nariz a la boca del bote descubrió que el olor a rosas ya no existía, el aroma debía de haber desaparecido al gastarse el contenido. Sin embargo, al depositar el bote en la repisa de la bañera, noto que algo se movía en el interior del recipiente. Lo agitó y corroboró sus sospechas: aquel bote no estaba vacío.

## 17. LA LISTA DE SOFÍA

—¡Carlos, Arturo...venid rápido!

—¿Qué ocurre? —preguntó el veterano detective al llegar al baño.

—No puedo abrir este frasco y dentro hay algo.

—¿Estás segura? —inquirió Carlos cauteloso.

—¡Escuchad! —ordenó Marina agitando con firmeza el bote de gel ante los incrédulos ojos de sus compañeros.

—Toma mi navaja —ofreció Arturo mientras le tendía un llavero multiusos a Marina.

El tapón salió despedido y al volcar el bote, surgió un canuto de papel envuelto en el típico plástico transparente utilizado en cocina. Con manos temblorosas, Marina deshizo el pequeño hato y extendió la blanca lámina. En ella apareció escrita una lista que heló la sangre de la detective Altamirano.

Eran doce nombres propios, sin apellidos, garabateados con tinta azul. Aunque seis de ellos carecían de significado para los detectives, los otros eran siniestramente familiares:

Marisa

David

Sandra

Pedro

Marta

José

Sofía

Manuel

Pilar

Andrés

María

Roberto

—Tal vez sea casualidad y estos nombres no tengan ninguna relación con los asesinatos —apuntó Arturo.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó Marina enfadada—. Aquí están los nombres de las cinco personas asesinadas y además aparece el de María.

—Estoy de acuerdo contigo Marina —afirmó Carlos—. Ahora hay que averiguar que es esa lista y encontrar las otras seis personas antes de que el asesino lo haga.

—Creo que el asesino o los asesinos están en la lista —reflexionó Marina—. Y yo sé quién es.

—Espera un momento —intervino Arturo—. Puedo admitir que sea la lista de las víctimas y entre ellas este el asesino; sin embargo, no hay nada que permita identificar como tal a María Santos. Por lo que sabemos, ella puede ser otra víctima más.

Sin estar conforme del todo, Marina aceptó lo que Arturo decía. No habían podido encontrar ninguna relación entre María Santos y las personas asesinadas en Taima y Olvido. Se trabajaba con la hipótesis de una posible conexión entre ella y Sofía Izquierdo, aunque su inocencia había quedado de nuevo demostrada por el propio hospital. Cuando Marina y Sofía se encontraron, con trágico final para la última, la doctora Santos atendía con normalidad a sus pacientes en el centro médico.

A pesar de todo, había un hecho innegable, entre las víctimas y María había un nexo que solo Sofía había sido capaz de averiguar. Una relación, por otra parte, en la que ella misma estaba incluida y que marcaba con la muerte a sus miembros.

Era imposible encontrar a las otras personas de la lista. Sin conocer a que

hacía referencia, el campo de búsqueda era ilimitado. ¿Cuántas Martas, Marisas, Robertos y Pedros había en el país? Por qué ciudad empezar. Los asesinatos habían ocurrido en diferentes poblaciones. Si bien era cierto que Basema había sido el escenario en tres ocasiones, los detectives no creían que la localización fuera un factor determinante.

Carlos apuntó la posibilidad de que los nombres hubieran sido elegidos al azar, sin hacer referencia a ninguna persona en particular. Después, el asesino, en su macabro juego, buscaría una víctima con el correspondiente nombre que se adecuara a sus oscuros deseos. Tal vez eligió a David Santos porque no le gustó como lo miraba o escogió a Andrés Blasco porque no le gustaba su cara. Que la primera y la segunda víctimas estuvieran relacionadas por medio de María había sido una nefasta coincidencia.

Marina temblaba al pensar que su compañero tuviera razón. Si estaba en lo cierto, no le encontrarían nunca, nadie podría averiguar qué maquinaba una mente que no seguía otras pautas más que sus propios impulsos. Los psiquiatras de la policía aseguraban que un asesino en serie como el que ellos perseguían siempre tenía un método y rara vez trabajaba en equipo. El problema era deducir las reglas que seguía una mente desequilibrada como la suya carente de un patrón fijo.

A partir del hallazgo de la lista, María Santos fue sometida a una férrea vigilancia. No sabían si ella era la María de la lista, pero sí lo era solo había dos posibilidades: o era una víctima más o era la asesina.

Seguían sin encontrarle sentido a la frase que Sofía Izquierdo había escrito en el anónimo que había enviado a Marina y que con sus últimos hálitos de vida había pronunciado antes de morir: «LEE MI PÁGINA». ¿Se refería a un reportaje suyo?, ¿a la lista que había ocultado en el frasco de gel?, ¿a una página de algún diario que aún no habían encontrado? ¿Qué había querido decir?

## 18. UN MAR DE DUDAS

Lo primero que hizo Marina al comenzar el mes de abril fue matricularse en una academia de informática. Quería ser ella misma quien inspeccionara los ordenadores que se encontraban a cada paso que daban. Además, la comisaría estaba empezando a ser dotada con las últimas innovaciones informáticas, aunque para ella tanto daban las primeras como las últimas. No entendía nada de ordenadores. Aprovechando que el comisario había dispuesto cursos de iniciación para los que no tenían ningún conocimiento, decidió que había llegado el momento de enfrentarse a «la maquina». Arturo la acompañaba en las clases, mientras que Carlos se inscribía en el nivel de perfeccionamiento.

Una semana más tarde, los análisis grafológicos realizados a la lista hallada en casa de Sofía Izquierdo confirmaron que había sido escrita por ella con un bolígrafo común de tinta azul. Pero mucho más interesante fue el estudio del papel en sí. Era una hoja del típico papel utilizado para impresión informática, hasta ahí todo normal. Lo peculiar del caso era que correspondía a una calidad y una marca que no se encontraba en las tiendas. Ese tipo de papel solo se suministraba a grandes compañías que realizaban mucho gasto. La firma que lo fabricaba era Print Paper, una importante empresa de capital extranjero que tenía una sucursal en el norte del país.

Los gerentes de la fábrica facilitaron a la policía una lista con los nombres de las compañías que compraban ese tipo de papel. En total eran cincuentas posibilidades a las que había que añadir el número de sucursales que cada una tenía en el país. Aun restringiendo la investigación a las cuatro ciudades

involucradas en los asesinatos (Basema, Taima, Olvido y Urice), era una tarea harto difícil.

Marina y sus compañeros no dejaron ningún cabo suelto en la búsqueda de conexiones, recurriendo incluso a la infancia de las víctimas. Anuarios de colegio, clases infantiles de actividades extraescolares y campamentos de verano fueron algunos de sus objetivos. Al final, inexorablemente, llegaban al mismo callejón sin salida. Lo único que empezaban a tener claro al término de cada infructuosa búsqueda, era que María Santos no era tan culpable como Marina había imaginado.

Sus cartas a Manuel Garcigrande solo revelaban inseguridad y frustración. Mostraban que María Santos era una mujer de fuertes pasiones, que no sabía lo que quería porque lo tenía todo. Reconociendo su obcecación, la detective Altamirano decidió entrevistarse con ella, lejos de la presión de una comisaría. No solo la motivaban sus buenas intenciones de disculparse, sino que para bien o para mal, María Santos era la única persona viva de la lista a la que conocía.

El comisario desaconsejó a Marina la entrevista. Si querían interrogar de nuevo a la viuda de David Santos, era mejor que lo hiciera Carlos o Arturo. La detective Altamirano no se dejó convencer. Ella había inculpado a María y, si había sido una equivocación, ella era la única responsable. De nada valieron las protestas de sus compañeros alegando que ellos también la habían creído culpable. Cuando Marina decidía una cosa, nadie podía disuadirla.

El abogado de María Santos se opuso a cualquier tipo de encuentro, policial o no, entre su cliente y la detective Altamirano. Ante la negativa, Marina tomó la determinación de ir al hospital donde trabajaba la doctora y enfrentarse cara a cara con ella.

María Santos estaba en su despacho, sentada enfrente de la mesa, terminando de escribir el historial de su último paciente. Al oír que la puerta se abría, levantó la vista pensando que se iba a encontrar con su enfermera. Su sorpresa fue grande cuando sus ojos se toparon con los de la mujer que más daño le

había causado en su vida.

—Creo que mi abogado dejó muy claro que no quería hablar con usted.

—Sí lo hizo, pero es necesario que conversemos.

—¿Necesario para quién? ¿Para usted?

—No solo para mí, también para usted, doctora.

—¿No le da miedo estar a solas con una asesina?

—No creo que usted sea ninguna asesina. Si estoy en lo cierto, será la próxima víctima.

Un cortante escalofrió como el filo de un cuchillo recorrió la espalda de la doctora Santos al oír lo que la detective Altamirano le había dicho. Ella había sido la primera en culparla de los asesinatos de su marido y de su amante. Desde entonces había dado igual lo que dijera. Nadie había escuchado sus protestas y sus gritos de inocencia. Sus amigos, su familia y sus pacientes le habían dado la espalda, rehuyéndola como quien huye de una casa de llamas. Mil veces había lamentado no haber destruido aquellas cartas que la habían inculpado. Sus injustificados arranques de cólera hacia un marido, cuyo único pecado había sido quererla sobre todas las cosas, y su despecho ante una amante que había osado abandonarla a ELLA habían sido sus propios verdugos. En realidad, no se sentía con fuerzas para acusar a Marina de su propia caída.

Esta era su última oportunidad. Si no conseguía convencer a María para que la escuchara, todo estaría perdido. No solo no lograrían encontrar al verdadero responsable de los asesinatos, sino que tampoco conseguiría acallar ese fuego interior que había empezado a sentir desde la muerte de Sofía Izquierdo. Dos veces se había negado a escuchar y a confiar en la mujer que tenía enfrente. Primero fue María Santos y después Sofía Izquierdo. Respecto a la segunda ya no podía hacer nada, pero en cuanto a la primera, todavía tenía tiempo para enmendar sus errores.



## 19. CARAACARA

—**S**iéntese —invitó María Santos indicando a Marina Altamirano la silla más próxima a la mesa.

—Ante todo quiero pedirle perdón —empezó a decir la detective mientras se sentaba—. Cometí un grave e irreparable error: no la escuche.

—Supongo que no pensara que con un «lo siento» puede borrar el tiempo que pasé en la cárcel.

—No, no puedo. Sin embargo, con su frialdad y con lo que decía en las cartas no ayudó mucho a que creyéramos lo contrario.

—En parte, y solo en parte, tiene razón en lo que dice, pero no es lógico acusar de asesinato a una persona por su carácter o por su forma de expresarse en unas cartas.

—Entonces creía que era culpable, y todo lo que encontrábamos confirmaba mi idea.

—Ahora cree que soy inocente, es más, dice que voy a ser la próxima víctima.

—Aunque no puedo afirmar que vaya a ser con exactitud la próxima, puedo asegurarle que está en su lista.

—En que se basa para decirlo. Si es en otra cabezonería suya, no me parece muy fiable.

—En un lugar que no puedo decirle, hemos encontrado esta lista de nombres —empezó a explicar Marina tendiéndole a la doctora una fotocopia de la lista hallada en el bote de gel—. Como ve, son doce nombres entre los que figuran

los de las personas asesinadas y el suyo propio. ¿Reconoce la lista?

—No, no significa nada para mí. ¿Cómo sabe que esta María soy yo?

—Esta lista estaba escondida en casa de una de las víctimas, por lo que suponemos que está relacionada con los asesinatos.

—No conozco a nadie que se llame Roberto y tampoco a ninguna Sofía.

—Ella fue la última víctima. Era periodista.

—Lo siento, no puedo ayudarla —dijo devolviéndole la hoja de papel.

—No piense en los nombres, piense en algún grupo del que forme o haya formado parte y que fueran doce miembros.

—He hecho muchos cursos en que éramos doce más o menos, pero ignoro...  
¡Oh! Tal vez...

—¿Qué ocurre? —preguntó Marina impaciente.

—Seguramente no esté relacionado. Antes de morir David y de ir a la cárcel —dijo la doctora remarcando las últimas palabras con especial énfasis—, mi marido y yo solíamos participar en un foro de Internet.

—¿Un foro?

—Sí, es un lugar de Internet, una página, donde se habla de diferentes temas. Hay varios y en el nuestro creo que éramos doce, pocos para lo que suele ser habitual, aunque es difícil saberlo, pocas veces participábamos todos. Casi siempre éramos cinco o seis.

—Interesante, la lista puede ser la relación de nombres de los miembros del foro. ¿Reconoce los nombres?

—Ya le he dicho que no. Para hablar utilizábamos seudónimos. Nunca nuestro nombre verdadero.

—¿Cuál era el suyo?

—En realidad no era un nombre, cada usábamos como *nick* el título de una película de misterio o de terror. A todos nos gustaba ese tipo de cine y ese fue el nexo.

—¿Cómo se formó el grupo? ¿De qué modo entraron en contacto?

—No lo sé. Un día navegando por la red encontramos un foro que nos llamó

la atención y nos pusimos a hablar con ellos. No sabíamos quiénes eran ni de donde eran. Incluso puede que fueran de otros países.

Marina respiró aliviada. Por primera vez en mucho tiempo tenían una buena pista con la que buscar al asesino. Sin embargo, necesitaban algún tipo de confirmación. La doctora y su marido eran dos de los miembros del foro. Ahora tenían que demostrar que las otras cuatro víctimas también pertenecían a él. Todas tenían ordenador en su casa e internet. ¿Formarían parte del foro?

—¿Podría conectarse ahora al foro?

—Sí, pero nosotros solíamos hablar de noche. Ahora no creo que haya nadie conectado.

La doctora Santos hizo lo que la detective Altamirano le pedía sin encontrar a nadie en el foro dispuesto a hablar, aunque pudo hallar un registro con los seudotítulos utilizados por los participantes. Mientras copiaba la nueva lista, el teléfono móvil de Marina emitió un sonoro pitido reclamando su atención. Era Carlos con una noticia que terminó con la euforia que la había embriagado hasta el momento. Había habido un nuevo asesinato.

## 20. UNA DE CAL Y OTRA DE ARENA

Cuando Arturo llegó al aeropuerto, Carlos y Marina ya lo aguardaban para contarle lo sucedido. La víctima era Marta Pérez, una joven enfermera que trabajaba en un centro de salud de Cartago, una bella ciudad en el suroeste del país. En esta ocasión, el arma había sido una jeringuilla con una dosis mortal de morfina. Rodeando el cuerpo, un siniestro círculo blanco hecho con tiza proclamaba en un silencioso grito quién era el asesino.

Si bien el nuevo asesinato confirmaba su teoría de que la lista de Sofía era la relación de los nombres de las víctimas y el asesino, también demostraba una vez más que el responsable de los macabros actos les llevaba ventaja. El «asesino de la tiza», como se le empezaba a conocer, era impredecible.

En el helicóptero que los trasladaba de Basema a Cartago, Marina narró a sus compañeros su entrevista con la doctora Santos. Tanto Carlos como Arturo mostraron su incredulidad al leer la nueva lista que Marina había obtenido. El seudotítulo de María Santos era *Entrevista con el vampiro* y el de su marido *Drácula*. El resto no era menos sorprendente:

*El cabo del miedo*

*Vértigo*

*Muerte en el Nilo*

*Seven*

*Con la muerte en los talones*

*La profecía*

*Asesinato en el Orient Express*

*Psicosis*  
*El silencio de los corderos*  
*Diez negritos*

Si estaba en lo cierto, era necesario identificar a las víctimas con los seudotítulos y averiguar cómo Sofía Izquierdo había descubierto los nombres reales de los participantes en el foro.

En el pequeño centro de salud de asistencia primaria había una gran agitación. Cuando el detective de homicidios de Cartago había descubierto la tiza, se lo había comunicado a su superior. Sabía que un cuantioso número de agentes estaba tras la pista del «asesino de la tiza», aquello sería un buen tanto para su expediente.

Con cautela, Marina, Carlos y Arturo realizaron una minuciosa búsqueda de indicios que les pudieran ayudar en su investigación. No tenían muchas esperanzas. En ninguno de los otros asesinatos habían encontrado nada que el asesino no quisiera que encontrarán. Salvo el polvo blanco, no había nada en el lugar del crimen que no estuviera allí con anterioridad.

Esta vez sabían que en el centro de salud no hallarían ninguna pista. Sus pesquisas tenían que centrarse en la casa de la víctima, en concreto en su ordenador personal. Dejando que el jefe del departamento de homicidios de Cartago se dedicara a interrogar a los compañeros de Marta Pérez, la detective Altamirano y sus colegas de Basema se encaminaron hacia el domicilio de la enfermera. Había vivido toda su vida con sus padres, los cuales no tuvieron ningún inconveniente en permitir que los detectives vieran la habitación de su añorada hija.

Como suponían, en la mesa de estudio de la fallecida había un ordenador dotado con todos los accesorios necesarios para hacer sentir orgullosa a su propietaria: impresora, scanner, internet.

Carlos se conectó a internet, y le pidió a Marina la dirección del foro. Marina no había tenido la precaución de preguntársela a la doctora Santos. Cuando Carlos se lo pidió, Marina en su inocencia les dio la dirección del

domicilio donde se hallaban. Muy enfadada, no entendía las risas y mofas de sus compañeros.

Con ahínco iniciaron un intenso registro de la habitación. En alguna parte Marta Pérez tenía que tener apuntada la dirección, su seudotítulo y tal vez los nombres de sus amigos del foro. No fue una búsqueda muy prolongada. En el primer cajón de la mesa encontraron una pequeña libreta con lo que querían saber y otras direcciones de Internet que debían de haber tenido un especial interés para la difunta.

Pudieron averiguar que su seudotítulo era *Muerte en el Nilo*, pero no tenía nada acerca de los otros. Carlos probó la dirección de la libreta sin obtener mejores resultados que Marina y la doctora Santos. Decidieron intentarlo después de cenar utilizando el seudotítulo de Marta Pérez. Era posible que, si se hacían pasar por ella, el asesino se traicionara a sí mismo. No obstante, iban a necesitar la ayuda de la doctora Santos. Ella era la única que les podía explicar el funcionamiento del foro y darles alguna indicación acerca del lenguaje y la forma de expresarse de la persona a la que iban a suplantar.

Faltaban tres horas para la hora de la cena y además necesitarían una hora para llegar a Basema en el helicóptero. El comisario de Cartago les brindó toda su ayuda, poniendo a su disposición a un informático que supiera desconectar el ordenador y sus accesorios sin estropearlos, a fin de trasladarlos a Basema. Allí les esperaba otro informático que conectaría de nuevo todo en la casa de la doctora Santos. No se debía descuidar ningún detalle. Ningún miembro del foro ni la propia compañía encargada de comunicar los terminales a Internet, debían saber que el ordenador había cambiado su IP.

De este modo, desde la casa de la doctora Santos podían intervenir en el foro haciéndose pasar por David Santos y Marta Pérez. La doctora no había comunicado a sus «tertulianos» la muerte de su marido y, por tanto, el único sorprendido por la reincorporación de *Drácula* sería el asesino o los asesinos. Para el resto, el largo tiempo de silencio se justificaría con un viaje

al extranjero.

La doctora permitió la intromisión en su casa sin ninguna objeción. Desde que la detective Altamirano le había mostrado la lista, no era solo el deseo de vengar la muerte de su marido y de su amante lo que le hacía anhelar que se descubriera al responsable, ahora era su propia curiosidad la que le impulsaba.

Divertida observó sin inmiscuirse el desfile de policías, informáticos, detectives y repartidores de comida rápida que entraban y salían de su casa. Hacía tiempo que no daba tema de conversación a sus vecinos, y aquello sería una buena historia de qué hablar. Sin disimulo veía figuras que se dibujaban detrás de cortinas entreabiertas y de las rendijas de persianas sin cerrar.

## 21. HABLAMOS

— **Y**a es hora, voy a intentar conectarme —anuncio María Santos.

Todos guardaron silencio, como si temieran que alguien al otro lado del ordenador pudiera oír su conversación. Carlos ocupaba una silla junto al informático, haciéndose pasar por Marta Pérez o, mejor dicho, por *Muerte en el Nilo*. Arturo estaba sentado al lado de la doctora dispuesto a interpretar su papel como *Drácula*.

**Entrevista con el vampiro:** Hola, ¿qué tal el día?

**Asesinato en el Orient Express:** ¡Eh! ¿Dónde has estado?

**Entrevista con el vampiro:** He estado recluida por el trabajo. ¿Qué tal por aquí?

**Asesinato en el Orient Express:** Aburrido. Hay poca gente con quien hablar. No sé dónde se ha ido todo el mundo.

**El cabo del miedo:** Hola. “E.V.” ¿Cómo está Drácula?

**Drácula:** Estoy aquí. He estado viajando por la selva amazónica y allí no hay mucho wifi. Os he extrañado mucho.

**Vértigo:** Dejaros de sentimentalismos. ¿Quién vio la película de anoche del canal 15?

**Entrevista con el vampiro:** Yo ya la había visto. No da mucho miedo. En la segunda escena ya sabes el final.

**Con la muerte en los talones:** E.V., eres demasiado inteligente. Drácula tu disculpa no vale, ¿en qué lugar del mundo no hay wifi?

**Diez negritos:** ¿Qué tal chicos? Hoy estáis muchos. Otras noches el foro



estaba muerto.

**Muerte en el Nilo:** Ni que lo digas.

**Vértigo:** A mí me gusto la película del canal 15, aunque había muchos muertos y demasiada sangre.

**Con la muerte en los talones:** ¡Corta el rollo Vértigo!

**Diez negritos:** Drácula hálbanos de tu viaje, ¿dónde has estado?

**Drácula:** Ese es un tema muy aburrido Diez negritos, fueron viajes de trabajo, no de placer.

**Muerte en el Nilo:** ¿Sabéis el chiste del profesor? Aquel que en lugar de tiza utilizaba mermelada para escribir en la pizarra.

**Entrevista con el vampiro:** ¿Por qué no utilizaba tiza?

**Drácula:** Se le habría terminado.

**Asesinato en el Orient Express:** ¿Qué bobadas estáis diciendo? Cambiemos de tema. ¿Quién va a ir al concierto del viernes?

Durante casi una hora el foro estuvo vibrando con opiniones y discusiones sobre música, cine y libros. Marina sentada detrás de sus compañeros, en una posición que le permitía leer las dos pantallas, fue tomando notas de lo que allí se decía. Como esperaban, de la lista de los doce seudotítulos, cuatro habían quedado mudos: *Seven*, *La Profecía*, *El silencio de los corderos* y *Psicosis*. Si sus deducciones eran correctas, bajo ellos debían haberse ocultado Manuel Garcigrande, Andrés Blasco, Pilar Gómez y Sofía Izquierdo. Conocían los dos que correspondían al matrimonio Santos y el de Marta Pérez, por tanto, los otros cinco eran los seudotítulos asociados a los cinco nombres que aún faltaban por identificar en la lista hallada en el bote de gel. Lo importante era averiguar quién era el responsable de los crímenes.

En la lista de nombres había dos mujeres y tres hombres sin rostro. Arturo y Marina opinaban que el asesino era un hombre, pero Carlos creía que las muertes manifestaban una astucia propia de una mujer. Había algo en lo que todos estaban de acuerdo: el culpable debía de ser una persona con una holgada posición económica. Los crímenes se habían cometido en diversas

ciudades y siempre en días laborables. Eso implicaba que, o bien el responsable tenía un trabajo que lo obligaba a viajar a menudo, o bien tenía el dinero necesario para poder vivir sin trabajar y hacer lo que quisiera cuando quisiese.

La hipótesis de un vendedor itinerante no convencía a Marina, en cada uno de los casos el asesino había demostrado que conocía el trabajo y las costumbres de sus víctimas. La detective Altamirano no creía posible que los dos o tres días que el supuesto vendedor pasaba en cada ciudad fueran suficientes para llegar a tal grado de conocimiento. Sin duda en el transcurso de las sesiones de charla en el foro, cada uno de los participantes había ido desvelando rasgos de su personalidad y detalles de su vida privada. La doctora Santos les confirmó la hipótesis, pero también les advirtió que en realidad ella no sabía nada de sus contertulios. Ni siquiera sabía que su amante, Manuel Garcigrande, era la persona que se escondía tras alguno de los seudotítulos que todavía no habían identificado. Esta última afirmación resultaba difícil de admitir por Arturo, quien no creía en las casualidades de la vida, y menos en las que concernían a un asesinato.

—Doctora —empezó a decir Marina—, ¿para usted quien es el responsable? Alguno de ellos habrá dicho alguna vez algo que le haya hecho sospechar.

—No, como ha podido ver el tono en el foro es bastante irónico. Ya que a todos nos gusta el ambiente tétrico y morboso de las películas de terror. Al hablar se utilizan frases que contienen términos de ese género.

—Ese sería el caso de «el foro parece muerto» —apuntó Carlos releendo las anotaciones de su compañera.

—Sí, ese sería un buen ejemplo.

—Explíqueme una cosa doctora —pidió Arturo—, usted nos dijo que encontró el foro navegando por internet una noche.

—Cierto.

—Pero para entrar ha tecleado su dirección y una clave distinta a la que encontramos en casa de Marta Pérez.

—Al principio podía participar quien quisiera en el foro pero, dado el tema, había demasiados bromistas que nos interrumpían para contar sus fantasías. Decidimos limitar su acceso, un grupo creamos un foro y una clave personalizada para cada uno de los doce.

—¿Entonces el foro estará hospedado en una web?

—Exacto.

—¿Y los dueños de esa web si tendrán la relación real de nombres?

—¡Eso es! ¿Cuál es el nombre de la web? —preguntó Carlos.

—Comunicaciones S.A.

—Muchas gracias, doctora. Creo que podemos irnos. Ya hemos averiguado todo lo que queríamos.

## 22. COMUNICACIONES S.A.

Esa noche la detective Altamirano fue incapaz de conciliar el sueño. ¿Sería posible que al día siguiente tuvieran en sus manos una lista que se correspondiera a la que tenía Sofía Izquierdo? Si por ella hubiera sido, esa misma noche hubieran ido a la sede de Comunicaciones S.A.; si hubiera hecho falta, habrían despertado a quien hubiera sido necesario. Carlos y Arturo impusieron su cordura obligándola a esperar a la mañana siguiente. De nada valieron sus argumentos de que un retraso podía causar una nueva muerte. «Mañana», fue la escueta respuesta de sus compañeros.

Marina puntual como siempre esperaba en la puerta de su casa a Arturo. Este llegó con diez minutos de retraso. El informático había tardado más de lo necesario en instalar el ordenador de Marta Pérez en su casa. El comisario había accedido a su petición considerando que así trabajarían más cómodos y evitarían que, con un rastreo, un hacker encontrara que el terminal estaba conectado a la policía. Recogieron a Carlos y encauzaron sus esperanzas hacia Comunicaciones S.A.

La sede de esta importante compañía estaba en las afueras de Basema. Las zonas ajardinadas y los aparcamientos se alternaban rodeando a un imponente edificio acristalado. Una amable señorita los llevó hasta el despacho del relaciones públicas.

Sí, comprendían que era importante para su investigación, pero no podía violar la intimidad de sus clientes. Sí, podían traer una orden de un juez, aunque la situación sería la misma. No, no quería que el nombre de la

compañía apareciera en los periódicos envuelto en la investigación de unos asesinatos. No, no quería que la empresa sufriera una auditoria. Pensándolo bien, siempre y cuando fueran discretos, no veía ningún problema en facilitarles lo que pedían.

Con indisimulada impaciencia corrieron, más que caminaron, hacia el coche. Al desplegar la hoja de papel, Marina no pudo evitar dejar escapar un poco profesional grito de alegría. Ante ellos tenían la lista con los nombres, apellidos, direcciones y teléfonos de los doce miembros del foro. Como habían supuesto, los nombres propios concordaban con los de la lista de Sofía. No tuvieron dificultades para identificar a las seis víctimas, los cinco restantes eran, junto con María Santos, sus sospechosos a la vez que las personas a las que debían proteger.

La lista original de doce nombres quedaba reducida a:

Marisa Rubio

Sandra Garrido

María Santos

Pedro Sanz

José Campos

Roberto Merino

Un análisis posterior revelaría que la hoja de papel obtenida en Comunicaciones S.A. escondía más información que la que parecía a simple vista. El tipo de papel era el mismo que el de la hoja de Sofía Izquierdo. Ambas páginas habían sido fabricadas por Print Paper. Fue fácil averiguar que Comunicaciones S.A. era un importante cliente de la papelera.

Esta providencial coincidencia los llevo a deducir que la difunta periodista había obtenido la lista en el mismo sitio. Ellos habían tenido problemas para conseguirla. Además, en la lista de Sofía solo aparecían los nombres propios; por tanto, era bastante probable que una fuente anónima o un conocido se la hubiera facilitado.

La detective Altamirano estaba convencida de que Sofía había acudido a ella

para entregarle la lista e incluso para desvelarle el nombre del asesino o asesina. Quién sabía hasta donde habría llegado con sus indagaciones. Nadie en Comunicaciones S.A. admitió reconocer a Sofía en la foto que les mostró Carlos. Nunca había estado en las instalaciones ni nadie la conocía de modo privado. Los detectives sabían que alguien mentía.

## 23. OCHO DE MAYO

*10:00*

José hizo rodar con dificultad su silla de ruedas hacia la puerta de entrada de su apartamento. El cansancio de las horas pasadas ante el ordenador había hecho mella en sus castigados brazos. Su piso era grande, con suficiente espacio para poder moverse con su silla entre los muebles con facilidad.

Desde que había tenido el accidente, se ganaba la vida pasando trabajos a ordenador y haciendo programas para pequeñas empresas. Si no se hubiera caído por aquella escalera el año anterior, ahora trabajaría en una importante firma informática. Ya era tarde para lamentarse. Lo principal en esos momentos era atender al cliente que esperaba tras la puerta.

—Buenos días. Llega pronto.

—Sí, ha ocurrido algo que me ha obligado a adelantar mis planes.

—Pase, lo llevare hasta el ordenador y acordaremos como quiera que escriba su trabajo.

—¡Um! La pantalla es más grande que lo habitual.

—Facilita mi tarea cuando llevo muchas horas escribiendo.

—Se adecua a la perfección a mis propósitos.

—¿Cómo? No le comprendo.

—Se lo explicare, mi querido amigo.

*12:00*

La escena del crimen estaba acordonada con las tiras de plástico blancas y azules de la policía. Los curiosos se agolpaban en el pasillo, aunque algunos más tímidos preferían ocultarse tras las mirillas de las puertas. La detective Altamirano llegaba en esos instantes junto con Carlos y con Arturo. Les habían comunicado la noticia en la comisaría. Un policía se había desplazado hasta la vivienda de José Campos a fin de alertarlo sobre los asesinatos. Cuando había llegado, ya era tarde.

«El asesino de la tiza» se había adelantado, dejando su tarjeta de visita en forma de un montón blanco al lado de la rueda derecha de la silla en que José había hallado la muerte. Esta vez el criminal había realizado su canallesco acto incrustando la cabeza de su víctima en la pantalla del ordenador.

El comisario dio orden de que una pareja de policías acudiera a casa de cada una de las personas de la lista que aún quedaban con vida. Además, tenían instrucciones de conseguir el seudónimo de cada una para poder identificarlas en el foro en posteriores conversaciones.

Pero sin duda el más sorprendido con la nueva víctima había sido Arturo. Conocía a José Campos del centro de rehabilitación a donde acudía su hija. Ambos estaban confinados en una silla de ruedas; sin embargo, Isabel se dejaba llevar por el abatimiento mientras que José volaba con su imaginación más allá de sus limitaciones.

Precisamente José, con su ilusión y sus ganas de vivir, había ayudado más a Isabel que los psicólogos a los que habían acudido. José no perdía la esperanza e iba día tras día, semana tras semana, al centro de rehabilitación. No permitía que su familia le ayudara y, gracias a su habilidad con los ordenadores, se había logrado independizar.

—No puedo decírselo a mi hija. Esto la va a deprimir aún más.

—No lo hagas —le dijo Marina poniéndole una mano en el hombro—. Encontramos al culpable.

—¿Cuándo será eso? ¿Cuándo solo quede un nombre en la lista?



17:00

—¿Qué has averiguado? —preguntó Marina.

—Marisa Rubio es una abogada, Sandra Garrido es una trabajadora social que desempeña su labor con minusválidos, María Santos ya la conoces, Pedro Sanz es un informático y Roberto Merino un profesor de física —explicó Carlos.

—De todos ellos, los que pueden tener acceso a tiza blanca son Sandra Garrido y Roberto Merino.

—No creo que sea tan fácil. Se pueden adquirir paquetes de barras de tizas en cualquier papelería, gran almacén o tienda de manualidades. Además, en muchos lugares de trabajo hay pequeñas pizarras que se utilizan para apuntar recados, como herramientas de trabajo o para exponer ideas.

—Eso es cierto. Aquí, en la comisaría hay varias.

—¿Qué me dices de los seudotítulos?

—Esta es la lista:

Marisa Rubio —> El cabo del miedo

Sandra Garrido —> Vértigo

(María Santos —> Entrevista con el Vampiro)

Pedro Sanz —> Con la muerte en los talones

Roberto Merino —> Diez negritos

—Entonces José Campos era *Asesinato en el Orient Express*.

—Si María Santos es inocente, uno de los cuatro es el asesino.

20:00

Para Marina estaba siendo un día muy largo. Quería llegar a casa, darse una buena ducha caliente, cenar algo y estar a las diez en casa de María Santos. Carlos iría a casa de Arturo e, intercomunicados con teléfonos móviles,

tratarían de establecer contacto con el foro.

A las cuatro personas sospechosas solo se les había dicho que un amigo suyo había sufrido un accidente que parecía un asesinato. No se les había hablado de los otros crímenes para así poder continuar con la farsa y sustituir a los difuntos en el foro.

Tampoco se les dijo el seudotítulo del amigo fallecido. De este modo, Marina haría las veces de David (Drácula), Carlos sería José (Asesinato en el Orient Express) y Arturo sería Marta (Muerte en el Nilo).

Se había intentado averiguar dónde estaba cada sospechoso en cada uno de los días en que se habían cometido los siete asesinatos. Todos decían que estaban en sus domicilios habituales o trabajando. En apariencia las coartadas eran consistentes y resultaban creíbles aunque, a decir verdad, ninguno podía justificar su inocencia en la totalidad de las siete ocasiones.

Marisa Rubio era de Damasco, Sandra Garrido de Calas, Pedro Sanz trabajaba en Lucero y Roberto Merino de Kanda. Todas esas ciudades que distaban más de trescientos kilómetros de Basema. Desde luego, no se podía considerar la hipótesis de que el asesino hubiera viajado desde su ciudad a Basema, hubiera asesinado a José Campos y después hubiera regresado a su lugar de trabajo sin que su ausencia se notara.

Marisa Rubio había pasado el día en el bufete de abogados en que trabajaba. Todos allí la habían visto y aseguraban que no había salido del despacho. Es más, había comido con sus compañeros en una cafetería cercana. Si se hubiera marchado, alguien se habría percatado de su ausencia.

Sandra Garrido trabajaba para una asociación de minusválidos. Estos y sus familias daban fe de que ella había permanecido en el centro todo el día, comiendo con los enfermos a su cargo.

Pedro Sanz estaba empleado en una empresa como programador informático. Trabajaba en su casa. Todo el día había estado en contacto con sus jefes por medio de una línea telefónica común. Nada de teléfonos móviles. Para ir a Basema desde Lucero necesitaba al menos cinco horas, considerando que

además tenía que haber asesinado a José Campos y después haber regresado a su ciudad, su inocencia parecía evidente.

Roberto Merino era un profesor de física en un pequeño colegio privado de Kanda. Ese día había asistido a sus clases con normalidad y no resultaba posible que hubiera ido a Basema para cometer el asesinato.

María Santos vivía en Basema. Para ella hubiera sido fácil ausentarse del hospital e ir a casa de José Campos, aunque para ello tendría que haber contratado a una doble que la sustituyera y atendiera durante toda la mañana a sus numerosos pacientes.

Entre los detectives empezaba a germinar una nueva idea. Tal vez ninguno de ellos fuera el asesino. Quizás todos ellos fueran las víctimas y el verdugo era alguien ajeno al foro. Acaso alguien que quiso unirse a su grupo y le fue denegado el acceso.

Otra posibilidad era que alguno de los cinco sospechosos hubiera pagado a alguien para cometer los asesinatos. Arturo no creía que esto fuera posible. Todo indicaba que el asesino disfrutaba matando y planeando los crímenes. Era difícil pensar en que hubiera cedido «el placer» a un esbirro.

22:00

**Asesinato en el Orient Express:** ¿Amigos, dónde estáis?

**Vértigo:** ¡Estás bien! La policía ha venido a casa y me ha dicho que han matado a un miembro del foro. ¿Sabes quién puede ser?

**Asesinato en el Orient Express:** No sé nada. La policía ha estado en mi casa.

**El cabo del miedo:** Chicos, estoy asustada, tal vez haya sido Seven o La profecía. Hace tiempo que no sabemos nada de ellos.

**Entrevista con el vampiro:** El silencio de los corderos hace días que no habla con nosotros.

**Diez negritos:** Meses diría yo. Tampoco lo ha hecho Psicosis.

**Drácula:** Uno de ellos debe ser «el amigo» al que han asesinado.

**Con la muerte en los talones:** En realidad ninguno de nosotros nos conocemos, ni conocemos a esos cuatro. Tal vez los cuatro estén muertos.

**Muerte en el Nilo:** No creo, la policía nos lo hubiera dicho.

**Drácula:** Ya conoces a la policía. Ocultan pruebas y hacen todo lo que crean conveniente para proseguir con su investigación.

**Diez negritos:** ¿Y si uno de nosotros fuera de la policía y estuviera haciéndose pasar por el amigo muerto?

**Asesinato en el Orient Express:** No me hagas reír. Tienes tanta imaginación como Agatha Christie.

**Vértigo:** Dejaros de bromas. Lo cierto es que de cuatro de nosotros no hemos sabido nada en mucho tiempo y uno de ellos al menos esta muerto.

**El cabo del miedo:** Tal vez la policía solo ha podido relacionar a uno con el foro, y los otros tres también están muertos.

**Drácula:** Creo que deberíamos quedar en un lugar público y conocernos. Así sabríamos cuantos están muertos en realidad y quienes somos los que estamos vivos.

— ¿Qué haces Marina? Nos descubrirán si nos ven —preguntó Carlos asustado por la idea de la detective Altamirano.

—No se conocen entre ellos —explicó Marina—, podemos suplantarlos en persona igual que lo estamos haciendo ahora.

—Pero...

—Carlos, la idea de Marina es buena. Vamos a apoyarla —intervino Arturo.

**Muerte en el Nilo:** El problema es que cada uno vivimos en una ciudad diferente. Incluso alguno de nosotros puede que viva en otro país.

**Diez negritos:** No digáis donde vivís. Lo mejor es que quedemos un fin de semana en la capital, en Basema.

**El cabo del miedo:** Podemos encontrarnos en el Café Sol de Basema. Es muy conocido. Nadie debe revelar ni su nombre ni su ciudad. Nos identificaremos por los títulos, como hasta ahora.

**Con la muerte en los talones:** ¿Qué os parece el domingo por la mañana a las once? Si alguien vive lejos de Basema, tendrá tiempo para llegar.

**Vértigo:** De acuerdo.

Uno a uno fueron despidiéndose. Para el domingo solo faltaban cuatro días.

## 24. JUEVES

La detective Altamirano aguardaba a que llegara el momento de la cita repasando la transcripción de la última conversación del foro. Ella sospechaba de Roberto Merino (Diez negritos). Él había sido el primero en pensar que un policía estaba infiltrado en el foro y en la anterior conversación había dicho que «la red parecía muerta». Marina no creía que se estuviera expresando con un término de película de terror, sino que lo había dicho con ironía porque sabía la verdad.

Arturo, en tanto, tenía en el punto de mira a Sandra Garrido (Vértigo). No le gustaba el interés que había demostrado por desviar la conversación hacia trivialidades durante el primer encuentro en el foro. Cuando alguien había mencionado o había preguntado por los ausentes, ella había empezado a hablar de aquella estúpida película del canal 15. Estaba deseando que llegara el domingo para tenerla frente a frente.

Carlos por su parte ni estaba de acuerdo con Arturo ni lo estaba con Marina. Estaba convencido de que la detective Altamirano había acertado en su primera hipótesis al considerar a María Santos culpable. Para él resultaba evidente. Las dos primeras víctimas habían sido su marido y su amante; por otra parte, cuatro de los siete asesinatos habían tenido lugar en Basema. Para los otros tres podía haberse valido de un cómplice: el supuesto segundo amante que ya había considerado con anterioridad.

Cada uno trabajaba por su cuenta intentando elaborar el perfil de cada uno de sus sospechosos. El comisario los dejaba seguir combinando las tres

investigaciones, mientras trataba de apaciguar los gritos de protesta y las peticiones de venganza que llegaban a su mesa. El alcalde lo presionaba. Basema siempre había sido una ciudad muy segura y en poco tiempo habían sufrido cuatro violentos crímenes que continuaban sin resolver. El gobernador amenazaba con quitarle del caso y poner en su lugar a «alguien» más competente.

Entre la correspondencia que esa mañana del jueves llegó al despacho de Marina, se encontraba una carta que llamó al instante su atención. Sin abrirla, reconoció el papel, era del mismo tipo que el de la lista de Sofía y del que utilizaban en Comunicaciones S.A.

Al rasgar el sobre encontró una pequeña nota manuscrita firmada por «un amigo de Sofía», que reclamaba su presencia a las cinco, en el mismo almacén donde habían asesinado a la joven periodista. No le dijo nada a sus compañeros. Si lo hacía sabía que sería como la otra vez, la llenarían de cables y grabadoras, y no la dejarían ir sola a la cita.

Argumentando que necesitaba dar un paseo, salió de la comisaría sin despertar sospechas. Al doblar la esquina cogió un taxi que la llevó, en apenas quince minutos, hasta el almacén. Aunque sabía que estaba siendo demasiado confiada, no era tonta. Lo primero que hizo al atravesar el umbral de la puerta de madera que llevaba al patio fue desenfundar su arma.

Oculto tras unas cajas, halló a un chiquillo de dieciocho años que, al verla apuntarlo con el arma, levanto los brazos en señal de indefensión.

—Tranquilo, no te asustes —le dijo Marina guardando su arma—. ¿Quién eres tú?

—Yo le envié la nota. Me llamo Javier Cifuentes y trabajo en prácticas en Comunicaciones S.A.

—¿De dónde conocías a Sofía Izquierdo?

—Vivíamos en el mismo bloque de apartamentos. Yo comparto mi piso con otros tres estudiantes y todos conocíamos a Sofía.

—¿Así que tú le diste la lista?

—Sí. Ella me pidió ayuda para un reportaje que estaba haciendo sobre los foros en Internet. No me dijo nada de los asesinatos.

—¿Cómo la conseguiste? Creía que el acceso estaba restringido.

—En principio sí, pero desde mi terminal y sabiendo lo que haces, puedes entrar en todos los archivos de Comunicaciones S.A.

—Solo le diste los nombres propios. ¿Y los otros datos?

—No podía ayudarla más. Incluso ahora, si descubren que le di esa lista, me echaran del trabajo y me meteré en un buen lío. ¿No se lo dirá a nadie verdad?

—No te preocupes —le aseguró Marina pensativa—. Entonces, por lo que dices, cualquier persona que sepa informática puede, desde cualquier terminal del edificio de Comunicaciones S.A., averiguar los nombres de las personas que toman parte del foro.

—No solo eso, si sabe bastante pudo hacerlo desde su casa vía Internet. Necesitaría entrar en la red de la empresa, pero no es difícil, con un poco de paciencia puede lograrse.

—Gracias, Javier, me has ayudado mucho. Toma mi tarjeta, si averiguas quien más conoce los nombres de los miembros del foro o si tienes algún problema, llámame.

Cogiendo al vuelo la tarjeta, Javier Cifuentes se fue del almacén dejando a Marina Altamirano meditando sobre lo que le había dicho. Ahora sabía cómo había obtenido Sofía su lista, y sabía cómo había podido obtenerla «El asesino de la tiza».

La realidad era que cualquiera de los cinco sospechosos, incluido Roberto Merino, podía haberla conseguido desde su casa con su ordenador. Sin embargo, no había que olvidarse de que la hazaña habría requerido un gran conocimiento informático que, a excepción de Pedro Sanz, ninguno de ellos poseía. En caso de que él fuera el responsable habría que demostrar que se había ausentado de su domicilio para ir hasta Basema con el propósito de asesinar a José Campos, y eso era imposible a tenor de lo declarado por sus jefes.



Tendría que esperar al domingo, y en el transcurso de la conversación intentar averiguar la personalidad y las intenciones de cada uno de ellos.

Solo quedaban dos días.

## 25. DOMINGO

Con la luz del día nació una nueva esperanza en el corazón de Carlos, de Marina y de Arturo, tal vez al ponerse el sol habrían terminado sus pesadillas. Mientras acababan de vestirse, con la ayuda del agente que los había auxiliado a la hora de camuflar entre sus ropas el equipo de escucha, repasaban el plan una y otra vez.

Cada detective suplantaría a la misma persona que ya había fingido ser ante el ordenador. Tratarían de averiguar los conocimientos de informática que tenía cada sospechoso, a la vez que investigarían su vinculación con las otras personas del foro. Cabía la posibilidad de que al igual que *Entrevista con el vampiro* y *Drácula* habían estado casados, algunos fueran pareja o simplemente amigos.

El Café Sol era un bonito lugar de reunión en el centro de Basema. Su mobiliario evocaba al siglo XVIII y resultaba muy agradable para los ocasionales visitantes. Por encargo de la detective Altamirano, se había habilitado una espaciosa mesa de una discreta esquina del local.

Al tiempo que el sol se filtraba con timidez por la puerta del café, Marisa Rubio entraba en él, buscando con la mirada a sus amigos. Carlos y Marina sentados en una mesa, sin ninguna otra compañía, se pusieron de pie como impulsados por un resorte. Con los informes que les había facilitado desde las comisarías de Damasco, Calas, Lucero y Kanda, habían recibido unas fotos que les permitían reconocer a los sospechosos, evitando así que alguno decidiera marcharse antes de acercarse a la mesa.

—¿Sois del foro?

—Sí. Somos *Asesinato en el Orient Express* y *Drácula* —explicó Marina señalando a su compañero y a sí misma.

—Yo soy *El cabo del miedo*. Me siento estúpida hablando en persona con los seudotítulos. ¿Por qué no decimos nuestros nombres?

—Esto será mejor decidirlo cuando estemos todos. Ahí llega alguien más.

María Santos seguida por Pedro Sanz entraba en esos momentos en el Café Sol. No habían concluido las presentaciones aún, cuando Arturo llegó junto con Sandra Garrido y Roberto Merino. Todos habían sido puntuales en extremo. Una vez que se acomodaron en torno a humeantes tazas de café caliente, decidieron por mayoría, solo Roberto Merino (Diez Negritos) se opuso, utilizar su nombre.

Para Carlos no era ningún problema, él suplantaba a José Campos, pero Marina y Arturo ocupaban el lugar de personas del sexo contrario. Con una mirada significativa Marina le dijo a Arturo que le siguiera el juego. Ella se presentó como Marta y Arturo como David, pero manteniendo los seudotítulos que habían utilizado hasta entonces.

Como habían planeado en la comisaría, los detectives junto con María se sentaron alternando su sitio con los otros sospechosos a fin de poder interceptar cualquier posible cruce de miradas. A Carlos no le había gustado nada esta decisión puesto que implicaba considerar a María Santos libre de toda culpa y para él, pese a lo que Marina y Arturo aseguraban, ella seguía siendo la responsable de los siete asesinatos.

Aunque estaban bastante nerviosos y algo incómodos al encontrarse frente a frente, se alegraban de conocerse. Pese a sus sospechas, los detectives fueron incapaces de detectar algún tipo de relación entre los miembros del foro. O eran muy buenos actores o en realidad aquel era su primer encuentro.

Pronto la conversación se fue volviendo más triste al recordar al amigo fallecido. Marina en su papel de Marta les confirmó que sabía «de muy buena fuente» que el difunto era un hombre, pero desconocía su nombre. Todos

lamentaban su muerte.

—Es horrible —dijo Marisa—. Me da miedo pensar que les puede haber pasado a los otros cuatro.

—Si estuvieran muertos, la policía nos lo hubiera dicho —afirmó Roberto.

—No deberías preocuparos —alegó María—. Seguramente se han cansado de nosotros y están en sus casas tranquilos.

—Es estupendo que por fin nos hayamos reunido —comentó Marta (Marina) —. Siempre me había preguntado cómo seríais y aquí estáis.

—Desde luego es sorprendente. Parecemos un grupo de amigos que se conocen desde hace tiempo —continuó Pedro.

—En cierto modo así es —replicó José (Carlos)—, al fin y al cabo, hemos estado hablando en el foro durante meses.

—Suponiendo que seamos quienes decimos ser —interrumpió Roberto.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Sandra.

—Ninguno tenemos un carné donde este escrito nuestro seudotítulo junto con nuestro nombre y una foto. No sabemos si alguno de los aquí presentes es un farsante que está suplantando a otra persona.

—¡No he venido aquí para que me insulten! —exclamó David (Arturo) fingiendo un enfado que estaba muy lejos de sentir mientras se incorporaba haciendo ademán de marcharse.

—No te vayas —le dijo Sandra tomándole del brazo—. Roberto, discúlpate, nadie aquí comparte tu opinión.

Durante cinco minutos de confusión se intercambiaron palmadas en la espalda y apretones de manos. Marina sentía mariposas en el estómago. ¿Qué estaban haciendo? Se estaban burlando de las personas a las que debían proteger. ¿Y si Carlos tenía razón? María Santos se estaría riendo de ellos y los estaría utilizando como el director de una obra de a sus actores.

Con los ánimos más calmados, cambiaron de asunto y empezaron a hablar de cine, su tema favorito. No había que olvidar que ese había sido el motivo por el cual se había formado el foro. A Carlos nunca le había gustado ir al cine y

tampoco veía mucha televisión en su casa, aparte de los dibujos animados que su hija devoraba a todas horas. Debido a ello, en tanto Marina asistía a clases aceleradas de informática, él alquilaba películas de misterio y de terror, y leía revistas de las que hasta entonces desconocía su existencia. En las últimas semanas había recibido un curso intensivo de cultura cinematográfica de la mano de Marina.

Arturo se encontraba en una posición intermedia. Aunque no tenía conocimientos iniciales de informática, poseía una gran intuición que lo ayudaba a asimilar sin problemas lo que le enseñaban, avanzando de nivel ante la atónita mirada de Marina que se quedaba rezagada. En lo referente al cine, tenía un gran dominio del género en lo tocante a las películas antiguas. Para el cine más actual, su hija era su guía. Isabel pasaba la mayor parte de su tiempo postrada en la cama y se entretenía viendo la televisión y las películas que Marina alquilaba para ella.

Entonces ocurrió. Nadie supo cómo fue. María Santos comenzó a ponerse pálida y, cerrando los ojos, se desplomó en la silla donde estaba sentada. Marina se abalanzó sobre ella intentando reanimarla, mientras tanto Arturo pidió por su intercomunicador una ambulancia y Carlos ordenó el cierre del Café Sol. Nadie podía entrar ni salir. Cuando la ambulancia llegó, María había dejado de existir.

Marisa y Sandra sollozaban en un rincón. Roberto contemplaba la escena sin comprender lo que había pasado. Pedro continuaba en su silla observando como los enfermeros se llevaban el cuerpo sin vida de la doctora.

—Tendrán que acompañarnos a la comisaría —dijo Marina compungida—. Es necesario que les tomemos declaración y los forenses deben de empezar a trabajar aquí.

—Después de todo, tenía razón. ¿Verdad? —preguntó Roberto.

—Vámonos, allí se lo explicaremos —respondió Arturo ayudando a incorporarse a Sandra y a Marisa.

En el momento en que había ocurrido la tragedia, en el local había una

pareja desayunando y tres hombres solos apurando sus tazas de café, además del grupo del foro. Los primeros fueron llevados a diferentes dependencias que los tertulianos de internet. Arturo se encargaría de interrogarlos. Si bien no creían que tuvieran relación alguna con algún miembro del grupo, no querían dejar ningún cabo suelto.

Carlos y Marina fueron entrevistando uno a uno a los cuatro sospechosos. El detective había recibido una fuerte impresión. Ahora comprendía los sentimientos de la detective Altamirano tras la muerte de Sofía Izquierdo ante sus ojos. Ira, impotencia y rabia cruzaban por su mente. Una de aquellas cuatro personas, en apariencia inocentes e inofensivas, había asesinado a otras ocho personas y seguía manteniéndose fría e inmutable.

Era posible que alguno de los otros ocupantes del Café Sol fuera el responsable o el cómplice del asesinato. Arturo tendría que averiguarlo. De lo que no había duda era que se había cometido un nuevo asesinato. El director del laboratorio forense les confirmó que la doctora María Santos había sido asesinada con una fuerte dosis de arsénico en el café. Paradójicamente, el criminal una vez más demostraba saber lo que hacía. El arsénico aun siendo muy venenoso, se usaba en proporciones adecuadas en aplicaciones médicas. Siempre encontraba la manera de que sus víctimas hallaran la muerte por medio de alguna «herramienta» de su trabajo.

## 26. ¿QUIÉN ES QUIÉN?

Arturo comprobó que los tres hombres que habían ido a tomar café al local eran clientes habituales que aprovechaban la compra del periódico dominical para hacer una visita a su cafetería favorita. Por otra parte, la pareja estaba allí por casualidad, eran del sur del país y viajaban hacia el norte. Habían decidido pasar el día en Basema y conocer la capital. Sus billetes de tren corroboraban sus afirmaciones.

Marina se entrevistó con Marisa primero. Le fue difícil conseguir vencer la inicial suspicacia de la sospechosa, al fin y al cabo, los detectives los habían engañado y, a excepción del verdadero culpable, su reticencia a confiar en ellos y su resentimiento estaba justificado.

Tanto Marisa como Sandra afirmaban que desconocían los asesinatos hasta que la detective Altamirano les había hablado de ellos. Sí, había leído algo en los periódicos, pero ninguna había pensado que estuvieran relacionados con el foro.

—Aquello era un juego —se lamentaba Sandra llorosa—. Acababa de llegar a Calas para trabajar en un centro de minusválidos. Me sentía sola y en internet encontré un lugar para hablar y hacer amigos.

—¿Y no le extraño que algunos de sus amigos dejaran de hablar?

—Nunca estábamos todos. Yo misma dejé de comunicarme durante tres meses, hice un curso y estaba demasiado ocupada para conectarme a la red.

Marina abandonó la habitación donde había estado interrogando a Sandra para hablar con sus compañeros. No le había dicho nada diferente a lo que

Marisa le había contado momentos antes. Ella había comenzado a navegar por la red en su despacho, se había dejado atrapar por el inmenso caudal de información y había decidido conectarse a internet en su propio domicilio. Después de un día entero en el despacho, estaba cansada, no tenía ganas de arreglarse y salir a la calle. Era mucho más cómodo y más fácil sentarse ante el ordenador y entrar en el foro.

Carlos tampoco había avanzado mucho en sus pesquisas. Todos decían lo mismo, el cansancio, la soledad, la apatía los habían llevado al foro. Al entrevistar a Pedro Sanz, no pudo apartar de su mente la idea de que estaba ante un experto en informática; no obstante, había quedado claro que él no había podido matar a José Campos. Aunque era el único miembro del foro que era capaz de averiguar por medio de la red, los nombres y los datos de sus compañeros, su inocencia parecía evidente a juzgar por las palabras de su jefe.

Por último, Carlos interrogó a Roberto Merino, el cual tenía en contra los restos de tiza que siempre habían hallado en los lugares de los asesinatos. Incluso en el Café Sol encontraron una muestra de dicha sustancia en el asiento de la víctima. Al principio no lo habían detectado porque estaba debajo del cadáver pero, al retirarlo, había aparecido triunfante sobre la tapicería de la silla. Sin duda «el asesino de la tiza» había aprovechado los instantes de confusión que siguieron al falso enfado de Arturo, para depositar la tiza en el asiento y echar el arsénico en el café de la doctora Santos.

A pesar de sus sospechas, Carlos no podía detener a Roberto Merino por ser un profesor que utilizaba tiza en sus clases. Después de todo, él mismo le había hecho ver a Marina lo ridículo de la idea. En ese momento, una pizarra era un objeto corriente en muchos lugares de trabajo.

Sin ninguna otra excusa para retenerlos, el comisario ordenó que los cuatro miembros del foro y las cinco personas del café fueran puestas en libertad. A partir de ahora los movimientos de los cuatro sospechosos serían vigilados sin que ellos lo supieran. El asesino se estaba volviendo cada vez más audaz y el



comisario temía que ante un cerco policial visible, acelerara de manera nefasta sus macabros planes.

El comisario y sus detectives sentían que el tiempo se les escapaba de las manos. Se llevaba con él nuevas víctimas y cualquier posibilidad de atrapar al criminal.

## 27. INA, INA

Aunque con retraso creían que todavía llegarían a la cena. Esa noche Marina había accedido a la petición de Carlos para hacer de niñera de su sobrina favorita, ya que el matrimonio se iba a reunir con los antiguos compañeros del colegio de la mujer de Carlos.

Al día siguiente se cumplía una semana del asesinato de la doctora Santos. Esta vez no había podido ocultarse la noticia a la prensa en el anonimato de unas siglas. María Santos había tenido durante toda su carrera un gran prestigio dentro del campo de la medicina general. Ni los asesinatos de su marido y de su amante, ni su estancia en la cárcel habían conseguido detenerla en su avance. Sus colegas le habían augurado un brillante futuro.

La prensa, ávida de carnaza, había encontrado un filón de oro con el que llenar páginas y páginas. Un asesino en serie siempre era una gran noticia. Si además una de sus víctimas era una persona de renombre, las ventas estaban aseguradas.

Desde aquel nefasto domingo, Marina, Carlos y Arturo no podían dar un paso sin encontrarse a un periodista o a un fotógrafo detrás de ellos. Todos los días se publicaban reportajes, sacados de no se sabía dónde que entorpecían la labor policial. Los psicólogos apuntaban que «el asesino de la tiza» estaría disfrutando en su casa con tanta expectación. Aquello no hacía más que halagar su malsano ego.

El comisario, cansado de tantas llamadas de personajillos que se creían importantes instándole a atrapar al asesino, había puesto a todos sus policías

disponibles a trabajar en el caso. La detective Altamirano junto con Carlos y Arturo llevaban la investigación; el resto se dedicaba a interrogar una y otra vez a testigos que no habían visto nada.

Por todo ello, aquel sábado Carlos prefirió que fuera Marina y no una canguro adolescente quien cuidara a su pequeña Ana. Después de unos cuantos juegos y una buena cena, la niña estaría lo suficientemente cansada como para dejar que su tía viera la televisión o leyera un poco.

Lo que Marina tenía en mente era navegar por internet. Carlos tenía su ordenador conectado al wifi y, después de tantos problemas con el foro, quería averiguar por si misma que era lo que la gente encontraba tan subyugante en conectarse a ella.

—Ina, Ina. ¿Jugamos?

—Ina, Ina. ¿Me lees un cuento?

—Ina, Ina. Quiero agua.

Eran las doce de la noche. La pequeña Ana debería de llevar dormida casi dos horas, pero eso era en teoría. Esa noche había decidió que quería juerga, y al grito de guerra de «Ina, Ina» martirizaba a Marina con crueldad infantil. Su tía desesperada pensó que lo mejor sería seguir el dicho aquel de: «Si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él».

Con la niña sentada en sus rodillas, se dispuso a conectarse a internet. Suponía que Ana se aburriría y terminaría por dormirse. Carlos le había dejado anotadas las instrucciones que debía teclear y con voz seguro afirmó:

—Con lo que has aprendido en la academia, navegar por internet es cosa de niños. Conéctate al servidor del foro y listo.

Marina optó por permanecer callada, haciendo esfuerzos por no preguntar que era aquello de «servidores». No quería demostrar su manifiesta ignorancia en público más allá de lo necesario. Al lado del ordenador había divisado una completa colección de manuales de informática y entre ellos había uno que, con enormes letras, anunciaba *Internet para principiantes*. Aquel sería su fiel aliado en la ardua tarea que se le avecinaba.

Después de diez minutos abriendo y cerrando iconos en busca del navegador, consiguió conectarse. Ahora venía el problema. Con una expresión que debía ser muy clara para él que había escrito el libro, el manual le indicaba que debía «seleccionar el servidor donde se alojaba el foro». Desesperada, Marina pulsó con su ratón en todos los cuadros y palabras que la pantalla le mostraba, sin lograr encontrar el menos rastro de los estos.

Mientras su sobrina contemplaba divertida la escena, al final entre risas comentó:

—No es así, mi mamá lo hace mejor. Papá no, él es muy malo, no sabe.

—¿Y cómo lo hace tu mamá, cariño? —preguntó Marina esperanzada.

—Ella escribe cosas ahí —respondió la pequeña señalando un recuadro blanco tinteante.

Sin estar convencida del todo, Marina escribió: «Comunicaciones S.A.». Al instante en su pantalla apareció el logotipo de la empresa y una especie de índice. Señalando aquí y allá descubrió todos los productos y posibilidades de comunicación que la empresa suministraba.

Después encontró la página de *Primera Plana* y se informó de todas las noticias que contendría el periódico en la edición del día siguiente. Para entonces, Ana se había quedado dormida. La llevó con cuidado a su cama y regreso junto al ordenador. Le estaba cogiendo el gusto y se sentía capaz de las mayores hazañas.

Ahora quería utilizar un vulgar procesador de textos para curiosear en los archivos de los *pendrives* hallados en casa de Sofía Izquierdo. Sabía que los expertos informáticos ya los habían estudiado sin encontrar nada interesante; sin embargo, puesto que ya tenía algún conocimiento de informática (o al menos eso pensaba), quería echarles un vistazo. En una esquina encontró la palabra que buscaba: «salir». A partir de ahí conocía el camino.

En los dos primeros *pen* no encontró nada. Solo había archivos con viejos reportajes y alguna carta personal sin transcendencia. En el tercer *pendrive*

había un pequeño informe sobre una conocida compañía que estaba próxima a quebrar. Aburrída, salió del procesador de texto y jugueteo un poco con el sistema operativo, cotilleando los programas que tenía Carlos en el disco duro de su ordenador. Sin prestar atención a lo que hacía, escribió la orden de chequear el *pen* de Sofía que todavía permanecía conectado al puerto USB. La información que surgió en la pantalla llamó su atención. Era incompresible, el informe era muy pequeño. No obstante, según el ordenador aquel *pen* estaba al máximo de su capacidad, solo quedaban unos pocos bytes libres.

Regresó al tratamiento de texto y recuperó el archivo. Volvió a leer con detenimiento el informe, solo tenía dos páginas, pero era capaz de llenar todo el *pen*. Observando con más atención, notó que uno de los puntos con los que terminaban las frases era algo mayor que el resto. Situó el puntero sobre él y vio como la flecha se transformaba en una mano, símbolo inequívoco de que allí había una entrada.

Con mano temblorosa hizo doble clic y se encontró con un documento de varias páginas que, además, tenían insertadas diversas fotografías. Antes de empezar a leerlo ya intuía su contenido. En las fotos había reconocido a los doce miembros del foro. El documento comenzaba así:

Sofía Izquierdo

Seas quien seas la persona que está leyendo este documento, ya sabrás que he muerto. Él o ella me habrá matado. Todavía no sé quién es, pero sí sé quién puede ser: un miembro del foro.

Si he tenido suerte, tú serás la detective Altamirano. Espero que hayas entendido mi mensaje. Si no fuera ese el caso, te ruego que le hagas llegar este documento. En este relato todo lo que conozco sobre el foro y sus miembros.

Empecé a sospechar que ocurría algo extraño cuando *Psicosis* y *El silencio de los corderos* dejaron de comunicarse. Durante muchos meses, siempre uno u otro estaban conectados al foro cuando yo intervenía. Desde

que formamos nuestra especial sociedad secreta, me había preguntado quiénes éramos en realidad, quién había detrás de aquellos seudotítulos en apariencia elegidos al azar.

*Drácula* había dejado de intervenir primero. Eso hacía un total de tres miembros. Aunque creía que ocurría algo extraño, no fue hasta que *La profecía* dejó de hablar también, cuando me decidí a investigar. Un amigo (no puedo decir su nombre, ya que podría perder el trabajo o algo peor, su vida) me ayudó a conseguir el listado con los nombres propios de los miembros del foro.

Para mi sorpresa, dos de ellos coincidían con los nombres de dos personas asesinadas en Basema: David Santos y Manuel Garcigrande. Sabía que se culpaba de su muerte a María Santos, esposa del primero y amante del segundo. Su nombre estaba también en la lista. ¿Era casualidad?

Buscando en los archivos recientes de *Primera Plana* encontré una nueva pista. En Taima habían asesinado a un tal Andrés Blasco y en Olvido a Pilar Gómez. Sus hombres estaban en mi lista y las fechas de sus asesinatos coincidían en mayor o menor medida con la época en que *Psicosis* y *La Profecía* habían dejado de intervenir en el foro.

He elaborado un informe de cada uno de los cuatro, otro de María Santos y un último de mi misma. Creo que la doctora es inocente. Ella estaba en prisión cuando apareció el cadáver de Andrés Blasco. Estoy segura de que el responsable de todo eso es uno de los otros seis.

No he podido averiguar la identidad que corresponde a esos seis nombres. No sé en qué ciudad buscar, ni en qué país. Lo que sí sé con total certeza, es que el foro es el origen y el desencadenante de las muertes. Tal vez sea algo que decimos que no le guste a él o a ella.

Tengo miedo; yo puedo ser la próxima. Me voy a ir del país, pero antes quiero que la detective Altamirano reciba esto. A no ser que alguien del foro se lo cuente, ella nunca relacionará las muertes y el asesino seguirá matando.

Las siguientes páginas estaban repletas de información acerca de los miembros del foro que Sofía Izquierdo había nombrado en su introducción. A continuación, aparecían recogidos multitud de datos de cada uno de los asesinatos. Aquel documento era bastante más completo que los informes policiales. Sin duda serían necesarias varias horas para estudiar todo lo que el *pen* contenía.

Si hubiera tenido aquel documento antes del asesinato de Sofía Izquierdo, habrían tenido la posibilidad de impedir cuatro muertes. No obstante, pensar así era ser demasiado optimista. Como Carlos le haría ver más tarde, no habían sido capaces de impedir el asesinato de María Santos a pesar de conocer el foro y a sus miembros. Ellos tres habían estado allí y no pudieron detectar el menor indicio que los hiciera sospechar.

En su lugar tenían un asesinato más sin resolver y debían soportar las burlas de sus compañeros: «Tal vez haya sido el camarero», «El culpable es el hombre invisible», «Uno de vosotros es el asesino, debe tener doble personalidad».

Con el descubrimiento del documento oculto se habían apuntado un buen tanto. Tal vez ahora consiguieran atraparlo. Si Sofía tenía razón, el culpable era uno de los cuatro. ¿Marisa?, ¿Sandra?, ¿Pedro? o quizás ¿Roberto?

¿Quién era?

## 28. SANDRA

Era una brillante mañana de primavera que hacía ver la semana que comenzaba con ilusión. La agradable sensación duró poco. No llevaban ni media hora trabajando en el *pen*, cuando el comisario les comunicó el nuevo crimen. Sandra Garrido había sido asesinada en su lugar de trabajo al despuntar el día.

El hecho había sumido en un estado de confusión a los enfermos que ya estaban en el centro para realizar sus ejercicios de rehabilitación. Sandra se disponía a coger una pelota para uno de sus pacientes, el ronroneo de los aparatos ocultaba cualquier otro ruido, entonces una silla de ruedas eléctrica comenzó a moverse hacia ella sin que nadie la tocara y en cuestión de pocos segundos se precipitó contra la joven cuidadora haciéndola caer. La mala fortuna quiso que se golpeará la cabeza con una pesa, causándole la muerte instantáneamente.

En apariencia un cortocircuito hizo que la silla se conectara sola, se podía haber pensado que había sido un fatal accidente a no ser por el montón de tiza hallado en el lugar donde la silla se encontraba en un principio. Aquel resto era el símbolo inequívoco de que aquello no había sido fortuito. «El asesino de la tiza» era el responsable.

Después de un detallado examen de la silla, los peritos encontraron que en el motor había sido instalado un pequeño dispositivo electrónico dotado de una minúscula videocámara. De este modo la silla podía activarse a distancia cuando se quisiera y con la cámara seguir y orientar sus evoluciones.



Arturo se quedó en Basema, mientras Marina y Carlos se desplazaban a Calas. Para la detective Altamirano, aquel siempre había sido un viaje agradable y, el evocar a su familia esperándola, le hacía olvidar las incómodas horas que duraba el viaje. Esta vez se sentía asqueada. El asesino había llegado hasta la ciudad donde había pasado sus mejores años. No podía creer que el escenario de sus juegos infantiles se hubiese convertido en el cruel escenario de un crimen.

Le gustaba pensar que Calas estaba al margen de la extrema maldad, que en su ciudad solo habían oído hablar de asesinos en series de televisión, que aquel era un lugar seguro adonde acudir cuando arreciaba la tormenta. En esta ocasión el viaje lo realizaban en helicóptero y apenas durante una hora. Aun así, tuvo el tiempo necesario para recordar todas sus horas de felicidad en Calas.

El centro de minusválidos estaba muy cerca de su casa, a unos cinco minutos a buen paso. La frenética actividad de un día laboral como otro cualquiera, estaba en su punto álgido. Marina reconoció desde el coche a algunos antiguos conocidos, pero estos no repararon en la detective que viajaba en el coche gris del comisario de Calas.

A excepción del lugar del crimen, el resto de las dependencias del centro ya habían recuperado su normal funcionamiento. Pasados los primeros momentos de estupor, la vida continuaba como la perfecta maquinaria engrasada de un reloj que hubiera sufrido un pequeño retraso.

Ya habían retirado el cuerpo de Sandra Garrido, aunque todavía se podía apreciar el camino recorrido por el pequeño reguero de sangre que había brotado desde la brecha abierta en la cabeza de la víctima. La silla seguía en el mismo lugar, a la espera de que los peritos fueran a recogerla después de que Marina y Arturo dieran su autorización.

—¿Han tomado una muestra de la tiza? —preguntó Marina—. Me gustaría saber si es del mismo tipo que la de los otros casos.

—Sí, ya lo han hecho —respondió el detective encargado del caso—.

También han buscado huellas en la silla, pero no hay ninguna parte de las de la otra cuidadora.

—¿Otra cuidadora?

—En cada sala hay dos o tres fisioterapeutas que hacen las veces de cuidadores, monitores... Ya sabe.

—¿Cómo quedo la silla?

—Encima del cuerpo. La cuidadora tuvo que retirarla para poder ver el estado de Sandra.

—El centro está cerrado de noche, ¿verdad?

—Yo les responderé a eso —dijo una voz a su espalda—. Soy Jesús Segura, el director del centro.

—Soy la detective Marina Altamirano y él es el detective Carlos Tejedor.

—Si me acompañan a mi despacho, tendré mucho gusto en responder a sus preguntas. Tengo gran interés en que se encuentre al culpable. Con Sandra me une..., quiero decir, me unía, una estrecha amistad.

Jesús Segura les hizo un breve resumen de la rutina del centro. Aunque abrían a las nueve de la mañana, a las siete y media llegaban las personas encargadas de la limpieza de las instalaciones. No cerraban al mediodía puesto que aquellas eran las únicas horas en que algunos de los enfermos podían acudir al centro.

Durante doce horas, el edificio permanecía abierto al público. A las nueve terminaba la última sesión de rehabilitación, de modo que a las nueve y media como muy tarde, se cerraban las puertas hasta el día siguiente. No había ningún guarda nocturno, si bien el centro estaba dotado de excelentes medidas de seguridad. Fuertes cerraduras y alarmas conectadas con la central de policía más próxima disuadían al más audaz de los intrusos.

Todo indicaba que el complejo dispositivo instalado en la silla de ruedas había sido colocado allí la semana anterior. El martes había ido al centro un técnico de mantenimiento de la empresa que suministraba la mayoría de los equipos de rehabilitación. Cada vez el técnico era una persona diferente, por

lo que en esta ocasión no le habían prestado más atención que en otras.

Uno de los fisioterapeutas recordaba que el técnico había estado manipulando la silla, alegando que tenía un fallo en el motor. Puesto que la silla tenía incorporados diferentes dispositivos, nadie se percató de la modificación introducida. Su funcionamiento había sido impecable hasta que esa nefasta mañana había adquirido vida propia.

Posteriores investigaciones descubrieron que la empresa no había enviado a ningún técnico al centro de Calas. La próxima inspección no estaba prevista hasta un mes más tarde. De ello se deducía que aquel supuesto técnico había sido el artífice del ingenio eléctrico.

Lo único que cabía hacer ahora era comprobar donde estaban ese martes los sospechosos; sin embargo, la detective Altamirano estaba convencida de que los tres tendrían unas perfectas coartadas sin resquicios, como había ocurrido las otras veces. Además, en lo tocante al crimen, tanto daba donde estuvieran. Desde cualquier parte podían haber activado el mecanismo sin el menor peligro para el asesino.

El dispositivo era parecido a un diminuto teléfono, si se marcaba el código adecuado, se activaba sin dilación. El responsable no era solo un experto en informático, también debía de serlo en electrónica.

## 29. CALAS

La madre de Marina Altamirano recibió con alegría la inusitada visitada de su hija y de Carlos. Ella se había enterado del asesinato en la peluquería mientras se teñía el pelo con el tono caoba que estaba de moda. La señora Altamirano no sabía quién era Sandra Garrido. Calas era una ciudad mucho más pequeña que la capital. Aunque de vista casi todo el mundo se conocía, no recordaba a nadie con ese nombre.

Lo que si sabía era que el apuesto director del centro de minusválidos, Jesús Segura, estaba enamorado de una fisioterapeuta que trabajaba desde hacía algún tiempo en el lugar. En una ciudad pequeña, ese tipo de noticias volaban. La señora Altamirano no era buena recordando nombres. De modo que no relacionó a la monitora en cuestión con la mujer asesinada.

La visita de Marina a casa de su madre fue breve, apenas dos horas. El helicóptero debía regresar con ellos a Basema. Marina se marchó sintiendo no haber podido conversar con su padre y con sus hermanos, ya que estos estaban trabajando y asistiendo a sus clases en la universidad.

Desde el aire dio el último adiós a su ciudad natal rezando para que la próxima vez que volviera a verla ya hubieran atrapado al «asesino de la tiza». A Marina no le gustaba el apodo por el que se conocía al asesino en la prensa y en la policía. Cuando oía el mote le parecía que menospreciaban el peligro que entrañaba y, lo que era peor, no respetaban a sus víctimas. Estaba bien para la prensa, pero para la policía resultaba algo trivial, casi infantil.

Cuando llegaron a Basema fueron directos a la comisaría para informar a su

superior sobre el resultado de su investigación. Él a su vez les informó acerca de los tres sospechosos. Tanto el día del asesinato como el martes en que se suponía que el dispositivo había sido instalado, estaban trabajando.

Marisa había sido vista por sus compañeros y clientes en el despacho.

Roberto había dado sus clases habituales, pero ese martes por la mañana no había asistido al colegio porque durante la noche alguien se había dedicado a pinchar las cuatro ruedas de su coche. El mismo las había cambiado y, para su desgracia, nadie lo había visto hacerlo. Era poco probable que en una mañana hubiera ido hasta Calas, hubiera ido al centro disfrazado como un técnico de mantenimiento y hubiera regresado a Basema a tiempo para su clase de las cuatro. Carlos y Arturo no lo creían culpable, aunque Marina afirmaba que, si bien era improbable, no era imposible.

Pedro Sanz con sus conocimientos de informática era un buen sospechoso, pero por otra parte parecía inocente, puesto que numerosos clientes afirmaban haber hablado con él por teléfono y por internet. Lo habían llamado a su casa o habían conectado con su dirección habitual.

Cada vez se hacía más congruente la hipótesis de un asesinato ajeno al foro que deseara vengarse de sus miembros por no haber sido admitido en él. No se había seguido ningún criterio concreto para decidir quién podía o no podía formar parte. Simplemente los miembros que solían entablar conversación con más asiduidad llegaron a la conclusión de que, para evitar intrusiones y contertulianos no deseados, lo mejor era aislarse. Consideraron que doce era el número adecuado de miembros y se separaron del resto en su foro particular.

Nunca supieron si alguien se había sentido ofendido de forma especial, puesto que no habían vuelto a saber nada de las personas que habían quedado fuera. Ellos habían conectado cada noche mientras que el resto lo hacía una o dos veces al mes. Pensaron que cualquier tertuliano ocasional creería que la pagina había desaparecido sin más, como ocurría en tantas ocasiones.

Después del asesinato de María Santos, el foro había dejado de existir.

Carlos había intentado conectar alguna vez, pero nadie había respondido a su llamada. Ahora con la muerte de Sandra Garrido, al foro le había llegado el final.

El comisario dispuso que a cada una de las tres personas del foro que aun vivían se les pusiera una estrecha vigilancia, con el propósito de impedir un nuevo asesinato y con la esperanza de que el asesino cometiera un fallo y cayera en sus redes.

Durante largo tiempo todo estuvo tranquilo. Agosto llegó, y con el nuevo mes se decidió que, ante la falta de pruebas y pistas concretas, lo mejor era archivar de forma momentánea el caso. Había otros casos que necesitaban ser investigados. No se podía dedicar más tiempo y más efectivos a lo que parecía un callejón sin salida.

Los detectives decidieron que aquel era un buen momento para tomar unos días de descanso y más tarde regresar con nuevas fuerzas a su trabajo, aunque fuera en otra investigación.

La tranquilidad no duraría mucho.

### 30. CINCO DE AGOSTO

—Marina, cariño, tienes una llamada —dijo la madre de la detective Altamirano mientras zarandeaba a su hija para despertarla.

—¿Qué ocurre? —respondió la aludida abriendo los ojos.

—El teléfono. Vamos. ¡Arriba!

Era Arturo que llamaba a la detective Altamirano desde Basema, a él lo había despertado el comisario diez minutos antes. Eran las cuatro de la mañana.

—¿Quién es?

—Buenas noches, Marina, soy Arturo.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó la detective a su compañero enfadada por la interrupción de su sueño.

—Siento haberte despertado, pero ha habido otra muerte.

—¡Oh no! ¿Quién ha sido asesinado esta vez?

—Marisa Rubio. No parece un asesinato, sino más bien un accidente.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Esta tarde Marisa Rubio estaba en la biblioteca del Colegio de abogados de Damasco preparando un caso. Se levantó de su silla y se acercó a una estantería a coger un libro. Cuando se daba la vuelta dispuesta a regresar a su mesa, la estantería con todo su contenido se cayó encima de ella.

—¡Dios mío!

—Murió en la ambulancia que la llevaba al hospital. Una balda de madera la golpeo en la sien. Por supuesto, recibió más golpes, pero ese fue mortal.

—Alguien empujaría la estantería.

—No se ha encontrado ninguna prueba que haga pensar así. Para el detective de Damasco, ha sido un desgraciado accidente, trágico, pero un accidente, al fin y al cabo.

—Estarán tomando muestras de huellas. ¿Verdad?

—Sí, ahora hay un equipo forense trabajando en la biblioteca. Es difícil saber si alguna de las huellas es del asesino. En la biblioteca hay mucha gente entrando y saliendo para consultar libros y es imposible confrontar todas las huellas que se encuentre allí.

—Supongo que buscaran alguna coincidencia con las huellas de Roberto Merino y Pedro Sanz, y que buscaran restos de tiza, y tal vez deberían...

—¡Marina! ¡Marina! Tranquilízate. Están haciendo bien su trabajo, dales tiempo.

—Quiero ir allí. Damasco está lejos de Calas. Primero tendré que ir a Basema y desde ahí coger otro autobús a Damasco.

—Sabía que me dirías eso. El comisario está preparando un helicóptero que nos llevará a Damasco. Mientras tú llegas a Basema intentare localizar a Carlos.

—Bien, estaré ahí dentro de unas cuatro horas.

Marina se despidió precipitadamente y se dirigió a su habitación para preparar la maleta con lo necesario para un corto viaje. Al llegar al dormitorio, se encontró con la sorpresa de que su madre ya se la había hecho.

—Sabía que te irías. Te he puesto un poco de ropa, si necesitas el resto de tus cosas, te las enviare donde me digas.

—Gracias, mamá. Eres única.

—Tú padre te llevara a la estación. Vístete.

Con el tiempo justo para coger el autobús de las cinco, Marina salió con destino a Basema. Nunca pensó que sus vacaciones fueran a ser tan breves, apenas habían durado cuatro días. Solo había podido ver a su familia y a alguna de sus amigas. ¡Quería haber hecho tantas cosas! Pero no valía la pena



lamentarse, seguramente su estancia en Damasco sería corta y como mucho en la tarde del día siguiente estaría de vuelta a casa.

Había poco tráfico, algún camión transportando mercancías y algún turismo iniciando su periodo de descanso, eran los únicos vehículos con los que se cruzaban. El autobús llevaba la mitad de los asientos vacíos. Ni la hora ni la época del año eran habituales para viajar a Basema. Sus compañeros de viaje eran personas que como ella necesitaban pasar por Basema como punto intermedio hacia su destino final.

Gastó las horas de obligada inactividad recordando los asesinatos. Ya casi hacía un año del primero de ellos, aunque si Arturo estaba en lo cierto, esta vez estaban ante un accidente en el que «el asesino de la tiza» no había tenido nada que ver. Para Marina resultaba demasiado sospechosa semejante coincidencia. Estaba segura de que, si buscaban bien, encontrarían restos de tiza en algún lugar de la biblioteca.

Fiel a su promesa Arturo esperaba a Marina junto al helicóptero que debía llevarlos hasta Damasco. Carlos ya estaba en él, recostado en su asiento intentando recuperar las robadas horas de sueño. Con un lacónico «¿Qué tal?» saludó a su compañera mientras esta subía al helicóptero.

Durante el trayecto a Damasco, permanecieron en silencio sumidos en sus pensamientos. Los tres sabían lo que había ocurrido y temían el momento de verlo con sus propios ojos. En sus corazones habían albergado la esperanza de que el asesino hubiera dejado de matar y hubiera desaparecido de sus vidas escondido bajo alguna nueva identidad.

Ya en Damasco, un coche patrulla los llevo hasta la biblioteca del Colegio de abogados. Allí los esperaba el detective encargado del caso, que al enterarse de su llegada, se había desplazado hasta el lugar para recibirlos.

Sus palabras fueron corteses y sus ademanes educados, pero había algo en su forma de actuar que indicaba que estaba molesto por la intromisión de los detectives de la capital. Era probable que pensara que habían venido para quitarle toda la gloria que pudiera haber en la muerte de Marisa Rubio. Por lo

que a él concernía, aquel no era más que un aparatoso accidente. Quien creyera que estaba ante un asesinato tenía mucha imaginación.

—Creo que han perdido el tiempo viniendo hasta aquí —les dijo el detective de Damasco nada más verlos—. No hay nada que investigar.

—¿Han tomado muestras de las huellas que pudiera haber en las estanterías? —preguntó Marina interrumpiéndolo.

—Sí, «señora».

—Detective, si no lo importa.

—Bien, «detective». Es un gasto de tiempo y de dinero innecesario. Aunque tomemos hasta la última huella que pueda haber en la biblioteca, no pretenderá confrontarlas con las huellas de todos los abogados que la utilizan, ¿verdad?

—No, por supuesto. Solo con las huellas de los sospechosos.

—¿Han encontrado algún resto de tiza? —preguntó Carlos.

—¿Tiza? ¿Está bromeando?

—No le entiendo.

—Acompañenme.

El detective los guio hasta el piso situado encima de la biblioteca. Con gran diversión por su parte ante la mueca de disgusto de los tres detectives de Basema, les mostro las habitaciones que ocupaban la segunda planta. Eran aulas donde se impartían cursos de preparación y de formación para los abogados inscritos en el Colegio. En cada una de ellas, una enorme pizarra llenaba una pared de las clases.

El polvillo blanco de la tiza cubría, no solo la segunda planta, sino también la mayoría de los libros de la biblioteca de la primera planta. Precisamente aquel era el mayor problema con el que se enfrentaba el servicio de limpieza del edificio. La tiza se filtraba por cualquier resquicio e impregnaba la ropa de los usuarios de las diversas dependencias del Colegio. Y el presupuesto no daba para cambiarlas por modernas pizarras digitales.

¿Tiza? Sí, habían encontrado mucha tiza entre los libros y en las estanterías. Después de todo los detectives de la capital no eran tan listos. Un simple

vistazo al panel explicativo que había en la entrada del edificio hubiera bastado para deducir que en el edificio había aulas.

Deseando librarse del molesto acompañante, Marina, Carlos y Arturo se dirigieron al coche patrulla que los había llevado hasta el Colegio, con el fin de ir al depósito de cadáveres para averiguar el resultado de la autopsia. Si en ella no había nada extraño, no podrían demostrar que estaban ante un nuevo asesinato.

Aunque no pudieran encontrar ninguna prueba con la que confirmar sus sospechas, ellos sabían que el asesino de María, de David, de Sofía y de tantos otros, había estado en Damasco y estaba relacionado con la muerte de Marisa.

El forense les repitió lo que el antipático detective les había dicho ya. No había encontrado nada que indicase que había habido un traumatismo anterior a los producidos al caerse la estantería encima de Marisa. Murió por el fuerte golpe recibido en la sien. Los otros impactos no eran mortales.

Después de hablar con el forense telefonearon a su comisario a Basema. Él había estado centrando todos sus esfuerzos en la búsqueda de Pedro Sanz y Roberto Merino. A pesar de que la investigación tenía máxima prioridad y de que todos los miembros del cuerpo estaban trabajando en ella desde primera hora del día, nadie había podido encontrarlos.

En Damasco no había nada más que hacer. Para la policía local había sido un accidente y no había ninguna razón por la que proseguir la investigación. Marina tampoco veía ningún motivo por el que seguir presionando. Conocía la relación de Marisa con el foro y todos los detalles de su vida. Además, sabía que el asesino —nadie la podía convencer de que no había sido un asesinato— ya estaría lejos y, a juzgar por las otras ocasiones, se había cuidado de no cometer ningún error, de no dejar ningún rastro que pudiera conducir a su captura. Con una mal disimulada sonrisa de satisfacción el detective de Damasco los llevó hasta el helipuerto.

Para cuando llegaron a Basema, la noche ya cubría todo con su oscuro

manto. Como fantasmas se deslizaron entre las sombras por la azotea de la comisaría. Marina decidió que lo mejor sería dormir en Basema y al día siguiente regresar a Calas. Para entonces tal vez hubieran descubierto el paradero de sus dos únicos sospechosos.

El problema era que ambos estaban de vacaciones. Al no acudir con regularidad al trabajo era más difícil seguir sus pasos y saber dónde estaban en cada momento. Si ellos no querían comunicar a la policía sus movimientos, no podían obligarlos.

## 31. SEIS DE AGOSTO

Carlos se había ofrecido a llevar a Marina a la estación. Lo pillaba de camino hacia una casita con jardín que él y esposa habían comprado en las afueras de la ciudad. Allí Anita podía jugar y correr sin que los vecinos se asustaran por sus gritos.

Marina, como de costumbre, esperaba a Carlos en la puerta de su casa, con su maleta entre las piernas. Y también como de costumbre Carlos llegaba con diez minutos de retraso que trataría de justificar con alguna de las disculpas de su repertorio.

La detective Altamirano notó que ocurría algo extraño al ver aparecer a Arturo conduciendo el coche de Carlos.

—Hola. ¡Qué sorpresa!

—Sube, tenemos que irnos, es un largo viaje.

—¿Cómo?

—Han encontrado a Pedro Sanz.

—¿Dónde estaba?

—En su ciudad, Lucero, en las instalaciones de la empresa para la que trabajaba. Lo ha encontrado estaba mañana temprano, el guarda de seguridad, en su última ronda antes del cambio de turno.

—¿Está...?

—Sí. Parece otro «accidente». Él no solía ir a la empresa, pero debió de ir a algo por la noche, su firma está en el registro de entrada. Se dirigió a los sótanos donde se encuentra el computador central. Al guarda le dijo que tenía

que comprobar una cosa.

—Creía que estaba de vacaciones.

—En efecto, lo estaba. El guarda no sabe quién está o no está de vacaciones. Él solo controla que los que entran y salen le muestren el carné de la empresa y firmen en el registro. Le pareció extraño que Pedro Sanz fuera de noche a las instalaciones; sin embargo, está acostumbrado a las excentricidades de los que trabajan allí y no dijo nada.

—Sigue.

—No hay mucho más. Se olvidó de él y continuó leyendo su novela. Cada hora realizo su ronda habitual sin ver nada sospechoso, pero al empezar la última recordó al informático y comprobó en el registro que Pedro no había salido del edificio mientras el realizaba alguna de sus rondas. Le había dicho algo acerca del computador central, así que decidió ir a echar un vistazo. Cuando llegó al sótano entendió que había ocurrido algo grave.

—¿Por qué?

—Las puertas blindadas que sellan la entrada en caso de emergencia estaban cerradas. Avisó al jefe de seguridad, el cual a su vez llamó a uno de los jefazos. Al cabo de una hora consiguieron abrir las puertas. Había habido un cortocircuito en un terminal que desencadenó en un incendio. Los sistemas contra incendios no se habían activado a excepción de una pared transparente ignífuga que impidió la propagación de las llamas. No saltó la alarma y el guarda desde control no noto nada extraño.

—¿Pedro Sanz se quedó encerrado allí?

—Sí. El terminal estaba en la misma habitación en la que estaba trabajando. La pared se activó y quedó atrapado dentro de una trampa mortal.

—Supongo que alguien desde fuera del edificio pudo entrar en el programa del ordenador y hacer que todo funcionara como él quería.

—Te veo venir. Lo que dices es posible, pero allí no había nadie. No hubiera podido atravesar las puertas blindadas y la única manera de llegar al programa es desde el interior de la sala en que se encontraba Pedro.

Marina no podía creer lo que Arturo le estaba contando. Ya era mucha casualidad que Marisa Rubio hubiera tenido un accidente, pero que Pedro Sanz lo tuviera un día después era demasiado increíble. El «asesino de la tiza» se estaba volviendo muy cauteloso y cada vez demostraba mayor astucia al cometer sus fechorías.

—¿Y Carlos?

—Vaya, llevamos dos horas en su coche y todavía no me habías preguntado por él.

—Bueno, yo... —respondió la detective sonriendo.

—Él salió para Lucero con el comisario nada más saber la noticia. Me dio las llaves de su coche para recogerte e ir allí.

En poco más de hora y media llegaron a Lucero. Tuvieron que atravesar la populosa ciudad para encontrar las instalaciones de la empresa informática, ya que estaban en las afueras. Carlos y el comisario los esperaban en la entrada del edificio principal fumando un cigarrillo. No tenían mucho más que contarles aparte de lo que ya sabían.

El cadáver había resultado difícil de identificar. Si no hubiera sido por su firma en el registro de entrada y por sus ropas, no hubieran sabido quien era. Estaba totalmente carbonizado. No tenía ningún familiar cercano y tampoco conocían a sus amigos. La mayor parte de su tiempo la pasaba trabajando en su casa, elaborando programas y descubriendo fallos en el sistema central. Por todo esto, fue el propio Carlos quien lo identificó.

Marina estaba descubriendo que la mal llamada red de comunicación era en realidad una fábrica de personas solitarias que aisladas en su mundo evitaban cualquier contacto directo con otras personas «gracias» a Internet. En mayor o menor medida todos los miembros del foro encajaban en este arquetipo.

—Entonces está claro —afirmó Arturo—. El asesino es Roberto Merino.

—Así parece, pero no creo que sea el culpable —respondió Marina—. Siempre ha tenido buenas coartadas y no me pareció un psicópata cuando lo conocimos en el Café Sol.

—Sea o no sea el responsable —intervino el comisario—, lo cierto es que no hemos sido capaces de localizarlo.

—Puede que esté de vacaciones en algún sitio en medio de la nada —sugirió Carlos.

—Entonces su familia lo sabría —replicó el comisario—, pero desde hace una semana no saben nada de él.

—¡Un momento! —exclamó Arturo—. Roberto es profesor y trabaja en un colegio de Kanda—. ¿Alguien ha mirado allí?

—Arturo, hoy es seis de agosto, en los colegios están de vacaciones. No habrá nadie en la escuela —respondió el comisario.

—Será mejor que vayamos a ver —dijo Marina con decisión encaminándose al coche.

—Pero, Marina, ¡Si acabamos de llegar! De aquí a Kanda hay otras cinco horas —exclamó Arturo protestando.

—Ya lo sé, y cuanto antes nos vayamos, antes llegaremos.

—¡Para que habré dicho nada!

Carlos, Marina y Arturo se fueron en el coche del primero hacia Kanda, mientras que el comisario regresaba en el suyo a Basema con el fin de conseguir una orden de registro para entrar en el apartamento de Roberto y en la escuela donde trabajaba.

Aunque fueran al límite permitido de velocidad, no llegarían a su destino hasta la puesta de sol, además tendrían que parar por el camino para comer algo y estirar las piernas. El comisario tendría tiempo más que suficiente para conseguir la orden y de ir desde Basema a la ciudad de Roberto.

Los detectives llegaron a la escuela antes que el comisario. Como habían imaginado, el edificio estaba cerrado y no parecía que hubiera ningún guarda o portero custodiándolo. En lo que esperaban al comisario, localizaron al director del colegio, el cual, asustado por la llamada de la policía, acudió al lugar sin tardanza.

—Aquí estoy y esta es la orden —dijo el comisario impaciente mostrando el



papel oficial con la firma del juez aún fresca—. Entremos.

—Espere un momento. No sabemos si vamos a encontrar a una víctima o a un verdugo.

—Arturo tiene razón. Usted, señor —señaló Marina dirigiéndose al director del colegio—, será mejor que se quede fuera.

—Sí, sí, tengan las llaves, yo espero aquí.

—Bien, Marina viene conmigo. Arturo y Carlos por la puerta de atrás.

El comisario iba el primero mientras Marina le cubría las espaldas. Abrieron la puerta del edificio y entraron con cautela. No sabían si Roberto o la persona que pudiera estar dentro de la escuela habría colocado alguna de sus trampas mortales. Después de las muertes de Marisa y Pedro, preferían extremar las precauciones con los accidentes imprevistos.

Carlos y Arturo al abrir la puerta trasera se encontraron en un rellano a partir del cual ascendía una tortuosa escalera que llevaba a la cocina. Bajo sus pies crujía el polvo acumulado durante el mes que había permanecido cerrada la escuela. Debían de estar lejos de la puerta principal porque todavía no oían los pasos de sus compañeros.

Marina agudizó el oído, pero solo captó la respiración entrecortada del comisario delante de ella. El director les había dicho que en la planta baja estaba el patio de juegos, un pequeño recibidor y la enfermería. En el recibidor había una segunda puerta que conducía a un estrecho pasillo por el que se llegaba a la cocina y a dos cuartos traseros.

En dicho recibidor se encontraron las dos parejas de policías.

—No hemos visto nada —explicó Carlos.

—Nosotros tampoco. Subamos a los otros pisos —ordenó el comisario.

En la primera planta se encontraban la mayoría de las clases. Las recorrieron una por una, abriendo todos los armarios y mirando debajo de las diminutas mesas de colegial, sin saber en realidad que buscar. Ni en las aulas ni en los servicios encontraron nada.

Más desanimados y empezando a creer que estaban perdiendo el tiempo,

subieron a la segunda planta. Su distribución era similar a la del piso de abajo, sin bien además de aulas había despachos y una biblioteca. Si no habían encontrado nada, no creían que lo hallaran en el piso siguiente donde solo estaba el despacho del director y una sala de reuniones. El edificio acababa en un viejo desván donde se almacenaban los obsoletos mapas y las pizarras desgastadas.

Olvidando las precauciones iniciales, se separaron y quedaron Marina y Carlos en la segunda planta, en tanto el comisario y Arturo registraban los dos últimos pisos. La detective Altamirano se aproximó a la puerta más alejada del corredor, un hedor a putrefacción y a huevos podridos llegó hasta su nariz de improviso, golpeando su olfato como una bofetada en la cara.

En silencio le hizo una señal a Carlos para que se acercara con sigilo. Cada uno de los detectives se colocó a un lado de la puerta, Marina puso su mano en el picaporte e intentó abrirla, no estaba cerrada. De una patada Carlos la abrió sin miramientos. Estaba cansado de tantas precauciones y cuidados, quería algo de actividad.

Solo pudieron dar un paso antes de que una nueva bocanada de aire corrompido inundara su nariz. Recostado en un sillón estaba el cuerpo sin vida de Roberto Merino. Tenía los labios y parte de la ropa cubiertos de polvo blanco. Aun sin tocarlo supieron que era tiza.

En su mano derecha, agarrotada por la rigidez de la muerte, se divisaba un paquete de tiza. Frente al cadáver, encima de la mesa, había dos hojas de papel manuscritas y junto a ellas el lápiz de grafito con las que habían sido escritas. Con la mano enguantada en látex, Marina cogió la primera y comenzó a leerla.

—Creo que será mejor que llames a los otros —dijo después de haber leído un par de líneas—. Aquí no hay nadie más.

Carlos cumplió con gusto el encargo de Marina. El hedor hacía que empezara a sentir ganas de vomitar y pequeños puntos negros surgían ante sus ojos. Tambaleándose salió del despacho y caminó hacia el hueco de la

escalera, a través del cual llamó al comisario y a Arturo.

—¿Qué ocurre, Carlos? —preguntó su superior.

—Al fondo, en el despacho —respondió Carlos corriendo hacia el lavabo, el vómito ya era imposible de contener.

Cuando Carlos pudo reunirse de nuevo con sus compañeros en el despacho, Marina inició la lectura de la carta.

## KANDA

5 de agosto

Yo, Roberto Merino, en pleno uso de las facultades que me quedan, confieso ser el autor de los once asesinatos de otras tantas personas del foro al que pertenezco. ¿O debería decir pertenecía?

Ni el accidente de Marisa Rubio, ni el de Pedro Sanz fueron tales. Yo los asesiné. No me gustaba que me llamaran «el asesino de la tiza», era humillante. Quería despedirme con un toque de genialidad y creo que lo he logrado. Ya no se burlarán más de mí en la prensa.

He terminado mi labor en este mundo y solo me queda despedirme. Lo hare a mi manera. No dejaré que nadie excepto yo decida sobre mí y mi futuro. No creo que falte mucho para el final. Llevo una hora tragando estas sabrosas barritas blancas, aunque a mi estómago no le parecen tan sabrosas.

Pero aún tengo fuerzas para decir adiós a mi querida amiga, la detective Altamirano. Has estado cerca cariño; sin embargo, aun te queda mucho que aprender. Si tu estúpido compañero, el detective Tejedor, y el anciano achacoso del detective Sánchez te lo permiten.

¿Sorprendidos? Yo sé más de vosotros que vosotros de mí. No sabéis leer en las páginas.

Roberto Merino

—¿Achacoso? —preguntó Arturo enfadado—. Me alegro de que este muerto.

—¡Estúpido! —exclamó Carlos—. Como se atreve a llamarme estúpido.

—Y a mí «cariño» y «querida amiga» —repitió Marina indignada.

—Tranquilos, ya ha terminado. Llamare a la central.

—Nunca pensé que acabaría así —afirmó Marina expresando en voz alta lo que todos sentían—. Creía que al final lo atraparíamos, que cometería un fallo y descubriríamos quién era.

—Después de todo —continuó Carlos—, aunque está muerto, ha ganado. Con su suicidio nos ha vencido.

## 32. OCHO DE AGOSTO

En un registro posterior de la casa de Roberto Merino encontraron billetes de tren desde Kanda a cada una de las ciudades donde los asesinatos habían sido cometidos. En una libreta estaba cuidadosamente anotado hasta el más mínimo detalle de la vida de todas las personas que habían formado el foro.

Al interrogar al director del colegio, terminó por confesar que él no controlaba mucho la asistencia de los profesores. Llevaba a gala ser indulgente y aceptar de buen grado que, si algún miembro de su equipo estaba enfermo, mandara un sustituto. En realidad, prefería pasar el día de bar en bar, gastando sus escasos ahorros en vino y tragaperras. Mientras no hubiera ningún altercado en la escuela, poco importaba quien diera las clases.

Los compañeros de Roberto Merino declararon a la policía que este en varias ocasiones había llamado diciendo que estaba enfermo y enviaba a un suplente. Ellos no querían verse envueltos en ningún lio, puesto que ellos eran los primeros en hacer lo mismo que Roberto. Si el director preguntaba por alguien, los demás aseguraban que estaba, aunque en su lugar hubiera un sustituto.

Roberto Merino vivía solo y por las elevadas facturas de teléfono descubrieron que había sido un «adicto a internet». Cada día había permanecido conectado durante siete u ocho horas, incluso a veces lo había estado toda la noche quitándole horas al sueño. Ni siquiera salía a la calle para ir al supermercado. A través de la red hacía su pedido y compraba todo lo que necesitaba.

Su vida se reducía a ir al colegio. Cuando no iba, estaba pegado a la pantalla del ordenador, y regresaba derecho a su casa. No veía ni hablaba con nadie fuera de su lugar de trabajo. Su vida era por y para la red. Con su licenciatura hubiera podido buscar un trabajo mejor, pero eso hubiera implicado pasar más horas fuera de casa y, por consiguiente, más tiempo alejado de su ordenador.

Los grafólogos confirmaron que la escritura de la nota era la misma que había en numerosas cartas en casa del suicida. Los forenses encontraron que tenía todo el tracto digestivo lleno de tiza blanca. Sin lugar a duda, se había suicidado y lo había hecho de una forma lenta y dolorosa.

Con un corto sermón fúnebre y con la única presencia de algunos de sus antiguos compañeros de trabajo, que habían acudido más por curiosidad y morbo que por compasión, Roberto Merino fue enterrado en Kanda. En su ataúd también fueron enterradas las ilusiones y los proyectos de cada una de sus víctimas.

### 33. NAVIDAD

Las calles estaban llenas de luz y la gente apuraba su tiempo con las últimas compras antes de que cerraran los comercios y las grandes superficies. Aún faltaban tres días para Navidad. Ese año Marina no podría ir a Calas a reunirse con su familia. Tendría que pasar la noche en su casa, cenando comida congelada. En Año Nuevo tendría tres días de permiso, pero ahora era Carlos el que disfrutaba de un merecido descanso en casa de sus padres con su pequeña familia.

La comida de Navidad sería diferente: Arturo y su hija habían invitado a la detective a reunirse con ellos. Tampoco celebrarían la Nochebuena porque la delicada salud de Isabel no hacía aconsejable tanto ajetreo. Una frugal cena sería suficiente.

Después de cenar aquella masa blanquecina que el envase llamaba lasaña, Marina se sentó ante el televisor, sin encontrar nada interesante que ver. Nunca lo había hecho y aquella noche no era distinta de otras. Empezaba a adormilarse en el sofá, cuando una campanita procedente del ordenador comenzó a sonar. Tenía instalado un programa que le avisaba cada vez que recibía un correo electrónico. Unos meses antes había desconocido todo acerca de los ordenadores. Ahora seguía con interés los últimos adelantos que se hacían en informática.

Cuando llegaba un correo electrónico, el ordenador se conectaba de forma automática y avisaba a Marina. En esta ocasión el mensaje no tenía dirección de envió. Aguijoneada por la curiosidad leyó con avidez su contenido:

«¿Cómo estás querida amiga? ¿Me echabas de menos, cariño?»

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Temblando dio un paso hacia atrás buscando el asiento más próximo. Tenía que ser una broma. No podía creerlo. Él estaba muerto, él era el único que la había llamado alguna vez «querida amiga» o «cariño».

Quizás hubiera ocurrido lo que sucedía con algunas cartas. Una carta llegaba a su destino con días, meses o años de retraso. Nadie sabía el por qué, pero inexplicablemente se quedaba, en el fondo de una saca, en la esquina de un buzón o detrás de una mesa en la oficina de correos.

«No, Marina, no te engañes —se repetía para sí misma la detective una y otra vez—. Cuando él murió tú todavía no tenías correo electrónico personal, ni siquiera tenías ordenador. Eso solo ocurre con las cartas; esto es real y alguien a quien tú conoces te lo ha enviado».

Asustada trató de localizar a Carlos. Por lo que le había dicho, no saldría de viaje hasta el día siguiente. Fue inútil, la familia Tejedor había decidido adelantar la partida y salir esa misma tarde hacia la casa de los abuelos. Y como siempre hacía cuando estaba de vacaciones, Carlos había apagado el móvil. Su segundo intento fue hablar con el comisario y también fue en vano. Ya se había marchado a casa y no perdonaría ninguna intromisión en su hogar. Marina sabía por otras ocasiones que, si quería hablar con su superior, tendrían que esperar hasta el día siguiente.

Como última posibilidad trató de localizar a Arturo. Él estaría en casa, o por lo menos lo estaría su hija y podría hablar con alguien. No se equivocaba, una voz tomada por el sueño respondió a su llamada.

—Dígame.

—Soy yo, Marina Altamirano, ¿me oyes bien?, ¿estás despierto?

—Ahora sí, ¿qué quieres?

—He recibido un correo electrónico muy extraño. No tiene remite y no me gusta lo que dice —respondió Marina leyéndole el contenido de este.



—Entiendo que estés asustada, pero tú viste su cadáver, leíste su carta y examinaste las libretas que hallamos en su casa.

—Ya lo sé, pero...

—Marina, Roberto Merino está muerto. Él no ha podido enviarte el mensaje. Has dicho que no tenía remitente, tal vez ha llegado hasta ti por error. Puede ser que fuera destinado a otra persona.

—Sí, estoy de acuerdo contigo; sin embargo, no me gusta eso de «querida amiga» y «cariño». Es lo mismo que ponía en su nota cuando se dirigía a mí.

—Escucha, ahora no podemos hacer nada. Mañana díselo a ese analista informático que nos ha ayudado en otras ocasiones. A lo mejor él puede averiguar quién te lo ha enviado.

—Está bien, hare lo que dices.

Sin estar convencida del todo, Marina se despidió de Arturo. No pudo conciliar el sueño ni cinco minutos y, aunque al día siguiente afirmaríala lo contrario, Arturo tampoco pudo. A él no le había gustado el contenido del correo. Creía que, si era una broma, era muy pesada, y, por otra parte, no estaba seguro de que fuera un error.

El informático no fue de gran ayuda. Solo pudo averiguar que había sido enviado desde algún ordenador al norte de Basema. No le fue posible descubrir su origen exacto, ni si el ordenador de Marina era su auténtico destino.

Transcurrió una semana sin recibir ningún mensaje más y Marina olvidó el asunto. Como tantas veces ocurría con algo que al principio parecía un mundo, pasado un tiempo, no era más que una mota de polvo en el camino.

## 34. REGALOS

Un mes más tarde parecía que nada hubiera acontecido. Marina había quitado del ordenador el programa anunciador de mensajes. Prefería enterarse de las malas noticias estando sentada en una silla y bien despierta. Aun no podía dejar de sentir un hormigueo en la boca del estómago cada vez que acudía al ordenador a leer sus correos electrónicos.

Aquel día era sábado y el fin de semana parecía prometedor. Su hermano mayor y su familia iban a venir a Basema y con ellos recorrería la ciudad, visitando aquellos lugares que siempre había querido ver, pero a los que nunca había podido ir por falta de tiempo o por pereza.

Al oír el timbre de la puerta creyó que había llegado el momento de tener entre sus brazos a su pequeño sobrino. Su sorpresa fue mayúscula al encontrarse a un bigotudo repartidor que traía un paquete para ella.

—¿Es usted la detective Altamirano?

—Sí, soy yo.

—Esto es para usted, firme aquí.

Con cautela Marina observó el envoltorio del paquete. Era uno de esos sobre marrones que en el interior están recubiertos de plástico con burbujas. Salvo por su nombre y su dirección, no había nada escrito en él. Nerviosa, como siempre que abría un regalo, rasgó el sobre sacando su contenido. Era una memoria USB, con una pegatina que ponía «*Drácula* de Bram Stoker».

Nada más leer el título una terrible sospecha cruzó por su mente. Estiró el recibo de entrega que aún conservaba arrugado en su mano y buscó la

procedencia del regalo. Un grito se ahogó en su garganta al leer:

«David Santos. Calle Dalma»

Eran las señas de la primera persona asesinada y, si no recordaba mal, aquel había sido su seudotítulo. Apurando el tiempo que le quedaba antes de la llegada de su familia, corrió al cuarto de estar para comprobar en el ordenador si el título de la memoria correspondía con su contenido. Todo parecía correcto, era una película común bajada de internet.

Sin saber qué pensar y con un montón de locas ideas agolpándose en su cabeza, apago el ordenador y se dispuso a recibir a sus hermanos que llegaban en ese instante. Durante el fin de semana la memoria y su misterioso origen quedarían relegados a un segundo plano. El lunes la llevaría a la comisaría y haría que la analizaran junto con el sobre y el recibo. Mientras tanto prefería disfrutar de sus horas libres con su familia. En el fondo sabía que aquellos podían ser sus últimos momentos de esparcimiento. Más tarde el tiempo se encargaría de confirmar sus presentimientos.

### 35. EL PRINCIPIO DEL FIN

Cuando llegó a la comisaría el lunes por la mañana con su inquietante regalo bajo el brazo, encontró otro paquete similar en su mesa de trabajo. Según el recibo, el remitente era Manuel Garcigrande y la dirección correspondía a las señas de la casa que había sido el domicilio del psiquiatra hasta su muerte.

Marina no se sorprendió al descubrir que el contenido era una copia de *El silencio de los corderos*, pues suponían que ese título había sido el seudónimo del doctor en el mortal foro.

—¿Qué significa esto? —preguntó Carlos mirando la memoria USB por encima del hombro de su compañera.

—Es la segunda que recibo. Mirad —respondió Marina mostrando a sus compañeros el paquete que había recibido el sábado.

—Marina, esto es serio —afirmó Arturo—. Ya no me parece que el correo que recibiste en Navidad fuera una broma o un error.

—Ahora mismo las llevare al laboratorio forense.

Haciendo realidad lo que decía, la detective Altamirano salió de su despacho dispuesta a llevar los paquetes al laboratorio y a hablar con el comisario. Este último le dijo que, sin pruebas concretas, no podían hacer nada. Solo tenían un montón de conjeturas e hipótesis que culpaban a un fantasma. Sería mejor esperar a los resultados del forense y confiar en que fuera una broma.

Todavía no eran las siete y media cuando Marina llegaba a su despacho el

martes. Quería ser la primera en leer el informe del laboratorio, pero ese no era el único motivo de sus ansias por llegar a la comisaría. Sabía que el correo de la mañana traería algo para ella y no se equivocaba.

Poco antes de las ocho un mensajero le entregó un paquete similar a los anteriores. En esta ocasión el remitente era Andrés Blasco y las señas situaban su origen en Taima.

Su contenido era el esperado por la detective Altamirano, una copia de *Psicosis*. Tampoco la defraudaron las conclusiones del laboratorio. No había nada extraño en los recibos. Cada uno había sido escrito por una persona distinta. Los paquetes eran normales, no tenían ninguna marca, ni ninguna señal.

El miércoles llegó una copia de *La Profecía* procedente de Olvido y supuestamente enviada por Pilar Gómez. El jueves, con la llegada de una copia de *Seven* remitida por Sofía Izquierdo desde las oficinas de *Primera Plana* en Urice, las reticencias de los más incrédulos quedaron revocadas.

—Creo que ya se quién las envía —aventuró Marina.

—¿Un fantasma? —preguntó Carlos suspicaz.

—Muy gracioso. No, no es alguien ficticio, es alguien que está vivo. Todos hemos comentado como en alguno de los asesinatos parecía increíble que Roberto Merino fuera el responsable.

—Eso es cierto —afirmó Arturo.

—Tal vez tuviera un cómplice y él está enviándome las películas.

—Es extraño que en la carta de suicidio o en su apartamento no encontráramos nada que llevara a pensar en la existencia de un segundo asesino —reflexionó Carlos.

—Pero Carlos, ¿es que no lo ves? Las películas no se enviaron solas. En las agencias de mensajería que las trajeron, nos han confirmado que un hombre las llevó a sus oficinas la tarde anterior a ser entregadas.

—¿Y qué sugieres? ¿Que pongamos un policía en la puerta de cada una de las oficinas de mensajería, en cada una de las ciudades en que se ha cometido

uno de los asesinatos?

—No. Ya sé que eso es imposible, entre otras cosas, porque no conocemos su aspecto y no podemos preguntar a cada persona que entre si va a enviar un paquete y a donde lo va a mandar. Eso violaría su intimidad. Tengo otra idea.

Marina procedió a contarles su plan. Era muy arriesgado y su ejecución implicaba la posibilidad de que «el cómplice» se escapara sin haberlo detenido, o de que Marina cayera en una trampa, y Roberto Merino consiguiera al final salirse con la suya, que no parecía otra cosa más que matar a la propia detective.

## 36. UN PLAN

La primera fase del plan se limitaba a esperar seis días hasta que Marina recibiera las copias de *Muerte en el Nilo*, *Asesinato en el Orient Express*, *Entrevista con el Vampiro*, *Vértigo*, *El cabo del miedo* y *Con la muerte en los talones*. En realidad, fueron siete días, «el secuaz» no enviaba ninguna copia en domingo. Seguramente se debiera a la dificultad de encontrar un servicio de entregas que pudiera realizar el encargo sin levantar sospechas. No era habitual enviar un paquete ordinario un día festivo. Lo usual era esperar al lunes o adelantar el envío al sábado.

Cuando Marina recibió *Con la muerte en los talones*, empezó la segunda parte del plan. Viajarían en helicóptero hasta Kanda con una veintena de paquetes, que esta vez serían para el secuaz”. En cada paquete había una copia de una película, cuyo sugerente título atraería sin duda a la persona para la que iba destinada.

Marina, Carlos y Arturo se dispersaron por la ciudad depositando un paquete en cada una de las agencias u oficinas de correos a las que el secuaz podía acudir. Dieron instrucciones explícitas de que le fuera entregado a cualquier persona que deseara enviar un paquete a la detective Altamirano a Basema. Después de esto, el responsable de la agencia que hubiera atendido a dicha persona debía llamar al teléfono móvil de Marina, confirmando la entrega y describiendo al sospechoso. Mientras tanto, los detectives esperarían impacientes en una cafetería.

A las cuatro y cuarto de la tarde, un hombre no muy alto, vestido con ropa

informal, entró en una sucursal de una importante empresa de transportes de Kanda. Dirigiéndose al encargado dijo:

—Quisiera enviar un paquete a Basema, por favor.

—Muy bien. Tiene que rellenar este impreso.

—¡Oh! Sería tan amable de hacerlo por mí, tengo una herida en la mano — explicó el hombre mostrando un consistente vendaje— que me impide escribir.

—No hay problema. ¿Nombre del destinatario?

—Detective Altamirano.

Una luz se encendió en el cerebro del encargado. Aquel era el nombre y la ciudad que aquellos policías le habían dicho por la mañana. Le temblaban las piernas y no creía que fuera a ser capaz de articular palabra. Tragó saliva y continuó.

—¿Ha dicho para la detective Altamirano en Basema?

—Sí. ¿Ocurre algo?

—Este mediodía unas personas dejaron algo para usted. Tenga.

El hombre cogió con las dos manos el paquete que le tendía el encargado. En un momento había olvidado cualquier posible lesión en su mano derecha. Era un sobre marrón similar al que él se disponía a enviar. En el remite se leía:

«Detective Altamirano. Basema»

Estaba dirigido a:

«Foro. Kanda.».

El hombre, al leer las dos escuetas líneas, sonrió y dijo en voz alta ante el asombro de su interlocutor:

—Muy bien, detective Altamirano, ha estado cerca. Me alegro de que quiera jugar conmigo.

Dejando con la boca abierta al encargado, el hombre se precipitó hacia la salida de la sucursal. Después, al contar a la detective lo sucedido, solo fue



capaz de describir al sujeto como una persona muy normal: pelo oscuro, ojos marrones, ni alto ni bajo, de unos treinta o cuarenta años. Es decir, como millones de personas en el país. Lo que sí recordaba era que mientras salía iba abriendo el paquete y que, cuando había sacado su contenido, había empezado a reírse de una forma que le había helado la sangre y le había hecho volver la cabeza a todas las personas que en esos momentos se encontraban en las oficinas. La tercera parte del plan había comenzado.

La detective se acomodó en su asiento. El vagón estaba tranquilo. Ella era su única ocupante. Aunque para ser exactos, habría que especificar que estaba acompañada de Carlos y de Arturo por medio de un auricular oculto en su oído. Desde su ventana controlaba las idas y venidas de los pasajeros que como ella viajaban en tren desde Kanda a Basema.

Eran escasos, a las doce de la noche no viajaba demasiada gente hacia la capital. Sabía que entre ellos y el personal del tren había agentes camuflados; sin embargo, a excepción de sus dos compañeros, no conocía con exactitud quienes eran. Carlos y Arturo debían de permanecer ocultos a fin de que la persona a quien esperaban no los descubriera.

Confiaba en que hubiera entendido el mensaje. El paquete contenía una copia de *Extraños en un tren*. Habían elegido el tren de las doce por ser doce los miembros del foro, y en concreto ese tren, por ser el que hacía el recorrido Kanda-Basema, que era el itinerario del último paquete que el secuaz iba a enviar a Marina. Deducían que a él le gustaban los juegos y, por tanto, le había preparado uno. Solo necesitaban que él quisiera jugar.

El tren se puso en marcha y todo transcurrió con normalidad por espacio de una hora. El recorrido no era directo. Por el camino iban haciendo paradas en diversas estaciones de pequeñas poblaciones. Después de dos paradas sin que nada aconteciera, Marina comenzó a incomodarse en su vagón. Se sentía como un ratón enjaulado que estuviera esperando a que un gato lo atrapara.

Al realizar la cuarta parada decidió bajar al andén y caminar un rato. Tenía diez minutos para despejar su cabeza y observar con detenimiento a los demás

pasajeros. No en vano su vagón era el último y, para salir del tren, podían recorrerlo de extremo a extremo si quería, sin levantar sospechas.

El sueño intentaba apoderarse de ella. Para librarse del nefasto enemigo, acudió al baño del apeadero con el propósito de despertarse con un poco de agua fría. El pequeño servicio estaba vacío. Cuando ella entraba una mujer salía, pero ahora era Marina su única ocupante.

Al cerrar el grifo escuchó con nitidez el silbato del jefe de estación, anunciando la partida de su tren. En esos momentos comenzó la pesadilla. No era capaz de abrir la puerta de aquel diminuto baño. El cerrojo interior no estaba echado, pero el picaporte no cedía a la presión de la mano de la detective.

Intentó sin conseguirlo comunicarse con sus compañeros en el tren, pero el cuarto debía de tener alguna clase de recubrimiento que, unido al tipo de material con que el tren estaba construido, impedía cualquier comunicación con el interior de los vagones.

Nerviosa y angustiada, desde su prisión oía como el tren salía de la estación. No podía creer que, por el fallo de una insignificante cerradura, su plan fuera a fracasar. Como último intento, la emprendió a patadas con la puerta. Después de cinco impetuosos puntapiés, el pestillo saltó y Marina se vio libre de su encierro.

A pesar de sus esfuerzos, ya era tarde. El tren solo era un débil susurró en la lejanía. No había nadie más en el apeadero. No sabía si sus compañeros la habían visto bajarse. Si lo habían hecho pensarían que había vuelto al tren por cualquier otro vagón. No les había dicho nada por el intercomunicador. Además, se había dejado el móvil cargando batería en su asiento. Tardarían en darse cuenta de su ausencia. Aun suponiendo que lo hicieran en ese mismo instante y se bajaran del tren en la siguiente parada, necesitaría una larga hora para encontrar un coche y regresar hasta donde ella estaba. Si quería irse de allí, tendría que arreglárselas sola.

## 37. SOLA

Al principio no notó su presencia, si bien, al cabo de diez minutos se dio cuenta de que alguien estaba cerca de ella. Pensó que era el jefe del apeadero, pero él y la otra persona que se encargaba de la venta de los billetes se habían marchado a casa a esperar con comodidad al siguiente tren, que no llegaría hasta tres horas más tarde.

La estación era una construcción aislada del resto. Aquello no era una ciudad, ni siquiera un pueblo, solo había un montón de casas dispersas en varios kilómetros a la redonda. En torno a estas había árboles que se agrupaban formando bosquecillo. La tranquilidad y la oscuridad propias de las tres de la madrugada reinaban en el paraje.

Una lechuza ululando a lo lejos sacó a Marina de sus pensamientos. Sin verlo, escuchado el eco de sus pisadas y sintiendo en su pecho el galope de su corazón, supo quién era. Se giró despacio. Quería ver su cara, comprobar con sus ojos que el fantasma de sus pesadillas no era el cadáver andante de Roberto Merino.

—Mi querida amiga —la saludó el hombre—. Yo quería jugar solo con usted y usted ha traído molestos compañeros que no estaban invitados a nuestra partida. He tenido que deshacerme de ellos.

Marina no podía responder. El miedo y la sorpresa atenazaban sus músculos. Quería decirle que sabía que la persona que le había enviado las memoras USB era la misma persona que le había encerrado en el baño y con un inhibidor de frecuencias había impedido que se comunicara con sus

compañeros. Ahora que lo tenía en frente y conocía cuál era su identidad, no podía reaccionar.

—¿Qué ocurre, cariño? ¿Te he asustado, nena?

Al oír como la llamaba «cariño» y «nena», sintió una punzada de indignación y odio que la hizo recobrar el control de sus actos.

—¡Tú estás muerto!

—¿Ya no me tratas de usted? Hay que ver como pierden el respeto por sus superiores los jóvenes de hoy en día.

—No mereces mi respeto. Nos has engañado a todos y, no contento con asesinar a doce personas, preparaste las cosas para culpar a otro.

—Roberto Merino era un infeliz. Desde donde esté, me estará dando las gracias por hacer que su muerte valiera más que su vida.

—¡Yo vi tu cadáver!

—Pues te aseguro que no soy ningún fantasma. Tú y los otros visteis lo que yo quise que vierais y creyeráis.

—Tus ropas...

—Mis ropas y mi firma fue lo único mío que encontrasteis. El cuerpo, como puedes ver, no era el mío. Recogí un borracho que se acercó a pedirme dinero. Era igual de alto que yo y su pelo bien cortado, podía asemejarse al mío. Lo subí al coche y lo hice entrar en las instalaciones por otra puerta. Controlando el sistema central desde mi terminal del sótano, podía hacer que todo el edificio funcionara como yo quisiera.

—Muy hábil —respondió la detective mientras pensaba en cómo salir la situación.

—Gracias. No fue difícil. Conseguí que con el alcohol se quedara dormido, le puse mis ropas y le corte un poco el pelo. Quemando sus harapos logre que todo se cubriera de llamas.

—Después solo tuviste que manipular el programa que controlaba los sistemas del edificio y salir de las instalaciones asegurándote de que nadie notara el incendio. Tuviste suerte, si hubiéramos analizado el cadáver

habríamos descubierto que no era el tuyo.

—¿Cómo? Las huellas y las facciones de la cara desaparecieron con el fuego. No hay ningún dentista que en su consulta tenga una ficha con los datos de la dentadura de Pedro Sanz. No hay familiares ni amigos que puedan identificar el cuerpo. No teníais forma de descubrir el engaño.

—¿Qué has conseguido con ello? —preguntó Marina intentando por una parte que sus compañeros tuvieran tiempo de llegar, y por otra, averiguar la historia.

—Vengarme. No sabes cómo ha crecido durante este tiempo mi odio hacia ellos.

—¿Ellos?

—Los doce miembros del foro.

—¡Doce! Entonces tú no eres...

—No. No soy Pedro Sanz. A él si lo conocía. Era un buen amigo que no supo apoyarme cuando lo necesite.

—¿También lo mataste?

—Claro, él fue el primero. Veras, cariño, es una larga historia.

—Tengo tiempo.

—Estoy seguro de eso, pero tus amigos pueden darse cuenta en cualquier momento de que no estás en el tren y regresar a buscarte. Será mejor que caminemos un poco.

## 38. CARIÑO

El hombre la agarró del brazo y le quitó su arma, indicándole que caminara hacia el bosquecillo más próximo. Tropezando a cada paso, Marina hizo lo que le decía no sin dificultad. El terrero era pedregoso y estaba cubierto de ramas secas que impedían avanzar con comodidad. Iban en silencio, escuchando los sonidos del bosque y sabiendo que cientos de diminutos ojos los observaban. Transcurridos diez minutos, llegaron a un pequeño claro iluminado tenuemente por las estrellas que aquella noche no estaban ocultas tras las nubes.

—De acuerdo. Aquí podemos seguir hablando un rato y después jugaremos.

—Quiero que me lo cuentes todo —respondió Marina sentándose en el reseco suelo aparentando serenidad.

—Desde un principio supe que eras como yo, una luchadora a la que no amilanaban las dificultades —afirmó el hombre mientras se sentaba junto a su prisionera—. Pedro y yo éramos amigos desde la época de la universidad. Los dos éramos personas solas en la vida y decidimos vivir juntos en una casa en las afueras de Lucero. Cuando terminamos nuestros estudios, pasamos un año largo y duro sin encontrar trabajo. Nos presentábamos a todas las pruebas de las que teníamos noticia y al final él consiguió entrar en una empresa como programador informático. Eso fue hace cuatro años. Con el primer dinero que ganó pusimos la conexión a internet; siempre habíamos deseado hacerlo, pero la falta de recursos nos lo había impedido. Una noche descubrimos el foro donde hablaban acerca de películas de terror. Era muy divertido y nos gustaba

pasar horas conectados a la red. Todo fue bien hasta que tuve que marcharme un mes a hacer unas pruebas para diferentes empresas en Basema.

—Todavía no me has dicho tu nombre.

—¡No me interrumpas! Entonces me llamaba Luis Calabria y como tal me registre en una pensión en la capital. Cuando regresé a Lucero sin haber logrado encontrar un trabajo adecuado a mis conocimientos, descubrí que las normas del foro habían cambiado. Ahora solo eran doce miembros. Pedro era uno de ellos y no querían admitir a nadie más. «Mi amigo» me aseguró que había hecho todo lo que había podido para guardar un sitio para mí, pero los otros no me querían. Alguno de ellos decía que YO era inestable. YO veía a «mi amigo» hablando con ellos en el foro por las noches, sin preocuparse por los que se habían quedado fuera. Pedro me había defraudado. Tenía trabajo, pagaba el alquiler de nuestra casa y además me había robado a mis amigos. Él lo tenía todo y YO no tenía nada. Él me había quitado mi vida. No era justo y, por tanto, decidí darle una lección.

—Y lo mataste.

—Fue muy sencillo, él confiaba en mí. ¡Iluso! No notó nada extraño en su comida. Se tomó el arsénico que le puse en ella sin darse cuenta. Después lo enterré en el jardín y coloqué un pozo falso encima de su tumba, rodeándolo con un macizo de flores —Luis Calabria hizo una pausa para que Marina asimilara la información y continuó su narración—. Solía trabajar en casa y sus compañeros en la oficina no eran siempre los mismos, eran personas contratadas temporalmente que al cabo de unos meses se marchaban. Durante un tiempo no acudí a la empresa y lo suplanté desde casa. Nadie parecía advertirlo así que me arriesgué y me hice pasar por él en los demás aspectos de su vida, incluido el foro. Ese grupo de prepotentes no se percató de la sustitución. Yo había observado a Pedro cuando hablaba con ellos e imité su estilo, adaptándolo poco a poco a mi manera de ser. Sin embargo, al cabo de unos meses, empecé a aburrirme de tanta ficción y tanta fantasía. Yo anhelaba algo más real y mi deseo de venganza regreso con fuerza.

—Entonces fue cuando planeaste los asesinatos.

—Sí. Quería dar a cada uno lo que se merecía, así que a través de la red y con ocasionales visitas a sus lugares de trabajo sin darme a conocer, averigüé todos los detalles de su cansina vida. Hace tiempo elaboré un programa que me permite comunicarme por teléfono sin moverme de casa, con cualquier ciudad del mundo, pareciendo que lo hago desde la ciudad que yo quiera, utilizando los numerosos satélites de comunicación que orbitan alrededor de la tierra.

—Y con él también puedes recibir en otra ciudad una llamada hecha a tu teléfono de Lucero.

—En efecto.

—Eso te permitía trasladarte a la ciudad donde tú quisieras asesinar y seguir recibiendo llamadas a tu casa con total normalidad.

—Engañé a mi jefe y a vosotros. Nunca sospechasteis que mis coartadas eran falsas.

—Solo una pregunta más. ¿Por qué les fuiste asesinando en ese orden y no en otro?

—Escribí en pequeños papeles sus nombres, los metí en un bote y los fui sacando de uno en uno. De esa manera obtuve un orden. Pero ahora se acabaron las preguntas. Es el momento de empezar a jugar.

Marina tragó saliva. Ya no sabía cómo prolongar la angustiada espera. Carlos y Arturo debían de haber notado su ausencia y estarían de camino hacia el apeadero. La dificultad residía en que la buscaran en ese bosquecillo en concreto y no en cualquier otro sitio. Respirando los que suponía que serían sus últimas bocanadas de aire en tranquilidad, miró al hombre que tenía ante sí.

—Cómo puedes ver la luna esta oculta por las nubes. Hoy hay luna llena y cuando se quiten las nubes ya sabes lo que va a ocurrir.

—¿Qué? —preguntó Marina intentando demostrar un valor que estaba lejos de sentir.



—Será el momento de los hombres lobo. Yo soy uno de ellos y cuando brille la luna me transformare y necesitare sangre fresca —respondió él riendo—. ¿Has visto «Lobo»?

Hasta ese instante se había preguntado si aquel hombre era un loco o simplemente era pura maldad lo que llenaba su ser. Aunque estaba convencida de que él no era ningún hombre lobo, sabía que cumpliría su promesa y al salir la luna buscaría su sangre.

—Tienes hasta entonces para intentar escapar, después te encontraré.

Marina decidió que no merecía la pena responder y se fue corriendo, internándose todavía más en el bosquecillo. Tenía que hallar algo con que defenderse e inmovilizar a su atacante mientras esperaba que sus amigos llegaran. Había intentado comunicarse con ellos; no obstante, debían de estar aún lejos de allí y no recibían su señal. No vio la raíz de un viejo roble que se tendía en su camino y tropezó con esta. Desde el suelo volvió la vista hacia la luna y con horror contempló como empezaba a asomar tras una nube que huía a otro lugar.

### 39. MI QUERIDA AMIGA

A su alrededor solo había ramas y palos que no harían más que un molesto chichón en la cabeza de su agresor. Necesitaban algo más contundente. Se puso de pie y continuó avanzando, buscando una casa o alguna carretera, donde pudiera haber alguien que la ayudara. Veía luces al fondo, pero estaban demasiado lejos del bosquecillo.

Asustada apreció como el contorno de los árboles y los matorrales se iba haciendo más nítido. No se debía a que sus ojos se estuvieran acostumbrando a la oscuridad, sino a que la luna llena actuaba como un foco iluminando su entorno.

Detrás de ella podía escuchar los terribles aullidos que aquel hombre emitía en su locura. Eran más crueles y siniestros que los que un animal fuera capaz de articular con su garganta. Con el eco que producía el bosque, se acentuaba la impresión de que aquel maligno ser estaba junto a Marina.

Mirando en torno suyo solo veía oscuridad y formas extrañas que no era capaz de definir. Ese no era su ambiente. En la ciudad se movía con agilidad y seguridad. Aunque estuviera en una zona que hasta entonces nunca hubiera visto, su intuición le indicaba donde estaban los escondrijos que debía buscar y por qué calles podía haber huido el delincuente al que perseguía. Ahora era diferente; ella era la presa.

La detective pensó que lo mejor sería buscar un lugar donde ocultarse y una vez que él hubiera pasado, alejándose lo suficiente del sitio donde ella estaba, salir corriendo hacia el apeadero. Así lo hizo escondiéndose detrás de un

arbusto y poniendo varias ramas sobre su cuerpo para evitar que él la pudiera ver. Estaba colocando la última rama cuando escuchó como los gritos se aproximaban. En pocos segundos lo tuvo a escasos centímetros de su escondite.

Acechando en la oscuridad como un gato salvaje, la buscaba lleno de furia y locura. En su mano derecha brillaba un puñal que con su fulgor hacia sombra al intenso resplandor de sus ojos. Estos estaban inyectados en sangre y reflejaban la locura interna de Luis Calabria, que ya no era capaz de permanecer más tiempo agazapada bajo la forma de su cuerpo, y luchaba por salir al exterior y destruir los escasos restos de lucidez que pudieran quedar en su cerebro.

Por la comisura de su boca escurrían regueros de baba que empapaban su ajada camisa. Su furia y su rabia unidas a las ramas de los árboles, que como si supieran lo que ocurría habían intentado detenerlo, habían destrozado sus ropas de marca y diseño exquisito, convirtiéndolas en harapos que apenas cubrían su cuerpo deforme, empapado por el sudor producido en su alocada carrera tras su presa.

Se paró en seco, husmeando el aire, queriendo detectar algún resto del perfume de Marina. El tiempo pasado en el bosque había hecho desaparecer los aromas de la ciudad, sustituyéndolos por la humedad del ambiente, la sequedad de la tierra y la sabia de los árboles. El propio cuerpo de la detective convulsionando por la angustia había segregado sustancia que habían hecho desaparecer la fresca fragancia de su perfume.

Luis Calabria observó el escenario que se tendía ante él. Aunque puso en el empeño sus cinco sentidos, no detectó a la presa que con tanto afán buscaba, y continuó su diabólica danza hacia el interior del bosquecillo. Marina esperó un par de minutos. Con sigilo se desprendió de las ramas que la cubrían, emprendiendo una alocada carrera en la dirección en la que ella creía que estaba el apeadero.

Siempre se había orientado bien, pero Marina era animal de ciudad y en el

bosque no era más que un cervatillo asustado que caminaba sin rumbo buscando una salida que no sabía si existía. Erró el camino, tomando el que le llevaba de forma directa hasta El Barranco del Olvido, lugar al que solo se acercaban las águilas y los buitres en busca de animales despeñados descompuestos por el paso del tiempo.

El hombre corría, saltaba y gritaba, sin notar los arañazos que las ramas que partía a su paso hacían en su piel. Detuvo su alocada carrera y respiró profundamente confirmando que se había equivocado de camino. Por allí no había huido su «querida amiga». Estaba resultando ser una gran adversaria que estimulaba su deseo de jugar. Nunca se había divertido tanto, en ninguno de sus anteriores asesinatos había contado con la participación de sus víctimas.

Sabía que ella no conseguiría salir de allí sola; él era la única persona en el mundo que conocía aquellos bosquecillos como la palma de su mano. No en vano aquellos parajes habían sido el escenario de su niñez, cuando era un niño solitario que se refugiaba en el hueco de un tronco a esperar que alguien se acordara de él y le buscara. Eso no ocurría nunca. Al cabo de tres o cuatro horas el hambre lo vencía y regresaba a casa de sus padres sin que nadie le hubiera echado en falta.

Cuando sus progenitores habían muerto el primer año que había estado en la universidad, arrollados por un tren al quedarse su coche atrapado entre los raíles, él tampoco los había echado en falta. Había regresado al pueblo, arreglado los papeles y vendido la casa prometiendo que no volvería jamás a aquel lugar que tan malos recuerdos le traía. Ahora estaba allí y, si todo salía como él esperaba, tendría un agradable recuerdo de un hecho pasado que rememorar.

Se dio la vuelta y en cinco minutos llegó al lugar donde Marina había estado oculta. Un destello captado por el rabillo del ojo llamó su atención, se aproximó y descubrió que era un botón metálico de la chaqueta con la que se protegía del frío la detective Altamirano. Después de todo no era tan lista como él pensaba. Un adversario a su altura nunca hubiera cometido semejante

fallo, solo por ello merecía morir sin piedad.

No le fue difícil detectar la dirección que su presa había tomado. Un rastro de ramas partidas y hojas aplastadas actuaba como flecha indicadora. Ese segundo fallo la llevaría sin que ella lo supiera directa hasta él. El Barranco del Olvido: allí tendría que detenerse y allí la atraparía. A diez metros de distancia divisó su chaqueta y sus pantalones. Estaba inclinada, observando la profundidad sin fondo que descendía a sus pies. Pronto tendría la oportunidad de contemplarla más cerca.

Como un cazador hambriento que se aproxima a su presa en silencio para no asustarla, el hombre se acercó a Marina procurando que sus pisadas no le delataran. Con saña y cólera clavó su puñal en el cuerpo de la detective, una, dos, tres y hasta trece veces, como el número de sus crímenes. Ciego de ira no se percató que con cada golpe el puñal se rompía, ya que lo que en realidad golpeaba era un astillado tronco que Marina había encontrado al borde del sendero que conducía al barranco. La providencia lo había colocado allí para que la ayudara a confundir y despistar a su perseguidor.

Mientras tanto la detective se había subido a un árbol y desde la seguridad del difícil acceso, observaba con terror la escena. En su angustia, no fue capaz de percibir las voces que, desde hacía unos minutos llenaban el bosquecillo y que, aproximándose a El Barranco del Olvido, la llamaban con desesperación.

—¡Asesino!, ¡suéltala! —ordenó Carlos apuntando con su revólver a aquella extraña figura que clavaba su puñal en el cuerpo inerte que suponía pertenecía a su amiga.

En esos momentos, Luis Calabria descubrió el engaño, al tocar con su mano el áspero tronco. Temblando y lleno de confusión, no escuchó a los policías que lo rodeaban encañonándole con sus armas. No podía creer lo que veían sus ojos. Ella lo había engañado a él. Aquello no era cierto, no estaba ocurriendo como él lo había planeado. La detective tenía que morir y después él echaría su cuerpo por el Barranco del Olvido, donde su «querida amiga» desaparecería para siempre, sin que nadie la buscara. Un mes más tarde,

conmemorando el trágico aniversario, acabaría con Carlos Tejedor y al mes siguiente Arturo Sánchez sería el blanco de su diana.

—No disparéis —gritó Marina descendiendo del árbol—. Estoy bien.

—¡Marina! —exclamaron Carlos y Arturo al unísono.

—¿Dónde estabais? Habéis tardado mucho.

La escena era surrealista. Marina cubría su cuerpo con una larga blusa que en otra época había sido blanca, pero que ahora estaba próxima a convertirse en camisa militar de camuflaje. Ante ellos tenían a Pedro Sanz convertido en una especie de diablo, medio desnudo cubierto por tiras de tela de las que era difícil averiguar su configuración anterior. Nada era lo que parecía.

—Es Pedro Sanz, nosotros vimos su cuerpo —dijo Carlos extrañado—. Yo lo identifiqué.

—En realidad, es Luis Calabria —explicó Marina—. Sanz era «su amigo» y lo mató.

Media hora después una ambulancia llevaba a Luis Calabria al hospital, maniatado con una camisa de fuerza. Marina envuelta en una manta dejaba que el enfermero diera los últimos puntos de sutura a una de sus heridas. Carlos y Arturo estaban ansiosos por oír toda la historia, pero antes tuvieron que contar a Marina cómo habían llegado hasta allí.

—Tres minutos después de salir del apeadero intentamos comunicarnos contigo, al no lograrlo fuimos a tu vagón y descubrimos tu ausencia y tu móvil cargándose —empezó a explicar Arturo—. Te habíamos visto bajar, pero nadie te había visto subir. Registramos el tren y, como no te encontrábamos, hicimos que se detuviera para bajarnos de él.

—Los otros policías continuaron hacia Basema —siguió Carlos—, y nosotros regresamos corriendo hasta la estación. Fueron siete kilómetros en los que el miedo nos atenazaba y solo nos permitía pensar que tal vez nos habíamos equivocado y tú estabas aún en el tren retenida en alguna parte por él.

—El jefe de estación nos dijo que te había visto ir hacia el bosquecillo con un hombre muy extraño. Mientras él pedía refuerzos, nosotros seguimos tu rastro encontrando tu dispositivo de escucha en un pequeño claro — interrumpió Arturo.

—No funcionaba y me impedía correr con comodidad, así que decidí quitármelo —aclaró Marina.

—Entonces Carlos oyó los aullidos y los gritos que emitía ese ser, y decidimos ir tras él. Cuando llegamos al barranco creíamos que ya era tarde.

—Para mí no, pero para trece personas si lo ha sido. Ahora lo único que podemos hacer por ellas es juzgarlo y enviarlo para siempre a la cárcel.

Luis Calabria fue condenado a cadena perpetua y recluido en la prisión de máxima seguridad de Basema. Aun hoy se desconoce cómo pudo cometer alguno de los crímenes atribuidos a su persona, puesto que él se ha negado a contarlo. La investigación se ha cerrado dejando muchos interrogantes abiertos que nunca tendrán respuesta.

Marina, Arturo y Carlos intentan olvidar la pesadilla.

Arturo dejó el cuerpo, pidiendo la jubilación anticipada para dedicarse al entero cuidado de su hija. Ahora ayuda a Isabel a recuperar la movilidad acompañándola diariamente al centro de rehabilitación para disminuidos físicos de Basema.

Carlos es el actual comisario jefe de Basema. A su cargo están todos los departamentos de la comisaría, después de que el antiguo comisario decidiera emplear el tiempo que el quedaba cazando con su amigo el juez.

Marina continúa siendo la brillante detective Altamirano de homicidios, pero ahora es la cabeza del departamento. A su espalda se pueden escuchar comentarios elogiando su valor y remarcando su testarudez. Aunque en todas las dependencias policiales hay ordenadores, en su despacho están desterrados ocupando un lugar preferente su fiel máquina de escribir.

## EPÍLOGO

Una cucaracha se escabulle por una grieta de la pared. No se oye nada en el vacío despacho del fiscal. Son las ocho de la mañana y el secretario no llegará hasta las nueve.

En otro lugar, lejos de allí, a más de sesenta kilómetros, un preso arrastra sus pies atados con cadenas, por la inmensa sala que hace las veces de biblioteca de la prisión. Él se encarga de controlar los préstamos de libros y para esto utiliza un ordenador pagado por los contribuyentes de la ciudad de Basema, y con el visto bueno del nuevo alcalde de la prisión.

Ese día tiene que hacer inventario y le ha pedido al guardia que lo vigila desde hace dos años que lo lleve una hora antes a la biblioteca. El guardia se ha quedado en la puerta conversando con otro compañero, mientras el preso ocupa su silla frente al ordenador.

Durante diez minutos escribe palabras y símbolos ilegibles en la pantalla hasta que encuentra lo que busca. En el despacho del fiscal se conecta un ordenador sin que nadie lo toque. Lo primero que aparece en la pantalla es un rotulo en el que se puede leer:

«CADENAS PERPETUAS»

Este deja paso a un menú en el que un puntero que se mueve solo selecciona la opción «Buscar». Surge una lista no muy larga de nombres y el puntero selecciona uno:



## «LUIS CALABRIA»

Ahora la pantalla se llena con una foto del reo y una serie de datos. El puntero se desplaza seleccionando una nueva opción, esta vez la elegida es «eliminar».

Un negro vacío ocupa el monitor. Unos segundos después, el ordenador se desconecta. El secretario todavía tardara media hora en llegar.

—¡Guardia!

—¿Qué quieres?

—Quiero llamar a mi abogado, tengo algo importante que decirle.

## AGRADECIMIENTOS

Para A.C., M.P. y M.J.

Para mis amigas de «Ya estamos todas».

Para mis chicas de DCA

Para mis compis de yoga

Sin su apoyo y constante cariño esta aventura no sería posible.

## NOTA DE LA AUTORA

Este libro es fruto de la imaginación de la autora. Ningún personaje o hecho se basan en la realidad.

Es la primera historia de la serie *Los casos de Marina Altamirano*. Sus novelas pueden ser leídas de forma independiente porque son conclusivas en sí mismas, pero la vida personal discurre de manera continua en estas, por lo que el lector que las lea en orden tendrá una mejor visión de sus personajes.

Espero, querido lector, que hayas disfrutado tanto leyendo la novela como yo escribiéndola. Te espero. Juntos descubriremos y resolveremos el siguiente caso de Marina.

PRÓXIMAMENTE:

LA CIUDAD OCULTA

(Los casos de Marina Altamirano Vol.2)

1

Pi, pi, pi.

El despertador sonó estridente y se unió a la canción de la mañana. Los tacones del médico del piso de arriba preparándose para ir a trabajar habían sido lo segundo que había oído Marina, después del entrecocar de cajas de refresco del repartidor de un bar cercano. Con los ojos abiertos, la puerta que arrastraba del piso de abajo había sido lo que una vez más la había hecho levantarse. Estaba en la ducha cuando había empezado a sonar la alarma del despertador que, como era habitual, se le había olvidado apagar. Pi, pi, pi, repetía insistente en la habitación vacía.

Estaba cepillándose el pelo cuando la oyó y corrió a desconectarla. Se disponía a volver al baño cuando un nuevo sonido irrumpió con exigencia en su rutina. Era su móvil que, con Sofía de Álvaro Soler, parecía haber despertado también. Sonrió mientras contestaba la llamada. Varias veces había sido objeto de miradas enfurecidas cuando su teléfono sonaba en el trabajo, pero no le importaba, la canción era la preferida de su sobrina Ana y no pensaba cambiarla. También era su favorita y cuando la oía apenas podía contener las ganas de ponerse a cantar y bailar. Sin embargo, al ver en el identificador de llamadas que era su compañero Pepón, las ganas de bailar

desaparecieron al instante.

—Buenos días —saludó Marina respondiendo a la llamada.

—Hola —contestó lacónico Pepón—. No vengas a la comisaria; te recojo en diez minutos en tu portal.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber Marina.

—Por el camino te lo explico.

Adiós a su desayuno. Terminó de vestirse y, cogiendo una madalena, bajó al portal a esperar a su compañero. Más valía que se la comiera antes de que él llegara o le volvería a dar la charla sobre los nutrientes y los conservantes que ya se sabía de memoria, pero de la que pasaba. Lo único bueno de sus nervios era que su metabolismo quemaba la grasa y el azúcar con voracidad. Por mucho que la reprendiera Pepón, no le iba a hacer caso. Era un buen tío, no tenía la misma complicidad que había tenido con Carlos, pero confiaba en él. Su aspecto parecía el del típico musculitos preocupado por el cuerpo, que pasaba las horas en el gimnasio. Ella sabía que no era así. Trabajador incansable, más de una vez oían en el silencio del despacho dar las campanas de las doce en la iglesia cercana, enfrascados en el caso que en ese momento tuvieran entre manos. Los fines de semana eran otra cosa, durante esos dos días solía irse a hacer alpinismo, montaña, piragüismo o cualquier otra actividad en la que la adrenalina estuviera presente. Ocasionalmente Marina le acompañaba para después desear tener otros dos días para descansar del fin de semana. Claro que cuando hacía de niñera de Ana y de Pilar, era casi peor. La pequeñaja de dos años era incansable, agotaba a sus padres y la agotaba a ella cada vez que se veían. Por no hablar de su hermana, que empezaba a dar síntomas de la intratable adolescente en la que se iba a convertir.

Marina seguía soltera, lejano ya el recuerdo de su exmarido Juan. Alguna vez había cedido a la tentación de salir a cenar con algún amigo de Carlos o de su mujer Teresa. Aunque casi todos eran buenos chicos, ninguno había despertado en ella el suficiente interés para repetir una cita. Desde luego el cuñado del amigo de la compañera de la mujer de Carlos de la clase de yoga

había resultado un bicho raro con su manía de mirar más sus pies que su cara. Teresa y ella se habían reído hasta la saciedad cuando se lo había contado. Ya era tarde para ceder en sus costumbres y adaptarse a las de otro. Mejor sola que mal acompañada. El ronco ronroneo del motor del coche con el que Pepón la recogía la sacó de su ensoñación.

—¿Eso que veo en tu cazadora es la miga de una madalena de las del supermercado? —le preguntó su compañero mientras se ponía el cinturón de seguridad.

—No, hombre, es una miga de los cereales de avena que he desayunado esta mañana.

—Mientes peor que el sospechoso de ayer. Huelo la grasa desde aquí.

—Era pequeñita, ni para un diente he tenido —rio Marina ante los ojos en blanco de su amigo—. Cuéntame qué ha pasado, quién ha muerto.

Tiempo atrás Marina había tenido como compañero a Carlos. Habían sido los últimos que tenían en cuenta en el departamento de Homicidios de Basema. Todo había cambiado cuando una serie de asesinatos en serie, en diversas ciudades del país, había llegado a sus manos fruto de la casualidad. Su momentáneo compañero de investigación, Arturo, había dejado el cuerpo y cuando a Carlos le habían ofrecido el puesto de comisario jefe en Salamanca, no había dudado en pedir el traslado también y seguir a sus amigos. Un cambio de ciudad les vendría bien a todos para olvidar los trágicos sucesos. Nadie, ni si quiera el interesado, sabía que el puesto primero le había sido ofrecido a Marina, quien lo había rechazado. No le gustaba el papeleo y la inactividad que llevaba asociado el cargo. No tenía la mano izquierda necesaria para saber satisfacer y calmar las demandas del concejal de turno o el rico empresario implicado en mayor o medida en el caso. Pepón se había convertido en su compañero por eliminación. Nadie del departamento quería trabajar con ella. Decían que no sabía dar fin a la jornada, que se implicaba demasiado en los casos y que sus teorías eran demasiado locas. Así que, cuando Pepón había pedido el traslado procedente de narcóticos hacía tres

años, habían terminado como compañeros.

—En realidad, no se sabe quién es la víctima, ni si hay varias. Solo han encontrado restos de sangre, pero hasta que los forenses no la analicen no sabremos si es de una o varias personas.

—¿Dónde la han encontrado?

—Ese es el misterio del caso. En el Hotel Casandra —respondió Pepón aparcando el coche junto al cordón policial que habían colocado entorno de este.

Era un precioso edificio de fachada neoclásica renacentista que hacía esquina en una de las calles más céntricas de Salamanca. Después de identificarse, entraron en el amplio hall recubierto de mármol granate, con sillones tapizados en beige y recargados cortinajes. Un policía les entregó los patucos de plástico y los guantes de látex con los que era obligatorio equiparse para intentar mantener la virginidad de la escena. Para sorpresa de Marina, Carlos estaba allí hablando con el jefe del equipo científico, del que se podía ver a varios de sus miembros con su habitual mono blanco. Con un levantamiento de ceja, les hizo una seña para que esperaran un momento.

—¿Qué hace Carlos aquí? —quiso saber Marina.

—Mira a tu alrededor —respondió Pepón misterioso—. ¿No ves nada raro?

—Salvo demasiada gente en la escena de un crimen y de que no veo sangre, no veo nada extraño.

—No vas desencaminada —afirmó su amigo divertido.

Carlos se acercó a ellos con cara de no haber dormido esa noche.

—¿Mala noche? —preguntó Marina.

—A Pili le están saliendo dos dientes. Cuando por fin dejó de llorar y se durmió, me llamaron de la comisaria.

—Pobrecilla —dijo Pepón.

—Puedes hacer de niño la noche que quieras —aseguró Carlos.

—No, yo...no...

—Tranquilo, era una broma. Este caso también lo parece.

—¿Pero qué es lo que ha pasado? —inquirió Marina mosqueada por tanto misterio.

—Anoche hubo tormenta, se levantó un viento muy fuerte. Una vecina del edificio de enfrente se despertó por el ruido de la persiana al agitarse con el aire. Cuando fue a asegurarse de que la persiana estaba bien cerrada, vio como las cortinas de varias habitaciones del hotel ondulaban por las ventanas y balcones abiertos del hotel. Decidió llamar a la recepción, pero nadie respondió al teléfono, así que llamó al 112.

—¿Por qué no contestaban al teléfono?

—No solo por eso, Marina, según la vecina cotilla, desde el domingo algunas de las ventanas y balcones han permanecido abiertos y las camas sin hacer. Tampoco ha visto a ninguna camarera limpiando.

—Puede ser que tengan poco personal. Si no tienen inquilinos, a lo mejor no limpian las habitaciones hasta que sea necesario —sugirió Marina.

—El caso es que una patrulla se acercó a ver qué ocurría. Se encontraron la puerta de la calle cerrada, les pareció raro y llamaron a los bomberos para que forzaran la puerta. Llovía con fuerza y era raro que hubieran dejado las ventanas abiertas si pensaban cerrar unos días, algo extraño porque empiezan los viajes del Inerso y siempre tienen alguna excursión.

—¿También lo sabéis por la vecina? —preguntó Marina divertida.

—No, por mis padres —respondió Carlos haciendo amago de una sonrisa—. No se pierden un viaje.

—Normal, si no les haces hacer de niños —replicó Pepón suspicaz.

—Ja, ja, mirad como me rio —dijo Carlos mosqueado, continuando con su relato—. Después de un par de intentos, los bomberos lograron entrar. Las luces estaban encendidas, una radio estaba puesta en la recepción, al mínimo volumen, seguramente con el fin de distraer las largas horas de la noche del recepcionista. Llamaron con insistencia, pero nadie respondía ni salía a recibirlos. Decidieron investigar un poco más y por todas partes veían lo mismo. Carritos con ropa de cama abandonados en los pasillos, puertas de



habitaciones abiertas sin ocupantes, pero con la ropa y las maletas en los armarios. Alguna televisión encendida, pero ninguna señal de vida. En el recodo que lleva a la cocina hallaron restos de sangre y, en una de las habitaciones, encima de la cama, una gran mancha, así que llamaron a la comisaria y a la hora los de la científica estaban aquí. Como el dueño es un hermano del concejal de deportes, decidieron que había que llamarme, y como sois mis mejores detectives os he avisado.

—Haré que me lo creo —replicó Marina. Sabía que aquello era una forma de decirles que no quería equivocaciones y que, como le estaban presionando desde arriba, necesitaba alguien de su confianza—. Te contaremos lo que averigüemos antes de ponerlo en el informe.

—Con eso me vale —asintió Carlos.

En la planta baja estaba el acceso a las cocinas, a los salones y a las oficinas de dirección. Por el resto de las habitaciones se distribuían las habitaciones de los huéspedes. Decidieron recorrer el hotel empezando por la parte superior e irían descendiendo. Cuando llegaban a la quinta planta en la que solo había cuatro habitaciones y una inmensa terraza, Marina sentía el corazón en la boca. Intentó contener los resoplidos para evitar los comentarios jocosos de Pepón sobre su baja forma física, pero fue inútil.

—Menos madalenas y más gimnasio.

—Estoy bien —replicó Marina con un hilo de voz.

—Veamos la terraza, así recuperas el aliento.

Tras pasaron las puertas de cristal y se encontraron en un bonito espacio, que en las noches de verano se convertía en un agradable rincón *chill out* desde el que contemplar el cielo estrellado. No obstante, estaban en otoño, así que las sillas y las mesas estaban plegadas en un rincón y tapadas con una lona al resguardo de la lluvia.

—¿Has venido alguna vez en verano? —preguntó Pepón.

—La verdad que no. Mi amiga Ana Cristina dice que se está bien tomando una copa. Un ambiente tranquilo y agradable. Mira esas ventanas, alguna será

la de la vecina que llamó al 112.

—Desde cualquiera de ellas pueden ver parte del hotel. Habrá que hablar con los vecinos.

—Esa otra casa está vacía. Solo hay que ver los grafitis de las ventanas.

—Y la cadena de la puerta del portal. Por ahí no ha entrado nadie en tiempo. Las otras casas están demasiado lejos. Con unos prismáticos quizás puedan ver algo, pero tal vez no hayan visto nada.

—No se pierde nada por preguntar a los vecinos.

—Veamos las habitaciones.

Habían cogido una llave maestra que colgaba de un carrito con ropa de cama y toallas, en un rincón del descansillo. Con ella entraron en las habitaciones. En las cuatro se encontraron con el mismo escenario, camas hechas, armarios vacíos a excepción de un par de almohadas y mantas. Tenían aspecto de no haber sido ocupadas en algunos días. El polvo se acumulaba en las superficies de las habitaciones.

—Aquí no ha dormido nadie en días —afirmó Pepón.

—Con la terraza no creo que las ocupen en verano, demasiado ruido. Y supongo que en el resto del año preferirán ocupar las habitaciones de las plantas inferiores, para comodidad de inquilinos y personal del hotel —añadió Marina.

Descendieron por las escaleras hasta la cuarta planta. En ella había veinte habitaciones de las que solo tres tenían las puertas abiertas. Entraron primero en ellas, las camas estaban deshechas, había ropa en los armarios y en las sillas, e incluso los móviles y algún portátil permanecían abandonados esperando a sus dueños.

—¿Quién deja el móvil hoy en día y se marcha sin él? —preguntó Marina señalando un móvil de última generación que descansaba en la mesilla junto a su cargador en la habitación 405.

—Aquí está la documentación de su dueño. Por lo que veo es un comercial de informática. Jaime Velasco. El portátil está sin batería. Diré a los técnicos

que lo carguen y vean que pueden averiguar.

—Por los papeles que hay junto al ordenador, lo que fuera que pasara, lo pilló trabajando. El móvil tiene batería, pero tiene contraseña. Veamos la siguiente.

Salieron al pasillo. El sonido de las puertas del ascensor al abrirse los sobresaltó en medio del sepulcral silencio, roto por las lejanas voces de sus compañeros en la planta baja, que se escuchaban débilmente por el hueco de las escaleras. Eran dos compañeros de la científica que, junto con un policía de uniforme, subían a recoger muestras en las habitaciones.

—Detective, esta es la lista de los huéspedes del hotel. La hemos encontrado en el ordenador de la recepción —explicó el policía.

—Gracias. La siguiente es la 412. Según esto es de un hombre llamado Juan Pérez que llegó el domingo al hotel. Por lo que veo, Jaime también llegó esa tarde.

—Aquí es donde hay algún resto de sangre en la moqueta, junto al baño, y una mancha de mayor tamaño en la cama —indicó una mujer de la científica.

—Se debía estar preparando para acostarse cuando algo interrumpió su rutina —conjeturó Marina.

—Por su equipaje y por su documentación parece un empresario ganadero. Habría venido a hacer algún negocio o al mercado de ganado del lunes —dijo Pepón rebuscando en los bolsillos de una americana que colgaba de una percha en el armario.

—Vamos a la otra habitación que nos queda por ver. Dejemos a la científica trabajar tranquilos.

Seguidos por el policía, que no podía disimular su curiosidad, se dirigieron a la tercera habitación de la planta con la puerta abierta. Era la 471 y, como corroboraron al registrarla, su ocupante era Tomás Beltrán, el feliz abuelo que, por lo que pudieron ver, había venido a conocer a su nieta recién nacida. En el móvil sin contraseña y sin conexión a internet pudieron ver fotos de la pequeña y del resto de la familia.

—Tiene varias llamadas perdidas de su hija, la madre de la pequeña, y mensajes de texto preguntando si había vuelto bien a su casa. Por lo que se ve, el domingo era su última noche en la ciudad —afirmó Pepón trasteando en el móvil que aún tenía un resto de batería que lo hacía funcionar.

—Llama a la comisaria y pregunta si ha habido alguna denuncia por desaparición en estos tres días. Tal vez haya más familiares inquietos por sus seres queridos que nos puedan dar una pista de lo que ha pasado —le pidió Marina a su compañero—. ¿Alguien ha registrado el resto de las habitaciones?

—No creo, detective —respondió el joven policía—. Han empezado por abajo y solo han echado un vistazo general por las plantas buscando alguna víctima.

—Vuelva abajo y hágase con otra llave maestra. Con algún compañero registren el resto de las habitaciones. Al menor incidió de lucha avisen a la científica.

Marina y Pepón decidieron echar un vistazo en un par de las habitaciones cerradas antes de bajar a la siguiente planta. En la primera que entraron el frío hacía que pareciera una nevera. Sin duda el fuerte viento había hecho que la puerta del balcón se abriera de par en par y las cortinas campaban hacia afuera a sus anchas. Pasaron a la siguiente habitación. Mientras Pepón registraba el baño, empezó a sentir un incipiente dolor de cabeza. La vista comenzó a nublársele, tambaleándose salió en busca de Marina. Era tarde, yacía inconsciente junto a la cama con el móvil en la mano en un vano intento de pedir ayuda.

Si te ha gustado

# Nadie es lo que parece

te recomendamos comenzar a leer

## A pesar de todo

de *Elizabeth Urian*



## PRÓLOGO

*Nueva York, junio de 1910.*

—¡Deja de llorar de una vez! —exclamó sulfurada Agatha, desde la otra punta de la habitación, a la que había sido la niña de sus ojos.

Rosemary Clarson, desorientada y perdida como no lo había estado en su vida, hizo un supremo esfuerzo por no molestar, pero estaba en contra de su naturaleza. Aun así, gimoteó en silencio, preguntándose qué había ocurrido para terminar encerrada en un mugroso cuartucho de Chinatown, sin un dólar, y con sus escasas pertenencias a cuestas. No tuvo que pensarlo demasiado; la razón estaba clara: todo era culpa de los Broderick. Esa insana familia solo les había ocasionado quebraderos de cabeza, sobre todo los dos hijos.

Debido a sus problemas financieros, su madre había tratado de casarse con Paul Broderick, pero los hijos se habían aliado para que fracasara con una serie de tretas rastreras y manipuladoras. Su madre decía que la culpa de todo la tenía Samantha, su hermana mayor, cuyo sentido del honor no acababa de entender, porque había ayudado a esos mequetrefes a desbaratar un plan meticulosamente trazado que habría encumbrado a las Clarson a la alta sociedad.

Al final, la muy tonta había conseguido lo mismo que ellas, quedarse sin nada; aunque al menos Rosemary seguía teniendo a su madre.

Desde que se marcharon de casa de los Broderick, habitaban en ese cubículo inmundo y apestoso perteneciente a la parte más decadente de la ciudad. Cómo lograba su progenitora pagarlo, no lo sabía, pero sospechaba que al salir a patadas de la casa de Paul, su madre se había llevado alguna cosa de valor que no le pertenecía.

La comida era escasa y el hambre empezaba a hacer mella en Rosemary, amén del hecho de tener prohibido salir fuera de esas deprimentes cuatro

paredes. Aunque, a decir verdad, no lo habría hecho aun sin esa orden, pues su belleza destacaba demasiado entre la gentuza que vivía y frecuentaba el lugar. Temía acabar violada y asesinada antes de conseguir dar la vuelta a la esquina oeste.

De todas formas, estar encerrada no encajaba con ella. Prefería salir a pasear con sus mejores vestidos y peinados para lucir su perfecto rostro y su maravillosa figura. Le encantaba ser admirada más que cualquier otra cosa en el mundo. Eso sin contar los lujos, su mayor debilidad. El placer que sentía al saberse deseada por hombres de toda clase y condición no podía compararse con nada más... O quizá sí. El gozo de paladear la envidia que las otras mujeres experimentaban al verla era un afrodisíaco poderoso. No había nada que ellas pudieran hacer para eclipsarla, por eso no lograba entender cómo a sus casi veinte años cumplidos se encontraba en la miseria. Ni tan siquiera tenía una horda de babosos hombres peleando por permanecer cinco minutos a su lado y anhelando en secreto convertirla en su esposa.

Poco tiempo antes había deseado a Hugh Broderick, siendo ella, por primera vez en su vida, la que perseguía y arrinconaba, pero en vano. Quizá las inclinaciones sexuales de ese hombre iban por otros derroteros. Sí, eso debía ser, pues por nada en el mundo habría podido resistirse a semejante asedio si fuera un hombre como Dios mandaba.

—Vuelvo enseguida —le avisó Agatha después de ponerse un sombrero escogido con sumo cuidado del baúl con sus escasas pertenencias—. Ya sabes... —La señaló amenazadoramente con el dedo.

—No salir —canturreó malhumorada por enésima vez.

Ya a solas meditó sobre su futuro y eso la llevó a pensar otra vez en su hermana. La cruda realidad era que ambas no se querían ni se respetaban desde su más tierna infancia. O al menos era así por su parte. Tal como le decía su madre, eso era debido a las malas decisiones que Samantha había tomado a lo largo de su vida. Quién sabía dónde podía encontrarse a esas alturas. Con toda seguridad había caído en lo más bajo y había terminado

vendiendo sus favores para sobrevivir. Al menos ella había tenido suerte. La confianza en los recursos de su madre para sacarlas de ese atolladero era absoluta. Bueno, acaso «absoluta» no era ya la palabra más acertada, sobre todo cuando descubrió el doble juego que se traía con Hugh Broderick, el hijo de su prometido, motivo por el cual fueron expulsadas de la casa.

Por supuesto, su madre se había explicado, pero por primera vez en su vida no creyó nada de lo que salió de su boca.

Rosemary se levantó de la cama y miró a la calle a través de la mugrienta ventana. Echaba de menos con desesperación el lujo, la ropa cara y bonita, las fiestas y ser el centro de atención. Por eso era indispensable encontrar un buen partido; y pronto. Conseguir ser la esposa de un acaudalado y poderoso hombre le traería toda la suerte del mundo y eso la llevaría a la felicidad definitiva.

Una hora más tarde, su madre volvió al cuchitril en un estado de ansiedad poco frecuente en ella.

—Ya está —dijo nada más entrar—. Lo he conseguido. —Empezó a sacar vestidos del baúl mientras iba descartándolos uno a uno—. Este sí, este no... —iba murmurando.

—Mamá, ¿qué ocurre?

—He encontrado la manera de marcharnos de este infierno —repuso ella—. Tengo al hombre perfecto.

—¿Tan deprisa? No importa. Ahora es indispensable dejarte preciosa.

—No lo entiendes. —La observó con atención y creyó ver en el fondo de su mirada un atisbo de oscuridad que no alcanzó a definir—. No voy a ser yo la que nos saque de este aprieto, serás tú, así que empieza a arreglarte porque el chófer no tardará en venir a por ti.

—No lo entiendo —manifestó sorprendida—. ¿Acaso mi futuro marido quiere conocerme, llevarme a la ópera?

—Sé una buena hija y no hagas preguntas estúpidas. Sí —levantó el vestido—, este es el adecuado.



Se trataba de uno de sus antiguos vestidos preferidos, uno que ya hacía tiempo que no lucía debido al nuevo guardarropa que habían comprado a costa de Paul Broderick. Era de cachemira verde, en talle alto y con una amplia faja drapeada de crepé de seda en el mismo color pero en un tono más claro, a juego con sus ojos. Lo que más personalidad daba al vestido era las mangas de murciélago con puños largos que resaltaban sus estilizados brazos.

—Empezaré con el recogido.

Rosemary pensó que con uno sencillo quedaría espectacular.

—No. —Agatha fue contundente—. Déjalo suelto.

—¿Suelto? —Eso solo lo hacían las mujeres descaradas y coquetas.

—Bueno... utiliza las hebras de los lados para enlazarlo por detrás a media altura —rectificó al ver su expresión escandalizada.

—Pero... —balbuceó.

—¡Obedece!

Rosemary hizo lo que le pidió, pero su estado de ánimo estaba cerca del llanto. Su madre nunca le había hablado de esa forma y, por primera vez, pensó si así se había sentido Samantha cada vez que su madre se dirigía a ella.

A las once en punto llamaron a la puerta.

—Abajo las esperan. —La amortiguada voz del dudoso casero les informó que debían darse prisa.

Agatha apenas retocó la ropa y el peinado de su hija, contemplándola con aire crítico. A continuación la tomó del brazo.

—Recuerda: haz todo lo que te digan y mañana habremos abandonado la miseria.

Abrió la puerta y bajaron a la calle, donde un automóvil negro y reluciente aguardaba.

El conductor salió de él y abrió la puerta de atrás, esperando. Rosemary entró en él con una sensación en la boca del estómago que le decía que eso no estaba bien.

—Mamá, creo que deberíamos hablarlo.

Esta se acercó.

—¡Has de hacer lo mejor para ambas, así que no me decepciones! Sonríe, muéstrate dulce, sumisa y todo irá bien. Ese hombre es nuestra salvación así que, te pida lo que te pida y haga lo que haga, obedecerás. ¿Me has entendido?

En realidad no lo hacía, pero se tragó sus dudas y asintió.

El viaje hacia unas de las mansiones de la Quinta Avenida le hizo perder la poca seguridad que le quedaba y de la que tanto se enorgullecía. ¿Cómo había conseguido su madre un hombre de esa categoría? Una vez dentro de la casa, quedó abrumada por el lujo y la opulencia y pensó que tal vez sí le gustaría estar casada con ese hombre por feo que fuera; porque sospechaba que el misterio radicaba en eso: debía ser tan horroroso que no encontraba mujer alguna que quisiera desposarse con él. Pero claro, ella no tenía tantos prejuicios; esa inmensa fortuna lo supliría todo.

—Ah, tan hermosa que quita el aliento, tal como me dijo que sería.

La entrada del hombre que hizo aquel comentario sobre sí misma no correspondía a lo que acababa de imaginar. Ni era viejo, ni feo, ni nada. Si bien no era guapo, su aura de poder atraería a la más cándida.

—Pasemos al salón, Rosemary. —El tuteo debería haberla alertado, pero su imaginación codiciosa ya volaba—. Permíteme ofrecerte una bebida antes de dedicarnos a cosas más placenteras.

Mientras tomaba una copa que le había ofrecido un sirviente, tomó asiento en un mullido y precioso sofá. Cuando estuvieron solos, él se acomodó a su lado, tan cerca que, no por primera vez, la hizo sentir incómoda.

—Creo que no nos han presentado —afirmó ella en un tono encantador.

—¿Y qué importancia tiene eso? Nuestros nombres sobran cuando el deseo se asoma.

«¿Eso ha sido un intento de resultar poético?», se preguntó Rosemary, confundida. Si no fuera porque podía sacarla de la situación en la que se encontraba, se hubiera burlado de su patetismo, aunque solo fuera por el cariz personal que ese hombre le daba a la conversación.

—Pero es más adecuado si se quiere mantener una conversación decente — aseguró ella, tratando de buscar el mejor modo de detener su inesperada caricia por el antebrazo sin llegar a ofenderle.

—¿Conversación? ¿Decente? —El caballero rio de buen grado—. Lo que tú y yo vamos a hacer en breve no la requiere para nada. —Levantó el bajo de su vestido con tanta rapidez que Rosemary se quedó paralizada—. Ahora lo que quiero es una muestra de lo que gozaré después.

—¡Suélteme, maldito patán! —Se levantó, adecentándose lo mejor que pudo—. Eso no lo tendrá hasta después de la boda.

—¿Boda? —Se dijo a sí misma que si reía más fuerte acabaría por golpearlo—. Eso sí que resulta gracioso. Preciosa, yo solo pago por la mercancía que me han ofrecido: un cuerpo puro e intacto. No me casaría con una zorra como tú ni por todo el oro del mundo. —El hombre ignoró la exclamación ofendida de ella—. Es lo que acordé con la señora Clarson y solo eso tendrás.

—¿Mi madre... —titubeó al decirlo— le vendió mi inocencia?

—Eso parece. —Lo vio levantarse, mas se detuvo cuando ella empalideció, asustada—. Ahora me doy cuenta de que no sabías nada. Al contrario de lo que puedas creer, no soy un violador, por eso pago en extremo generoso por una pieza de ese valor. No voy a forzarte, niña. —Esa vez, el tono era de desagrado—. Así que, si no quieres mantener el acuerdo, puedes recoger tus cosas y marcharte.

Rosemary no perdió el tiempo, pero antes de salir hizo una última pregunta; solo por curiosidad.

—¿Cuánto ofreció pagar?

\*\*\*

Deambulando por las calles de Nueva York, se resistía a aceptar que su mundo estuviera patas arriba. Había pasado de ser una admirada y querida hija a una mercancía que se valoraba en dólares. Con el dinero que ese

hombre le había ofrecido a su madre por su virginidad, podrían haber tenido de nuevo una casa y montones de lujos, pero la realidad se había impuesto como la más dura de las verdades; y la más difícil de asumir: Agatha Clarson no respetaba nada ni a nadie con tal de lograr sus propósitos, aunque tuviera que vender a su adorada hija menor al mejor postor.

Y ella que había despreciado a Samantha...

Lo único seguro era que no pensaba volver con ella, así que debía decidir con rapidez qué hacer, pues no tenía nada de valor excepto su belleza y ese vestido elegante. Debía atrapar a un hombre de inmediato, no como amante, sino como esposo.

El cómo era lo que más la preocupaba.

Unos pocos metros más adelante, en la misma Quinta Avenida, cruzó la plaza, se apoyó contra la verja de acero de la mansión de los Vanderbilt y contempló el edificio con envidia. En aquellos instantes su futuro no parecía nada prometedor. Por mucho que lo deseara nunca podría encontrarse al nivel de aquella familia.

Ni siquiera sabía dónde dormiría esa noche.

Abatida, Rosemary volteó el rostro y enfocó su atención en el Hotel Plaza, donde parecía estar celebrándose un evento. Prueba de ello era la multitud de personas elegantes que se amontonaban en la entrada del hotel. Entonces lo supo; debía colarse en la fiesta en busca de un hombre lo bastante estúpido como para dejarse embaucar por su belleza. Luego ya conseguiría un anillo en el dedo, costase lo que costase.

Como no tenía invitación, se cogió del brazo de un venerable anciano que estaba a punto de entrar. Este se sintió tan sorprendido que, embobado por su belleza y juventud, la pasó con él cuando entregó la tarjeta.

Rosemary nunca había estado en el Plaza desde que abrió sus puertas hacia ya casi tres años, pero era a todas luces elegante con sus techos altos y decorados, con arcadas adornadas, pilares y suelos de mármol. Las arañas en el techo eran tan preciosas que se prometió que, algún día, ella tendría una.

Entraron en una antesala decorada con espejos. Rosemary desvió los ojos hacia uno de ellos para cerciorarse de su aspecto: quizás no inmejorable, pero sí más perfecta de lo que ninguna otra lo estaría.

Al otro lado de unas puertas acristaladas abiertas se oía una música suave amortiguada por las conversaciones. Con una de sus mejores sonrisas de disculpa, se soltó del brazo del hombre y se adentró en la enorme sala cubierta por alfombras que hubieran hecho llorar a su madre por su belleza e indiscutible calidad. Intentando no pensar en ella en ese momento, dio un rápido repaso a los asistentes. Enseguida diferenció a dos grupos bastante visibles. El primero —y el menos numeroso— ejemplificaba una clase acomodada y de cierto estatus. Sus mujeres vestían joyas preciosas sin pudor, complementando así unos vestidos a los que no conseguía acceder cualquiera, y mucho menos lucir. Los vástagos pululaban alrededor como una réplica exacta de sus progenitores. La mayoría restante eran hombres de cierta edad con trajes de buena calidad pero sin ser demasiado vistosa, lo que sugería una recepción entre abogados o banqueros y sus adinerados e importantes clientes. El segundo grupo —que venía a ser la mayoría—, estaban casados. Lo indicaban también las mujeres que permanecían a su lado —y que ya habían abandonado la juventud— o algunas otras que hablaban en pequeños grupos sin dejar de seguirles con la mirada. Ellas vestían con elegancia, pero sin el refinamiento de las otras. No parecía importarles.

Sin sentirse desalentada se centró en los posibles solteros. No todos optaban por el matrimonio, así que era cuestión de saber escoger. Tampoco iba a mostrarse demasiado selectiva. Su apuro era real y requería medidas desesperadas. Imaginaba que no le costaría encontrar entre todos ellos a uno que rondara los cuarenta y pocos; lo bastante mayor como para quedar impresionado, pero no lo suficiente como para que ella no pudiera conducirlo hasta donde quería. Y, aunque prefería de lejos al grupo de clientes, sabía que no tenía el tiempo necesario para ello. Un banquero le servía igual si eso la sacaba de la miseria.

Después de unas vueltas y ciertas miradas poco disimuladas por ambos sexos, supo que debía decidirse. Y entonces lo vio. O quizá era mejor decir que se vieron. Destacaba en todos los sentidos y se sorprendió de no haberse percatado antes de su presencia. Como mucho, era de los más jóvenes de todos los presentes, pero no solo eso: era su sonrisa, que parecía destacar entre tanta formalidad. Al hombre no parecía importarle mostrarla mientras hablaba con un grupo al tiempo que no cejaba de mirarla. También estaba el atisbo de barba de su mentón, detalle nada habitual entre los hombres que solían rondarla. La moda era lucir un cuidado bigote o ausencia de vello facial.

Se sintió conmocionada y no supo por qué. Había conocido hombres más apuestos o interesantes, pero este le interesaba en especial. Para disimular, dio un rodeo sin perderlo de vista. Intentó ocultar su interés paseando con lentitud o centrándose más de lo debido en los canapés que los camareros del hotel servían en bandejas cubiertas por paños de hilo blanco. De tanto en tanto le echaba leves miradas intentando decidir cuál debía ser su siguiente movimiento.

No tuvo que esperar demasiado, ya que este abandonó el grupo de repente dirigiéndose a su encuentro, no cabía duda.

«Ya lo tienes. Tranquilízate y sé inteligente».

El saludo inicial fue parco, pero en cuanto sonrió, Rosemary se vio impelida a hacer lo mismo. Bien, no sería un problema. Siempre le habían dicho que tenía una sonrisa preciosa que no mostraba con asiduidad. Si eso conseguía engatusarlo, bienvenida fuera.

—No he podido evitar admirarla a distancia, por lo que no he tenido más remedio que venir a presentarme, aunque sea una grosería hacerlo. Soy Justin Dickens.

—Y yo Rosemary. —Se reservó el apellido. No era necesario que lo supiera—. Pero descuide, no se lo contaré a nadie, lo prometo. Será nuestro pequeño secreto.

Rosemary mostró su voz más dulce cuando comprobó que el corte de la tela de su traje era de buena calidad, lo que podía convertirlo en un buen partido. Trató de centrarse en él en lugar de en sus ojos, de un magnífico e impresionante azul que la desconcertaban lo suficiente como para terminar por decir tonterías.

—Que así sea —soltó él después de guiñarle un ojo que, en otras circunstancias, Rosemary hubiera considerado fuera de tono y donde hubiera mostrado todo su rechazo—. ¿Sería demasiado osado por mi parte acompañarla a por algo de beber?

—Puedo ir sola, no tiene por qué molestarse. —De hecho, todo parecía demasiado fácil. Manipular a ese hombre no resultaría complicado.

—Insisto.

—En ese caso, será un placer contar con su compañía.

Se dejó llevar hacia el otro extremo de la sala, donde su acompañante le entregó una copa de cristal sin defecto alguno llena de un burbujeante vino que nunca había probado y que le encantó.

—Es delicioso.

—No tanto como usted.

Rosemary se sobresaltó ante el descarado galanteo. En solo una frase, el joven le había mostrado todas sus cartas, lo cual era un error. Solía sucederles a quienes la conocían, pues se dejaban cegar por el brillo de su belleza. Sin embargo, no imaginaba que sería tan rápido. El hombre tenía mucho que aprender.

—Por favor, deténgase. Va a conseguir avergonzarme. —Si hubiera podido, se hubiera ruborizado, pero era incapaz de hacerlo.

—Lo siento, no era mi intención incomodarla. Me limitaba a dejar patente mi admiración.

Y eso, por supuesto, era lo que buscaba de él, lo cual sería su perdición. Nunca había sentido remordimientos por utilizar su apariencia y esa no iba a ser la primera vez, aunque el hombre consiguiera hacerle sentir un calor en el

vientre acompañado de cosquilleos.

«La consecuencia de la incerteza», se aseguró.

—No tiene nada de lo que disculparse. No estoy acostumbrada a los halagos, eso es todo.

Supo que había cometido un error en cuanto vio su cara de incredulidad. Se había extralimitado en su papel de mujer modesta.

—Me cuesta creerlo. Estoy seguro que media sala me ha visto con usted y me han mirado con envidia.

Eso podía confirmarlo. Aunque estuvieran casados, los hombres no podían evitarlo. Siempre era igual. Esta vez no iba a ser diferente.

—Es usted demasiado amable. La verdad es que no suelo participar demasiado en eventos sociales. Prefiero la intimidad que me ofrece mi hogar o un círculo reducido de amistades.

—Entonces estamos ante una ocasión especial.

—Mis padres han insistido. —Dio a modo de respuesta. Rosemary quería dejarlo ahí. Entrar en detalles era demasiado arriesgado.

Él la miró de hito en hito y temió haber dado un paso en falso, pero cuando esbozó una sonrisa radiante, supo que el peligro había pasado.

Durante más de una hora tejió una red cuidadosa. Mostró interés por lo que le explicaba y reía cuando debía hacerlo. Lo curioso del caso es que se encontró disfrutando de su compañía y todo le salía de forma natural. Él le confirmó que practicaba la abogacía siguiendo los pasos de su tío y que le apasionaba lo que hacía. También que era el único hijo en una familia donde las mujeres dominaban, que le gustaba pasar parte de los veranos cerca del mar y lo más importante: era soltero y vivía solo. Por su parte mintió, esquivó e inventó como parte de ese personaje que estaba pretendiendo ser. Su único objetivo era conseguir encandilarle por completo. Cuando consiguiera que la invitara a dar un paseo y estuvieran a solas, debía lograr que le pidiera permiso para cortejarla —y estaba segura que no sería demasiado difícil visto el descarado entusiasmo que mostraba— y tener la oportunidad de besarlo.



Sabía por experiencia que, cuando el deseo hacía acto de presencia, las personas se regían por cualquier parte de la anatomía menos por el cerebro. ¿Acaso no le había sucedido con Hugh?

Una vez sucediera lo que ella había planeado, admitiría que no era quien había dicho y le contaría una sarta de patrañas a modo de triste historia que acabaría por conmovirlo. No dudaba que le ofrecería su hogar. Una vez instalada, Justin Dickens no tendría la más mínima posibilidad. Rosemary se las ingeniaría para encontrar una opción mejor o conseguiría un anillo en el dedo en un tiempo récord. Ser la esposa de un apuesto, inteligente y sonriente abogado no era su meta en la vida, pero no podía quejarse.

Le dirigió una sonrisa alentadora desde donde estaba. Él había ido a servirle otra bebida. Barriendo la mirada por la sala se percató de un grupo de personas que no dejaba de gesticular y mirarla. Entre ellos se encontraba el hombre mayor con el que había fingido entrar. Al verle mover la cabeza entró en pánico.

«¡Es demasiado pronto!».

Dudaba que su recién estrenada conquista mintiera diciendo que era su acompañante. Su farsa se desmontaría antes de tiempo. Debía salir de allí.

Se alejó de ellos a paso relajado, justo por el perímetro externo de la sala. Su intención era escabullirse por la puerta más oriental, así que vio cómo el abogado se dirigía a ella, extrañado por su comportamiento. Lo ignoró y aceleró el paso, pero los hombres que la habían estado observando la perseguían con claras intenciones. Ya casi había llegado a la puerta cuando fue detenida.

—Espere un segundo, señorita.

La tomaron del brazo, impidiéndole seguir.

—¿Qué sucede? —preguntó con el tono más digno que pudo reunir—. Iba a refrescarme un poco.

—Estooo... —los escuchó murmurar—. Le agradeceríamos que nos señalara quiénes son sus acompañantes.

—¿Y por qué tendría que hacerlo, caballeros? Es de muy mala educación acosar de este modo a una dama. —El pánico comenzaba a invadirla y ya habían llamado la atención de algunos de los invitados.

—Mire, señorita —dijo el otro—, si ha entrado sin invitación tendremos...

—¿Hay algún problema? —Les interrumpió un hombre que se había acercado. Todos lo miraron. No era joven, pero tampoco se podría decir que fuera viejo; y sin duda, nada fuera de lo común exceptuando ese aura de poder y autoridad que se reconoce en un hombre que ostenta un cargo importante.

—¡Senador! —Los otros se sobresaltaron—. No se preocupe, nosotros nos encargamos de todo.

Rosemary calibró la situación de forma veloz y se arriesgó.

—Él es mi acompañante —afirmó, contundente, mientras le dirigía una mirada significativa.

Por el rabillo del ojo vio acercarse a Justin Dickens y percibió su sorpresa ante la confesión. Determinó ignorarlo.

En cuanto al resto, esperaban la reacción del senador.

—Sí, por supuesto que lo soy, querida.

La respuesta la inundó de alivio y esbozó una sonrisa radiante y satisfecha. Se acercó a él y dejó que su mano tocara el antebrazo masculino en un gesto que no dejaba lugar a dudas de la naturaleza de su unión.

Con los rostros encarnados, se apresuraron a deshacerse en disculpas y se alejaron. Mientras tanto, el abogado no apartó la vista y ella se obligó a sostenerla. No había dudas y él había entendido la situación, lo que se tradujo en una mueca involuntaria. Le dio la espalda evidenciando su desprecio.

«¿Y qué creías, querido? El mundo es así de injusto».

Rosemary no podía darse el lujo de despreciar a un senador, aunque había comprendido, quizá demasiado tarde, que el interés que había despertado en el abogado hubiera conseguido sacarla del apuro. No obstante, estaba claro con cuál de los dos salía ganando.

—Supongo que, dadas las circunstancias, tendríamos que presentarnos —

dijo el senador una vez se quedaron a solas.

—Rosemary —contestó ella—. Rosemary a secas.

—Pues bien «Rosemary a secas», mejor acompañeme a tomar un refrigerio y así tendrá la oportunidad de contarme más sobre usted.

Modificó su historia en una invención detrás de otra, pero estaba segura de que ese hombre, al contrario que Justin Dickens, no creía ni una. Se presentó como Charles Conover, senador en Washington por el Estado de Nueva York, que se encontraba en la ciudad por motivos de trabajo. Le explicó que desde que ostentaba el cargo solía vivir en la capital de la nación y que había asistido a la recepción porque tenía amigos en ese grupo.

Al mismo tiempo que hablaba, Rosemary se sintió observada y valorada, pero ella hizo otro tanto. Estaba segura de que el hombre no estaba casado y eso era una oportunidad que no podía dejar pasar. El senador era justo lo que había estado buscando, pero sospechaba que no sería tan fácil de manipular como los demás petimetres que siempre la rondaban. El hombre exudaba tanta seguridad y contención que, en cierta manera, se sentía un poco intimidada. Sin embargo, su optimismo y seguridad innatos hicieron acto de presencia y se dijo que, al fin y al cabo, era un hombre. No había ninguno capaz de resistírsele.

«¿Ni siquiera Hugh?».

Poco dispuesta a seguir esos derroteros, inspeccionó la sala con disimulo. Cuando se dio cuenta de a quién buscaba se dio un golpe mental. Seguro que había roto el corazón del pobre abogado y se había marchado de inmediato a lamerse las heridas.

Cuando el senador determinó que la velada había terminado para él, Rosemary dejó de lado el ligero coqueteo. No supo muy bien cómo sobrellevar su propuesta de llevarla de vuelta a casa, pero era inconcebible permanecer en la recepción sin él. Como era de esperar, se limitó a dar una dirección falsa y se despidió como una tonta hasta que el transporte desapareció calle abajo. Las apariencias lo eran todo, pero había perdido una

oportunidad de oro sin saber cómo. Todo había sido demasiado inesperado.

«Debería haberlo previsto en lugar de perder el tiempo buscando con la mirada al abogado».

Caminar sola por la calle a esas altas horas de la noche no era lo que había imaginado para el final de la velada. Hacerlo le daba miedo, aunque más inquietud le producía tener que verse obligada a volver al cuartucho donde su madre la esperaba. Sin embargo, sin dinero, ¿qué otra opción le quedaba?

Al girar una esquina, unas manzanas más adelante, se topó con el automóvil del senador.

—¿Quiere subir? —le dijo él a través de la ventana. Como era evidente que su farsa no había dado resultado, lo hizo—. Voy a hacerle una pregunta importante —empezó él—. ¿Cuántos amantes ha tenido?

Rosemary se ofendió, aunque logró esconderlo.

—Creo, señor Conover, que está fuera de lugar. Soy una dama respetable, de buena familia y con una impecable educación. Su pregunta me resulta ofensiva dado que ningún hombre me ha tocado jamás.

—Puede que sí —concedió el senador, especulativo—. Ahora déjeme decirle qué haremos a continuación. La acomodaré en un modesto hotel mientras hago unas averiguaciones. En un par de días, si todo resulta como espero, llegaremos a un acuerdo satisfactorio para ambos.

Se sentía un poco mareada por la rapidez de los acontecimientos y casi estuvo a punto de rechazar el ofrecimiento, pues estaba segura de que hacía referencia a convertirla en su amante. No obstante, aprendió de su error y prefirió negarse más adelante, cuando él lo expusiera. Mientras tanto, se aprovecharía de su generosidad y buscaría posibles salidas.

Así que, tres días más tarde, volvió a verle.

—Voy a ofrecerle un trato —anunció él nada más entrar en la habitación del hotel en la que se había alojado esos días—. Si le parece bien, tengo la firme intención de convertirla en mi esposa.

—¿A cambio de qué? —respondió con una expresión parecida al

aburrimento, aunque por dentro estaba sorprendida por el ofrecimiento y bullendo de excitación.

—De su inocencia, por supuesto. —Sus labios formaron un amago de sonrisa imposible de descifrar—. Nunca me he casado porque no lo creí necesario, pero en el último tiempo me he visto en la necesidad, por cosas que no vienen al caso, de cambiar este hecho. Por eso necesito encontrar una mujer cuya reputación esté libre de toda duda. La he investigado, enterándome de algunos asuntillos en cierto modo reprochables, pero no he encontrado prueba alguna de un paso en falso.

—No lo encontrará porque no lo hay —repuso muy digna. Solo de pensar en lo que podría llegar a ser como esposa de ese hombre se mareaba.

«Mamá, tú ni siquiera lo habrías soñado».

—Bueno, en cuanto a eso pretendo que firme un documento que puntualice que, si encuentro pruebas de lo contrario, el matrimonio quedaría disuelto *ipso facto*, sin posibilidad alguna de compensación por su parte.

—Estoy de acuerdo. —¿Cómo no iba a estarlo si sabía con seguridad que eso no iba a suceder? Nunca se había alegrado más de seguir el sacrosanto consejo de su madre: guardar la virginidad hasta encontrar la gallina de los huevos de oro.

—Además —continuó como si no hubiera hablado—, firmará otro contrato aceptando lo que se exigirá de usted como mi esposa; y que, si falla, el resultado será el mismo que lo dispuesto antes. ¿Acepta?

Rosemary era joven, pero no tonta, así que tenía una clara idea de lo que el senador quería de ella: educación, belleza y saber estar. Podía darlo a cambio del poder y el lujo que se merecía. Si jugaba bien sus cartas, lo tendría comiendo de su mano en poco tiempo y su vida nunca volvería a ser la misma.

—Acepto.

**«Una sombra se desliza con sigilo por el largo pasillo de la segunda planta. Todavía se puede escuchar el eco de un grito que se apaga en la negra noche sin luna. Las estrellas están ocultas tras las nubes, negándose a iluminar el sangriento escenario. La ciudad duerme. Los insomnes que velan su sueño ocupan su vigilia con libros y revistas, acurrucados en un sillón. A lo lejos, el silbato de un tren anunciando su llegada a la estación rompe el silencio de las calles vacías, que esperan el nuevo día para volver a la vida. Pero alguien no estará allí para verlo.»»**



Marina y Carlos son una pareja de detectives de homicidios a los que sus compañeros y sus superiores no tienen en muy alta estima. Los casos que llegan a su mesa, son los que nadie quiere, los que quitan tiempo e impiden ascender en el escalafón. Pero eso cambia un día, cuando por casualidad deben investigar un asesinato en apariencia sencillo.

A la primera muerte le siguen otra sembrando de terror y de confusión a la sociedad. Será Marina la que con su ingenio logre unir las muertes y encontrar la pieza del puzle que será la clave para encontrar al asesino.

Una historia trepidante, que el lector no podrá dejar de leer, y que pondrá a prueba sus dotes detectivescas.

**Mar P. Zabala** nació en Salamanca, ciudad donde se crió y realizó sus estudios. Licenciada en Ciencias Físicas actualmente compagina su trabajo como profesora con la escritura. Aficionada a la literatura, el cine, el teatro y de las buenas series su imaginación trabaja sin parar. En junio de 2016 publicó su primer cuento infantil *Buky* al que le siguió en diciembre de 2016 *María y la tienda de Antigüedades*. En enero de 2017 publicó su primera novela de misterio *Dos calles más abajo*, y en julio llegaría *Pasado Imperfecto* su segunda incursión en el género.

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2018, Mar P. Zabala

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-014-1

Composición digital: Plataforma de conversión digital

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



## Índice

NADIE ES LO QUE PARECE

1. SOMBRAS

2. MARINA ALTAMIRANO

3. CUATRO DE SEPTIEMBRE

4. MARÍA SANTOS

5. UNO Y UNO: DOS

6. BUSCANDO PISTAS

7. VEINTE DE SEPTIEMBRE

8. CULPABLE

9. VEINTISÉIS DE SEPTIEMBRE

10. VEINTE DE NOVIEMBRE

11. EN LA CÁRCEL

12. OLVIDO

13. DOCE DE FEBRERO

14. VACACIONES

15. TENGO MIEDO

16. TREINTA DE MARZO

17. LA LISTA DE SOFÍA

18. UN MAR DE DUDAS

19. CARA A CARA

20. UNA DE CAL Y OTRA DE ARENA

21. HABLAMOS

22. COMUNICACIONES S.A.

23. OCHO DE MAYO

24. JUEVES

25. DOMINGO

26. ¿QUIÉN ES QUIÉN?

27. INA, INA

28. SANDRA

29. CALAS

30. CINCO DE AGOSTO

31. SEIS DE AGOSTO

32. OCHO DE AGOSTO

33. NAVIDAD  
34. REGALOS  
35. EL PRINCIPIO DEL FIN  
36. UN PLAN  
37. SOLA  
38. CARIÑO  
39. MI QUERIDA AMIGA  
EPÍLOGO  
AGRADECIMIENTOS  
NOTA DE LA AUTORA  
PRÓXIMAMENTE. LA CIUDAD OCULTA  
SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...  
SOBRE ESTE LIBRO  
SOBRE MAR P. ZABALA  
CRÉDITOS